

INTELECTUALES BAJO PRESIÓN

La izquierda intelectual antiestalinista entre las revoluciones fracasadas y la Guerra Fría

Si el siglo XIX había sido el de las promesas emancipatorias, el siglo XX fue el de las revoluciones. Estas gestas heroicas, comenzando por la Rusa de 1917, concitó la esperanza y empujó al compromiso a muchos intelectuales nacidos con el siglo a lo largo de toda América, desde el Norte hasta el Sur. Sin embargo, el siglo XX fue también el de las revoluciones que devoraban a sus propios hijos, el de los comunismos burocráticos, las grandes purgas y los campos de trabajo forzado.

Las revoluciones frustradas produjeron al principio desconcierto y luego decepción entre sus simpatizantes del otro lado del Atlántico. Representaron una dura puesta a prueba para los intelectuales de izquierda antiestalinista de América: sólo unos pocos lograron afirmarse en una postura radical que rechazara al mismo tiempo al capitalismo imperialista, así como al fascismo y al comunismo soviético. Víctor Serge lo intentó en su exilio mexicano, así como Dwight Macdonald, Max Eastman, James Burnham y otros marxistas antiestalinistas de la New York de los años '30; también se afirmaron en posturas radicales Mario Pedrosa en Río de Janeiro y Tristán Marof en La Paz.

Sin embargo, la mayor parte de los intelectuales de la izquierda antiestalinista fue arrastrada por el viento huracanado de la historia del siglo XX. Claudio Albertani, historiador italiano radicado en México y profesor del Posgrado de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, nos muestra en el trabajo que escribió para este dossier la lucidez crítica de los exiliados euro-



peos agrupados en México en el grupo “Socialismo y Libertad”, así como la fragilidad de un espacio político que se angostaba conforme concluía la segunda guerra, hasta desaparecer casi sin dejar rastros. El sintagma “Socialismo y Libertad” era virtualmente imposible en 1950: la ideología de la Guerra Fría exigía escoger entre uno de los dos polos: o Socialismo, o Libertad.

Por su parte, Alan Wald, profesor de Literatura Inglesa y Cultura Americana en la Universidad de Michigan, reconstruye el clima político e intelectual en el cual muchos de estos intelectuales sucumbieron ante el anticomunismo liso y llano de la derecha imperialista. Este tramo final de su trayectoria hizo que estas figuras fueran ignoradas o maltratadas en la historia oficial del comunismo e incluso en la del trotskismo. Sin embargo, durante las décadas en que se mantuvieron en posturas radicales, sus lúcidos aportes así como sus memorias desencantadas de los años de la Guerra Fría, no pueden seguir siendo desconocidos por la cultura de izquierdas en el presente. Es con este espíritu que el ensayista estadounidense Loren Goldner —el autor de **Race, Class and the Crisis of the Bourgeois Ego in the Work of Herman Melville**— nos propone visitar el pensamiento y la trayectoria de Max Eastman entre las décadas de 1910 y 1930.

Cierran el dossier dos trabajos sobre sendas figuras de la política y el pensamiento de izquierdas latinoamericano de la misma generación. Hernán Topasso, Licenciado en Historia en la Universidad de Buenos Aires con una tesis sobre Tristán Marof, postula que las adscripciones ideológicas y políticas a las que se ha vinculado al boliviano —anarquismo, antiimperialismo, comunismo, trotskismo, nacionalismo— funcionaron en verdad como rótulos que no hicieron sino cristalizar momentos de una compleja parábola ideológica que no ha logrado aún ser explicada, para lo cual nos propone aquí algunas claves. Por su parte, Isabel Loureiro, profesora del Departamento de Filosofía de la Universidad Estadual Paulista, nos ofrece el perfil de uno de los pocos intelectuales de la generación del ‘900 que logró sostener públicamente posturas radicales desde una izquierda crítica independiente a lo largo de toda su vida: el activista político, ensayista y crítico de arte brasileño Mario Pedrosa.

Socialismo y Libertad

El exilio antiautoritario de Europa en México y la lucha contra el estalinismo. 1940-1950

Claudio Albertani

*Para Vlady.
In memoriam*

Al concluir la guerra civil española, México fue uno de los pocos países que mantuvieron abiertas las puertas a los militantes antifascistas europeos, sin importar ideologías ni etiquetas. Mientras es bien conocida la presencia de comunistas, republicanos y socialistas, menos estudiadas son las otras tendencias. A principios de los años cuarenta, después de múltiples peripecias, un grupo de exiliados de orientación antitotalitaria se encontraron en la Ciudad de México. Entre ellos destacaban: Víctor Serge (Víctor Kibalchich), escritor, periodista, poeta, militante libertario y ex dirigente de la Oposición de Izquierda en la URSS; su hijo, el joven pintor Vlady (Vladimir Kibalchich); Marceau Pivert, sindicalista revolucionario, fundador en Francia del Partido Socialista Obrero y Campesino (PSOP); Julián Gorkin (Julián Gómez García), secretario internacional del Partido Obrero de Unidad Marxista, POUM, de España y director de su órgano oficial, **La Batalla**; Gustav Regler, ex miembro del Partido Comunista Alemán (KPD), ex comisario adjunto de la XII Brigada Internacional en España; y Paul Chevalier (Leo Valiani), italiano, ex comunista, militante antifascista y futuro dirigente de la formación guerrillera italiana Giustizia e Libertà.

El movimiento “Socialismo y libertad” y la revista *Mundo*

Juntos dieron vida a la sección mexicana de “Socialismo y Libertad”, movimiento que se adhería al Frente Obrero Internacional integrado por el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de España, el *Independent Labour Party* (ILP, donde militaba George Orwell) de Inglaterra, el Partido Socialista Revolucionario de Holanda (RSAP), el Partido Comunista de Oposición de Alemania (KPO), el Partido Socialista Obrero y Campesino de Francia (PSOP), entre otras organizaciones.¹

Según se desprende de la lectura de la revista que publicaban, **Mundo**, el movimiento “Socialismo y Libertad” tenía proyección en por lo menos otros tres países latinoamericanos, Chile, Argentina y Uruguay, mientras redes afines existían en Cuba, República Dominicana, Venezuela, Bolivia y Perú (países donde, sobre todo

los primeros dos, había exiliados españoles de filiación pousista y anarquista).

Pronto se unieron al grupo otros exiliados. Entre ellos figuran el escritor polaco Jean Malaquais (Vladimir Malacki); el poeta surrealista Benjamín Peret; el militante trotskista G. Munis (Manuel Fernández Grandizo); el comunista consejista alemán Otto Rühle, y su esposa Alicia Gerstel (psicoanalista de orientación adleriana)²; el anarcosindicalista español Ricardo Mestre (fundador años después de la Biblioteca Social Reconstruir en la Ciudad de México) y los anarquistas rusos Jacobo Abrams, Senia Flechin y Mollie Steimer (protagonistas en años anteriores de un clamoroso proceso político en Estados Unidos).³

Si bien el Partido Comunista Mexicano tildaba al grupo de “trotskista”, difícilmente se podría definirlo así. Ciertamente los militantes de “Socialismo y Libertad” admiraban al viejo revolucionario vilmente asesinado en México, pero iban mucho más lejos en sus críticas a la URSS, a la Internacional Comunista y al modelo bolchevique.⁴

Tan es así que en el Boletín de la IV Internacional en México correspondiente al año de 1943, tildan duramente a los integrantes del grupo “Socialismo y Libertad” como “irresponsables y megalómanos, habiendo tenido en otras épocas acciones y pensa-

2 Sobre el exilio alemán en México consulté: Fritz Pohle, **Das mexikanische Exil, Ein Beitrag zur Geschichte der politisch-kulturellen Emigration aus Deutschland (1937-1946)**, Stuttgart, J.B. Metzlersche Verlagsbuchhandlung, 1986 (este autor menciona a Víctor Serge y a la revista **Mundo**). En español: Jorge Fuentes Morúa, “El exilio alemán en México y la difusión del marxismo” en: **Perspectivas Históricas**, publicación del Centro de Estudios Históricos Internacionales, año 3, n° 5-6, julio-dic. 2000.

3 Véase: Mollie Steimer, **Toda una vida de lucha. La rebelión de una anarquista condenada por ambos imperios**, México, Antorcha, 1980. Anna Ribera Carbó, “Semo: fotografía y anarquismo” en: Pablo Yankelevich (comp.) **México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX**, México, Plaza y Janés, CONACULTA, INAH, 2003.

4 Sobre las diferencias entre Trotsky y el POUM, véase en particular el reciente libro de Ignacio Iglesias, **Experiencias de la revolución. El POUM, Trotsky y la Intervención Soviética**, Barcelona, Alertes, 2003.

1 Véase: **El Socialismo Revolucionario Ante la Guerra**, México, Ediciones del Frente Obrero Internacional (F.O., noviembre de 1940,



mientos revolucionarios, terminan (...) por separarse progresivamente del marxismo”.⁵

En realidad, las diferencias entre nuestros exiliados y los trotskistas se hacían cada vez más profundas. Bajo el título, **Los problemas del socialismo en nuestro tiempo**, Serge, Gorkin, Pivert y Chevalier publicaron hacia finales de 1943 un folleto que puede considerarse como una suerte de manifiesto del grupo.⁶ Analizaban aquí los grandes problemas del momento: la guerra, las economías dirigidas, el neo-imperialismo nazi, la descomposición del capitalismo liberal, la crisis moral y doctrinal del movimiento obrero, la psicología de las masas, la degeneración de la URSS y de la Internacional Comunista, las perspectivas revolucionarias...

Todos eran asuntos polémicos e, incluso, candentes. El análisis se centraba en la categoría de “colectivismo burocrático” introducida unos años antes por Bruno Rizzi, autor italiano que había influenciado entre otros a Dwight Macdonald, James Burnham y al propio Trotsky.⁷

“El régimen soviético, el fascismo, el nazismo, y el *New Deal* —escribía Victor Serge en su contribución— tienen innegablemente rasgos comunes determinados en última instancia por las tendencias colectivistas de la economía moderna... A consecuencia de la postración de la clase obrera, esas tendencias revisten la forma del colectivismo burocrático...”⁸

Por su parte, Gorkin se deslindaba abiertamente del trotskismo, porque “no representa una fundamental rectificación del estalinismo, sino un opositor y rival suyo. Por encima de las trágicas luchas de los últimos años, (trotskismo y estalinismo) son, en el fondo, el anverso y el reverso de una misma medalla. Separado de la organización comunista oficial, el trotskismo ha caído en un sectarismo estrecho que lo reducido a la impotencia”.⁹

Además de algunos folletos más, “Socialismo y Libertad” editó dos revistas: primero **Análisis** (tres números entre enero y mayo de 1942), y después la ya citada **Mundo**, “libre tribuna de discusión en la que pueden colaborar todos los socialistas revolucionarios y libertarios, encuéntrense donde se encuentren”. A pesar de reunir a nombre tan prestigiados, ni una sola biblioteca en México conserva la colección completa de la revista y la mayoría ni si quiera guardan un registro de su existencia.¹⁰

5 Citado en **Mundo** n° 2, México, D.F., 15 de julio de 1943.

6 Victor Serge, Julián Gorkin, Marceau Pivert, Paul Chevalier, **Los problemas del socialismo en nuestro tiempo**, México, Ediciones Iberoamericanas, 1944. Dirigía la editorial el catalán Bartolomé Costa Amic, integrante del grupo y militante del POUM, fallecido en la Ciudad de México en 2001.

7 Bruno Rizzi, **La burocratization du monde**, Paris, Édité par l'Auteur, Les Presses Modernes, 1939. Traducción al castellano, **La burocratización del mundo**, Barcelona, Península, 1978.

8 Victor Serge, “Guerra de Transformación social”, en: **Los problemas del socialismo en nuestro tiempo**, op. cit., p. 20.

9 Julián Gorkin, “Situación del movimiento obrero y del socialismo” en: **Los problemas del socialismo en nuestro tiempo**, op. cit., p. 65.

10 Algunos números pueden consultarse en México en la *Biblioteca Social Reconstruir*, Calle Dolores 16 despacho 401, Colonia Centro, braulion@matemagica.com.mx.

El nombre evoca **Monde**, publicación parisina de gran prestigio, creada en 1928 por el escritor Henri Barbusse, de la que Gorkin había sido redactor y Serge y Regler colaboradores asiduos. Es de señalar que al final de su vida Barbusse —fallecido en 1936— se había convertido en un entusiasta sostenedor de Stalin y, por esta vía en un ícono del régimen soviético. ¿Por qué entonces ese nombre? Retomando el nombre de la revista fundada por el intelectual francés, el grupo se propuso reavivar los criterios críticos, plurales y revolucionarios que habían caracterizado la etapa inicial de la revista.¹¹ Esa era, en todo caso, la opinión de Vlady.¹²

Proyecciones continentales

El primer número de **Mundo** apareció en julio de 1943, el último en julio de 1945, por un total de 13 entregas.¹³ El director responsable era Gustavo de Anda, ex integrante de la *Oposición Comunista de Izquierda* (organización mexicana de orientación trotskista¹⁴), pero la dirección política la proporcionaban, de manera colectiva —y no sin tener conflictos— Pivert y los miembros del POUM. Según Vlady, Serge se encontraba algo aislado en el grupo y, a pesar de ser la figura más interesante, no desempeñaba ningún papel dirigente. Entre los colaboradores, encontramos a los mexicanos Luz Cienfuegos, Rodrigo García Treviño, Antonio Hidalgo, Magdalena Mondragón, Manuel Rodríguez y Francisco Zamora.

Había, además, algunos colaboradores latinoamericanos: Julio César Jovet, escritor chileno; Manuel Hidalgo Plaza, socialista, ex embajador de Chile en México; José Gabriel, escritor argentino y Jorge Reynoso (desde Bolivia y Perú). A partir del n° 3, Luce Fabbri figuraba como correspondiente desde Uruguay editando al mismo tiempo, “Socialismo y Libertad”, revista en tres idiomas: español, francés e italiano.¹⁵ Luce se ocupaba de la sección italiana, al lado de Torquato Gobbi (viejo amigo y colaborador de su padre, Luigi Fabbri); Julien Coffinet cuidaba de la sección

com.mx y en el recién creado **Centro Vlady**, calle Goya 63, colonia Mixcoac, claudio@vlady.org

11 Barbusse fue director de **Monde** entre 1928 y 1935. Es de recordar que **Clarté** (Claridad), la revista cultural y de crítica política afín a los bolcheviques fundada por Barbusse en 1919, había ejercido un gran influencia a lo largo de toda Latinoamérica.

12 Comunicación al autor, enero de 2005. Vlady falleció el 21 de julio de 2005 en su casa de Cuernavaca, Morelos.

13 Ninguna biblioteca mexicana posee una colección completa de la revista. La Biblioteca Social Reconstruir tiene algunos números mientras que otros se encuentran en el archivo personal de Vlady

14 Véase: Olivia Gall, **Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas 1937-1940**, México, ERA, 1991, pp. 63, 68, 69.

15 Luce Fabbri (1908-2000), militante anarquista italiana hija de Luigi Fabbri (1877-1935), el principal discípulo de Errico Malatesta. Padre e hija emigraron al Uruguay en 1928, jugando en adelante un papel relevante en el movimiento libertario continental.

francesa, mientras que Fernando y Pilar Cárdenas, republicanos españoles, escribían en castellano.¹⁶

“Hacia 1943 —cuenta Luce— surgió una experiencia muy interesante, la de trabajar juntas personas que pertenecíamos a tendencias distintas: socialistas, anarquistas, republicanos. La idea era que en todos los países los refugiados europeos tenían que juntarse con miras a una Europa unida. Lo que queríamos demostrar era que, aún pensando distinto, cuando había una preocupación básica común, se podía lograr una convergencia de esfuerzos. (...) Cada uno escribía desde su posición, y nos preocupábamos por presentar la guerra desde el punto de vista de la resistencia, de las corrientes internacionalistas y anticapitalistas dentro de la resistencia.”¹⁷

La sección uruguaya duró poco, con apenas seis números publicados, pero fue significativa en cuanto a la posibilidad de colaboración común entre diversas corrientes, respetándose las diferencias políticas, sin forzar una unidad artificial y empobrecedora.

La sección más fuerte era aparentemente la de Chile, país en donde, agotada la experiencia mexicana, aparecerá una segunda edición de **Mundo** a partir de 1946. Entre los integrantes de la sección chilena de “Socialismo y Libertad” encontramos a Pierre Letelier, Juan Sandoval, Julio Lagos y Clodomiro Almeyda (quien, décadas después, se desempeñaría como ministro de relaciones exteriores en el gobierno de Salvador Allende).

Ojeando las páginas de la revista, el lector queda impresionado por la actualidad de los temas tratados y el rigor del análisis. Aparte la abundancia de información sobre la resistencia antifascista en los principales países europeos (no olvidemos que las comunicaciones intercontinentales eran muy difíciles por la guerra, y había que franquear la censura) encontramos reflexiones teóricas de muy alto nivel sobre la cultura mexicana; bolchevismo, estalinismo y trotskismo; la naturaleza socioeconómica de la URSS; la cuestión judía; el nacionalismo; la revolución en la India; el cardenismo; la situación en varios países latinoamericano, entre otros temas.

También leemos reseñas bibliográficas, una página cultural, e ilustraciones a cargo del pintor Vlady, y del dibujante Bartolí. Dos psicoanalistas, Fritz Fränkel y Herbert Lennhof aportan estudios sobre el tema “socialismo y psicología”.

Entre los corresponsales en el extranjero destacan: el conocido anarquista alemán Rudolf Rocker, el socialista libertario Sebastian Franck (Henry Jacoby), ambos exiliados en Estados Unidos; el socialista libertario norteamericano Dwight Macdonald,

director de la revista **Partisan Review**¹⁸; Jay Prakash Narayan, secretario general del Partido Socialista de India¹⁹; y Angélica Balabanov, destacada militante socialista y ex secretaria de la Comintern (antes de romper con los bolcheviques hacia 1923).

El lector queda fascinado por la amplitud de criterios de los redactores: hasta la fecha **Mundo** queda como uno de los pocos intentos (otro podría ser el de la revista **Claridad** de Argentina, bajo la dirección de Antonio Zamora) en el que socialistas de varias tendencias intentaron un intercambio de ideas, sin caer en sectarismos.

En el n° 11 de la revista (enero de 1945) leemos: “Socialismo y Libertad” representa la síntesis ideológica de los conceptos libertarios y humanos de la filosofía anarquista y del realismo constructivo del socialismo marxista”. Y es que entre los miembros del grupo había marxistas luxemburguianos como Pivert, marxistas libertarios como Serge, anarquistas como Mestre, Fidel Miró y Mollie Steiner y *bundistas* como Abrams.²⁰

Fue pues, un intento —por así decirlo— “ecuménico” de planear un nuevo comienzo a partir de un severo diagnóstico de las vicisitudes del movimiento obrero internacional y de una síntesis de la experiencia de las diferentes corrientes socialistas. Aunque su fracaso es evidente, queda como un esfuerzo serio en esta dirección.

Mundo tenía una sede, el Centro Cultural Ibero-Mexicano (V. Carranza 50, Col. Centro, México, D.F.). Aquí los exiliados organizaban encuentros y debates sobre temas de actualidad, siendo repetidas veces atacados por militantes del PCM. Éstos eran, en ocasiones, dirigidos por el italiano Vittorio Vidali, alias Carlos Contreras, agente de la GPU, ex comisario político de la V° Regimiento en España, a la sazón exiliado en México.

La marginalización del grupo

El movimiento “Socialismo y Libertad” nunca cundió en México y, a medida que se acercaba el final de la guerra, se fue debilitando todavía más. ¿Por qué el impacto de un círculo que aglutinaba personalidades relevantes y con un amplio historial de militancia revolucionaria fue tan limitado? ¿Por qué las principales historias de la izquierda ni siquiera los mencionan?²¹

En parte esto se debe a que gran parte de nuestros exiliados nunca se integraron en la vida social y política del país y no

16 Margareth Rago, **Entre la historia y la libertad, Entre la historia y la libertad. Luce Fabbri y el anarquismo contemporáneo**, Montevideo, Nordan, 2002, pp. 149-151. Torquato Gobbi (1888-1963) redactor de **Studi Sociali**, es el fundador en Montevideo de la librería italiana; Julien Coffinet, socialista revolucionario francés. Sobre este último, véase: Charles Jacquier, “L’esilio di Julien Coffinet o un marxista eretico a Montevideo”, en: **Revista Storica dell’anarchismo**, año 11, n° 1, enero-julio de 2004, Biblioteca Franco Serantini, Pisa.

17 M. Rago, **Entre la historia y la libertad**, op. cit., p. 151.

18 Sobre las relaciones entre Victor Serge y la izquierda norteamericana véase: Alan Wald, “Victor Serge and the New York antistalinist left”, en Susan Weissman (compiladora) **The ideas of Victor Serge. A life as a work of art**, Glasow, Critique Books, 1997, pp. 99-117 [incluido en el presente *dossier*].

19 Sobre la trayectoria de este militante hindú, compañero de Gandhi y Nerhu, fallecido en 1979, véase: Allan and Wendy Scarf, **J.P. His Biography**, New Delhi, Orient Longman Limited, 1998.

20 El *Bund* era la organización de los obreros judíos rusos y uno de los grupos fundadores de la socialdemocracia rusa. Véase: Henri Minzeles, **Histoire générale du Bund. Un mouvement révolutionnaire juif**, Paris, Denoël, 1999.

21 Véase por ejemplo el clásico estudio de Barry Carr, **La izquierda mexicana a través del siglo XX**, México, Era, 1996.

deseaban prolongar su residencia más allá de la guerra. Con la salvedad de Victor Serge —quien tenía un diagnóstico más bien pesimista que le causó muchas críticas pero que a la postre se reveló correcto— la mayor parte de ellos pensaba que en Europa la derrota del nazi-fascismo iba a desembocar en una situación prerrevolucionaria parecida a la de 1919-21 y anhelaba participar en el desenlace de los acontecimientos. Entre 1945 y 1946, casi todos se trasladaron a Francia, salvo Serge —quien (supuestamente) murió de un ataque cardíaco en la Ciudad de México en 1947— y Gustav Regler, quien se asentó en Tepoztlán, Morelos, dedicándose en los años sucesivos a la literatura y al estudio de las culturas prehispánicas (murió en 1966 en el curso de un viaje a la India).²²

Hay, sin embargo, otras razones mucho más importantes. El grupo tuvo que enfrentarse a todos los dogmatismos: no solamente al estalinismo del PCM —entonces cercano al PRI por cuyos candidatos, Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán llamó a votar en las elecciones de 1940 y 1946— sino también al trotskismo y, sobre todo, al lombardismo, la ideología oficial del movimiento obrero en México —una ideología particularmente curiosa que se podría definir como mezcla de estalinismo y ... anticomunismo con importantes ramificaciones en América Latina y en Estados Unidos.²³

A esto hay que añadir, por supuesto, la hostilidad de la derecha, cuyo exponente principal era José Vasconcelos. De alguna manera el grupo se configura pues como revelador del conjunto de circunstancias que privaban en la política mexicana de tal manera que su “ausencia” del escenario nacional es sintomática.

Una historiadora especializada en el estudio de la migración, Dolores Pla, señala que algunos refugiados españoles vivieron en México un “doble” exilio.²⁴ Aun cuando ella alude básicamente al problema de la minoría catalana, la misma hipótesis se puede aplicar a los disidentes del comunismo soviético. Alterando la famosa expresión de Orwell, se podría decir que unos exiliados eran “más exiliados” que otros.

Al narrar su experiencia en el campo de concentración de Le Vernet, Francia, Arthur Koestler —quien compartió su experiencia con Gustav Regler— definió como “escoria de la humanidad” la figura del disidente desarraigado y despojado incluso de su identidad política.²⁵ En la misma época, otras obras literarias evocan sentimientos parecidos: Jean Malaquais lo hizo en el **Diario de un meteco** y en **Planeta sin visado**;²⁶ Max Aub (también hués-

ped de Le Vernet) como parte de **El laberinto mágico** —enorme fresco en seis tomos sobre la guerra civil española— escribió **Campo Francés**;²⁷ y Victor Serge consagró sus vivencias en la desgarradora novela, **Les Derniers Temps**, escrita en México.²⁸

El empleo de términos como meteco, desarraigado, escoria de la humanidad, etc. nos remite al universo espiritual que vivieron estos autores. No es por demás señalar que los comunistas acusaron a Serge, a Pivert y a la gente del POUM de ser la quinta columna de los nazifascistas en México. Esto sucedía en un momento extremadamente delicado, cuando México estaba por declarar la guerra a las potencias del eje y una tal acusación podía valer la expulsión o el encarcelamiento.

¿Qué impacto tuvieron en México las ideas del revolucionario ruso-belga, su terco apego a la tradición libertaria y, al mismo tiempo, su igualmente terca defensa del octubre bolchevique? Recordemos que Serge había sido en 1933 el primer autor de filiación marxista en emplear el término “totalitarismo” con respecto a la URSS.²⁹

Como escribe Horacio Tarcus, “además del carácter de expatriados de sus editores, creo que el posicionamiento político que asume el grupo ‘Socialismo y Libertad’ era imposible para la época. Imposible en el sentido de que nadie, ni populistas, ni estalinistas, ni socialistas reformistas, ni trotskistas ortodoxos, querían ni podían *escuchar* este tipo de ideas. No era posible hacer política, en el sentido fuerte del término, con estas ideas en los años ‘30 ni ‘40. Apenas ahora, hay un poco de mayor audibilidad para estas ideas”.³⁰

¿Quinta Columna?

En el curso de algunas pesquisas que hice en el Archivo General de la Nación, encontré información sobre nuestros exiliados en apartados donde se trata precisamente de “nazifascistas”.³¹ Los documentos en cuestión son informes confidenciales de agentes de inteligencia del gobierno mexicano que, curiosamente, revelan una mirada muy parecida a la de la izquierda estalinista. ¿Contaban los comunistas con simpatizantes que filtraban informaciones a los servicios de inteligencia? Es posible, aunque habría que probarlo.

El hecho es que las calumnias tenían origen en la prensa comunista en el exilio —tanto española (**Nuestra Bandera**) como alemana (**Alemania Libre**)—, en **La Voz de México** (órgano del

la segunda obra aparecen retratados tanto Serge como Vlady.

27 Max Aub, **Campo Francés**, Madrid, Alfaguara, 1998.

28 Victor Serge, **Les Derniers Temps**, París, Grasset, 1951.

29 La carta se puede leer en las memorias de Serge. Véase la nueva edición bajo el título, **Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)**, México, Siglo XXI, 2002, pp. 285-86. Esta carta fue señalada entre otros por Enzo Traverso en: **Le Totalitarisme. Le XX^e siècle en débat**, París, du Seuil, 2001, pp. 278-281.

30 Horacio Tarcus, carta al autor, 13 de junio de 2007.

31 Galería 3, Ávila Camacho, apartado *Extranjeros perniciosos. Encuentros sangrientos entre nazi-fascistas y comunistas*.

22 Véase: Gustav Regler, **Terre Bénie, Terre Maudite. Le Mexique à l'ombre des siècles**, Monaco, Éditions du Rocher, 1953 (traducción del texto alemán, **Vulkanisches Land**).

23 Sobre el lombardismo en América Latina, véase Lourdes Quintanilla, **Lombardismo y sindicatos en América Latina**, México, Fontamara, 1982. Sobre el lombardismo en los EEUU: Luis Fernando Álvarez, **Vicente Lombardo Toledano y los sindicatos de México y Estados Unidos**, México, UNAM-Praxis, 1995.

24 Dolores Pla, “Una convivencia difícil. Las diferencias dentro del exilio republicano español en México”; en: Pablo Yankelevich, op. cit.

25 Arthur Koestler, **Oeuvres autobiographiques**, Laffont, París, 1994.

26 Jean Malaquais, **Journal de guerre suivi de Journal du mètèque, 1939-1942**, Phébus, París, 1997; Jean Malaquais, **Planète sans visa**, Phébus, París, 1999. En

PCM) y en el periódico **El Popular** dirigido por Vicente Lombardo Toledano.

Vale la pena abundar sobre la cuestión de la “quinta columna”. El término fue inventado por el general Francisco Franco, quien, en un famoso discurso transmitido por radio durante el asedio de Madrid (1936), dijo que la marcha de las cuatro columnas nacionalistas hacia la capital se vería pronto coadyuvada por una “quinta” columna que ya estaba allí.

Esta imagen —que evoca el espectro de la traición— se propagó en el mundo entero, siendo adoptada de manera entusiasta por los partidos comunistas dependientes de Moscú que no desaprovecharon la oportunidad para así descalificar así toda oposición interna.

En un texto originalmente publicado en las postrimerías de la segunda guerra mundial, el filósofo Alexandre Koyré señala que el fenómeno de la “quinta columna” es muy antiguo: ya existía en las ciudades-estado de la Grecia clásica y volvió a aparecer una y otra vez en curso de la historia. Es el “enemigo interior”, un enemigo particularmente peligroso en tiempos guerra civil y de contrarrevolución. Koyré pensaba que el fenómeno de la “quinta columna” había determinado el carácter específico de la segunda guerra mundial.³²

Por lo visto el mismo paradigma se trasladó a México y al resto de América Latina. En el “Fondo Pivert” del *Centre d'histoire sociale du XX siècle* en París, Francia, hallé un recorte del periódico **El Siglo**, fechado en Santiago de Chile el 18 de abril de 1942, y firmado por el dirigente comunista chileno Volodia Teitelboim³³ donde se ataca de manera violenta a Serge acusándolo de ser un agente del Eje y exigiendo se le aplique el artículo 33 (¡lo pedía desde Chile!) en cuanto extranjero indeseable.

Es cierto que en México la ultra-derecha en general y los nazi-fascistas en particular contaban con muchos simpatizantes. Informes de inteligencia conservados en el AGN, así como testimonios y estudios históricos, ubican en el Liceo Alemán y en la revista de José Vasconcelos, **El Timón** los principales focos de la propaganda nazi en el país.³⁴

Es obvio que nada tenían que ver con esto Serge y sus amigos. Por otro lado, es claro que no había ingenuidad en las acusaciones: más bien la impresión es que se trató de una conspiración orquestada desde Moscú, implementada por el PCM (en la persona de Miguel Ángel Velasco), y coadyuvada por la prensa española (Juan Comorera) y alemana en el exilio (Otto Katz, Ludwig Renn, Anna Seghers, Paul Merker, Leo Zuckermann y Erwin Egon Kisch, entre otros), así como por **El Popular** e incluso por

algunos funcionarios del gobierno alemanista para descalificar a estos exiliados tildándolos de quintacolumnistas.

La conspiración involucró incluso a un grupo de ocho diputados quienes, a principios de 1942, publicaron una denuncia que avallaba las calumnias. El escándalo llegó hasta la prensa norteamericana que informó de manera detallada sobre el asunto. Este fue el momento de mayor peligro para nuestros exiliados ya que el objetivo final era su eliminación física.³⁵

¿Por qué estas acusaciones absurdas? Porque la izquierda oficial (que básicamente incluía al PCM y a la CTM de Lombardo Toledano) percibía como una grave amenaza política las críticas de Serge y sus amigos a la Unión Soviética. Decían la verdad sobre el “comunismo” y esto era considerado un crimen incommensurable. Aunque, como ya señalé, la posición de “Socialismo y Libertad” no coincidía con la de los trotskistas, el peligro que ellos representaban para el régimen soviético era análogo. De ahí que, como ya había sucedido en España, no hicieran diferencia alguna.

Esa actitud tuvo graves consecuencias para la izquierda mexicana ya que canceló durante décadas la posibilidad de un debate serio y franco sobre el sentido del socialismo, la naturaleza socioeconómica de la URSS, la cuestión del Estado y el qué hacer del movimiento obrero.

Bajo la justificación del nacionalismo y del antifascismo, los dueños del marxismo oficial (Lombardo Toledano y el PC, por encargo de sus amos moscovitas) cerraron el paso a este grupo de exiliados. Semejante actitud implicó una grave pérdida para el país marcando (junto a episodios aun más graves como el asesinato de Trotsky) la historia de la izquierda mexicana, misma que nunca llevó a cabo una crítica radical del estalinismo.

Las corrientes subterráneas

¿Cuáles fueron las relaciones del grupo con la intelectualidad mexicana? Algunos integrantes del círculo como Serge, Malaquais, Peret y Regler eran literatos de gran calibre. Todos batallaron para publicar sus textos porque las puertas de las editoriales estaban cerradas. Serge sólo pudo publicar un libro en México: **Hitler contra Stalin**, publicado por su amigo Bartolomeu Costa Amic.³⁶ Vlady tenía un enorme talento para la pintura pero, a pesar de ser autor de obras importantes como el mural **La revolución y los elementos**, sigue siendo el gran ausente en las historias del arte mexicano.³⁷

Ya mencioné la ausencia del grupo en las historias políticas de México, pero las historias culturales tampoco registran su pre-

32 Alexandre Koyré, **La Cinquième Colonne**, París, Allia, 1997 (primera edición 1945).

33 Escritor todavía viviente, galardonado en 2002 con el Premio Nacional de Literatura de Chile.

34 “El nazismo en México”, Archivo General de la Nación, Galería 2, Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, Caja 83. Véase también: Ricardo Pérez Monfort, **Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española**, México, D.F., FCE, 1992.

35 Marceau Pivert, Gustav Regler, Victor Serge, Julián Gorkin, “¡La G.P.U. prepara un nuevo crimen!”, México DF, edición de **Análisis**, 1942.

36 Victor Serge, **Hitler contra Stalin**, Ediciones Quetzal, México, 1941. El fundador de la editorial, Bartolomeu Costa-Amic, era uno de los integrantes del grupo.

37 Pintado entre 1973 y 1982, ese mural de 2000 metros cuadrados adorna las paredes de la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la Ciudad de México.



sencia. A manera de ejemplo se puede citar el estudio de Fabienne Bradu sobre Benjamín Peret, mismo que no menciona su participación en la revista **Mundo**, aun cuando el poeta figura entre sus colaboradores desde el primer número.³⁸

Una excepción es Octavio Paz, quien escribe en **Itinerario**:

“A principio del año 1942 conocí a un grupo de intelectuales que ejercieron una influencia benéfica en la evolución de mis ideas políticas: Víctor Serge, Benjamín Peret, el escritor Jean Malaquais, Julián Gorkin, dirigente del POUM, y otros (a Víctor Alba lo conocería meses después). Se unía al grupo a veces el poeta peruano César Moro. Nos reuníamos en ocasiones en el apartamento de Paul Rivet, que fue después director del museo del hombre de París. Mis nuevos amigos venían de la oposición de izquierda. El más notable y el de mayor edad era Víctor Serge (...). La figura de Serge me atrajo inmediatamente. Conversé largamente con él y guardo dos cartas suyas. En general, excepto Peret y Moro, ambos poetas con ideas y gustos parecidos a los míos, los otros habían guardado de sus años marxistas un lenguaje erizado de formulas y secas definiciones. (...) Su crítica me abrió nuevas perspectivas pero su lenguaje me mostró que no basta cambiar de ideas, hay que cambiar de actitudes. Hay que cambiar de raíz. Nada más alejado de los dialécticos que la simpatía humana de Serge, su sencillez y su generosidad. Una inteligencia húmeda. Víctor Serge fue para mí el ejemplo de la fusión de dos cualidades opuestas: la intransigencia moral e intelectual con la tolerancia y la compasión. Aprendí que la política no es sólo acción, es participación”.³⁹

He aquí una pista interesante: el joven Paz —a la sazón simpatizante comunista y participante en el Congreso Antifascista de Valencia de 1937⁴⁰— encontró a este grupo de exiliados en un momento importante de su vida, cuando entraba en crisis su ideología estalinista. Si bien los frecuentó durante poco tiempo (Paz dejó México en 1943 para no volver sino hasta diez años después), es obvio que el poeta quedó impactado.

¿En qué medida repercutió el encuentro en su desarrollo intelectual posterior? ¿Es posible encontrar una influencia de Víctor Serge en la crítica de Paz al totalitarismo?

Serge y Peret también colaboraron con las revistas **Así**, y **El hijo Pródigo**, lo cual nos remite a otras posibles redes culturales que sería interesante investigar. Según informa Fabienne Bradu, en 1944, Serge publicó en **El hijo Pródigo** un artículo sobre “El mensaje del escritor” traducido al español por el poeta peruano Cesar Moro.⁴¹

38 Fabienne Bradu, **Benjamín Peret en México**, México, Aldus, 1998.

39 Octavio Paz, **Itinerario**, México, FCE, 1993, p. 74. Son numerosas las referencias a Serge en la obra de Paz.

40 Sobre las simpatías comunistas del joven Paz, es imprescindible el relato de Elena Garro, **Memorias de España 1937**, México, Siglo XXI, 1992.

41 F. Bradu, *op. cit.* p. 30.

¿Qué influencia tuvo la experiencia del exilio mexicano en el desarrollo intelectual de nuestros autores? Es notable el interés de algunos miembros del grupo con respecto a las culturas prehispánicas.

Compilador de una antología sobre mitos, leyendas y cuentos populares de América, Peret fue un admirador y un difusor de estas culturas en Francia.⁴² Regler es autor de un libro sobre el México prehispánico y Serge de cuentos y ensayos inédito sobre el mismo tema que encontré en el archivo de Vlady (los originales se encuentran en la biblioteca de la Universidad de Yale que conserva un fondo Víctor Serge). Serge influenció además la obra de quien a la sazón era su esposa, la futura arqueóloga, Laurette Séjourné (Laura Valentini), autora de libros de referencia sobre el México prehispánico.⁴³

Es interesante seguir los pasos de Víctor Serge, quien vivió en México los últimos seis años de su vida (1941-1947), redactando aquí parte de sus monumentales **Memorias de un revolucionario** (que sin embargo no abarcan el periodo mexicano), así como las novelas **Les années sans pardon**, **Les derniers Temps**, los **Carnets**, y **Vida y muerte de León Trotsky** (este último en colaboración con la viuda de Trotsky, Natalia Sedova) además de cuentos, poemas, y un sinnúmero de artículos y ensayos en gran parte inéditos.⁴⁴

Por cierto que este autor no era un desconocido en América Latina. En los años veinte y treinta, la revista **Claridad** de Buenos Aires había dado a conocer sus reportajes sobre la vida cultural y social en la Unión Soviética y había reseñado algunos de sus libros. En su número 315 correspondiente a julio de 1937, **Claridad** había publicado la carta que Víctor Serge escribió a sus amigos cuando logró salir de la URSS. La revista tenía cierta circulación en México y algunos de sus números se pueden todavía encontrar en las librerías de viejos de nuestra capital.

Gracias a la labor de la editorial española Cenit (también distribuida en América Latina), los lectores de lengua española conocían algunas de sus novelas, además de artículos y ensayos aparecidos en: **Bohemia** (Cuba), **Argentina Libre** (Buenos Aires) y **Así** (México). Otras publicaciones que se ocuparon de Serge fueron **La protesta**, diario anarquista de Buenos Aires y la revista chilena **Babel**, dirigida por Samuel Glusberg.⁴⁵

Gustav Regler escribió en México sus memorias (**Das Ohr des Malchus**, 1958), recientemente reeditadas en Francia bajo el título **Le glaive et le fourreau**, y generalmente consideradas una

42 Véase también el magnífico poema de Benjamin Peret, **Aire Mexicano** publicado por primera vez en París en 1953, traducido por José de la Colina y publicado por la Editorial Aldus con ilustraciones de Rufino Tamayo, México, 1996.

43 Michel Graulich, “Le couple Kibaltchitch et la civilisation mexicaine”, en **Socialisme** n° 226-227, Bruxelles, 1991 (número especial dedicado a Víctor Serge).

44 Véase: Claudio Albertani, “Víctor Serge en la Ciudad de México”, **A pie. Crónicas de la Ciudad de México**, año 3 n° 9, julio/septiembre de 2005.

45 Horacio Tarcus, “Huellas de un socialista libertario en nuestra cultura”, <http://www.fundandin.org/tarcus1.htm>. Del mismo autor véase también: **Mariategui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg**, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2002.

de las fuentes más importantes para la historia del comunismo europeo en los años treinta.⁴⁶ Pivert publicó en México el folleto **¿A dónde va Francia? De Versailles a Compiègne**, y fue uno de los fundadores del Instituto Francés de América Latina (IFAL) del cual fue también director.⁴⁷

Víctor Serge falleció en 1947 en un taxi como Tina Modotti, ex agente soviética y ex compañera del agente estalinista Vittorio Vidali. ¿Ataque cardíaco? ¿Asesinato? Aunque estas dudas probablemente nunca se podrán esclarecer, lo cierto es que en el país había numerosos agentes soviéticos. No olvidemos que, con la complicidad de miembros destacados del PCM, Ramón Mercader había ultimado a León Trotsky pocos años antes.

Epílogo: ¿quién descubrió la identidad de Ramón Mercader?

Una muestra del ostracismo a que fue sometido “Socialismo y Libertad” es el misterio que rodea la identidad del asesino de Trotsky, verdadera novela dentro de la novela policial que envuelve el crimen de Coyoacán. En la actualidad, se atribuye el descubrimiento a dos personas: el general Leandro Sánchez Salazar, supuesto autor de una monografía sobre el tema, y el criminólogo Alfonso Quiroz Cuarón, pretendido descubridor de la identidad de Ramón Mercader.⁴⁸

La realidad es otra y el enigma no es tan difícil de resolver: basta con seguir los pasos de nuestros exiliados. Julián Gorkin llegó a México en mayo de 1940, tres meses antes del asesinato de Trotsky. El antiguo director de **La Batalla** conocía personalmente al líder bolchevique, pero los dos hombres no volvieron a encontrarse pues sus relaciones se habían tensado a raíz de graves desacuerdos sobre la fundación de la IV Internacional y la participación del POUM en el gobierno del Frente Popular en España.

Ya consumado el drama Gorkin —quien conocía bien los entretelones del movimiento comunista internacional por haber sido él mismo uno de sus agentes⁴⁹— emprendió una provechosa colaboración con Sánchez Salazar, ex jefe del servicio secreto de la policía mexicana y encargado de la investigación policial. El trabajo común desembocó en el libro **Así asesinaron a Trotsky**, publicado en francés en 1948 y rápidamente traducido a varios idiomas. En la edición mexicana de 1955 aparecen varios anexos en donde se detalla que el tristemente célebre Jacson-Mornard era en realidad el comunista catalán Ramón Mercader.⁵⁰

El libro fue firmado únicamente por Sánchez Salazar, pero es claro que éste se limitó a proporcionar la documentación

—sumamente valiosa— sobre sus investigaciones e interrogatorios. El autor principal es Gorkin pues el libro contiene una cantidad impresionante de datos sobre el estalinismo, la guerra civil española y los mecanismos de la GPU que Sánchez Salazar no podía conocer.

En la edición francesa ampliada de 1970 figura el nombre de Gorkin mientras que desaparece el de Salazar.⁵¹ Bajo el título, **El asesinato de Trotsky**, esta versión circuló ampliamente en México sin que hubiera quejas por parte de Sánchez Salazar, ni de sus herederos.⁵²

No es por demás señalar que un antiguo miembro del Partido Comunista Mexicano, José Woldenberg, realizó en 2005 una adaptación radiofónica del libro en donde todavía se le atribuye la autoría del libro solamente a Sánchez Salazar sin mencionar siquiera a Gorkin a pesar de las ediciones citadas.⁵³

No es todo. La explicación aceptada —incluso por una historiadora seria y documentada como Olivia Gall— continua siendo que la identidad de Mercader fue revelada por el doctor Alfonso Quiroz Cuarón, por ser el autor de un extenso estudio de la personalidad del asesino realizado en los meses sucesivos al crimen de Coyoacán.⁵⁴

Es verdad que en 1950, el conocido criminólogo hizo un viaje a España en donde consultó fichas policiales relacionadas con la guerra civil, cotejó huellas digitales e realizó varias entrevistas, una de ellas al padre de Ramón, Pablo. Poco después, publicó un extenso artículo en la revista **Études Internationales de Psychologie Criminelle** de París “revelando” que el nombre del asesino de Trotsky no era Jacques Mornard, ni Frank Jacson, sino Jaime Ramón Mercader del Río, comunista catalán nacido en Barcelona en 1913.⁵⁵

La verdad es que el autor del crimen fue identificado a principios de los años cuarenta por refugiados españoles integrantes de “Socialismo y Libertad” que lo conocían bien desde los días de la guerra civil. Los testimonios al respecto son numerosos, aunque sistemáticamente ignorados.

51 Julián Gorkin, **L'assassinat de Trotsky**, Éditions Julliard, París, 1970. Después del derrumbe de la URSS, los hallazgos de Gorkin fueron comprobados por Lev Vorobiev **L'assassinat de Trotsky décrit par ses assassins** (trad. del ruso por Jean-Michel Krivine), París, Critique communiste, 1998, pp. 92-94.

52 Julián Gorkin, **El asesinato de Trotsky**, Barcelona, Círculo de lectores, 1972.

53 La radionovela fue transmitida por **Radio UNAM**. Véase: **La Jornada**, 19 de mayo de 2005.

54 Olivia Gall, **Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas. 1937-1940**, México, ERA, 1991, p. 324. Gall escribe que en 1950 un refugiado catalán le comentó a Vlady haber reconocido un refugiado catalán en las fotos de Mornard. El refugiado en cuestión es Bartolí y la información es correcta, pero está equivocado el año. No fue en 1950, sino a principio de los cuarenta, lo cual hace mucha diferencia.

55 José Ramón Garmabella, **El grito de Trotsky. Ramón Mercader, el hombre que mató al líder revolucionario**, México, Debate, 2006, p. 283. Este libro es una nueva versión de un texto anterior del mismo autor, **Operación Trotsky**, México, Diana, 1972, plagado de errores y afirmaciones tendenciosas.

46 Gustav Regler, **Le glaive et le fourreau**, París, Babel, 1999.

47 Marceau Pivert, **¿A dónde va Francia? (de Versailles a Compiègne)**, México, Costa Amic, 1942.

48 Leandro Sánchez Salazar, **Así asesinaron a Trotsky**, México, DF, Populibro, 1955.

49 Véase: Julián Gorkin, **El revolucionario profesional (Testimonio de un hombre de acción)**, Aymá., Barcelona, 1975.

50 Leandro Sánchez, op. cit., pp. 196 y 253-56. El libro lleva una introducción y varios anexos que llevan la firma de Julián Gorkin.



Vlady me comentó en muchas ocasiones que sus antiguos compañeros del POUM habían sido los descubridores de la identidad de Mercader. Lo dicho por Vlady se corrobora fácilmente revisando los **Carnets** de Victor Serge. En la entrada correspondiente al 17 de abril de 1944, leemos que “algunos camaradas españoles han llegado a la conclusión de que “Mornard” es un catalán de apellido Mercader”. Y añade: “A. S. P. estaba firmemente convencido de haberlo reconocido”.⁵⁶

Hay más. En 1950, la revista norteamericana **The New International**, publicó la traducción al inglés de tres entradas más de los **Carnets** que —por razones incomprensibles— no figuran en la citada edición francesa. Ahí aprendemos que el 6 de agosto de 1947 el escritor ruso-belga logró acceder a la cárcel de Lecumberri y encontrar personalmente al asesino (a quien menciona con su nombre) y a su mujer, la mexicana Roquelia Mendoza. Con su habitual maestría para retratar a las personas que encontraba, Serge esboza una larga y espeluznante descripción de Mercader: “un ser con una vitalidad animal (...), una mirada evasiva, en ocasiones dura y reveladora”.⁵⁷

Anota también que “el doctor Q. piensa que el asesino podría ser de origen balcánico” lo cual confirma la evidencia: a pesar de haberlo entrevistado durante seis meses (por un total de 972 horas redactadas en 1359 cuartillas, según Garmabella) en los años 1940-41, Quiroz Cuarón nunca habría descubierto la verdadera identidad de Mercader si no hubiera recibido la información de Gorkin y demás exiliados antistalinistas. Lo que sí hizo el criminólogo —y no es poca cosa— fue comprobar que la información correspondía a la verdad.

Otro testimonio importante y sistemáticamente tergiversado es el de Bartolomeu Costa Amic, antiguo militante del POUM y fundador de las Ediciones Quetzal (después Costa-Amic). En su libro, *León Trotsky y Andreu Nin. Dos asesinatos del estalinismo*, Costa cuenta que entre noviembre de 1936 y febrero de 1937 visitó México en calidad de integrante de una delegación del POUM que gestionaba ayuda para la república española. Él y sus compañeros se reunían diariamente con Lombardo Toledano y Miguel Ángel “el Ratón” Velasco en las instalaciones del periódico **El Popular**. Juntos organizaban visitas a organizaciones obreras y sindicatos para dar a conocer los detalles de la guerra antifranquista en España.

Todo marchaba sobre ruedas hasta que llegó a México Caridad Mercader —madre del futuro asesino— y se entrevistó con Lombardo y los directivos de la CTM. A partir de ese momento el director de **El Popular** nunca más recibió a los militantes del POUM. Costa conocía a Caridad —y también a su hijo Ramón— como una fanática estalinista “dispuesta a morir y a matar por

sus ideas” pues esta había sido colega de su primera esposa en los almacenes “La Innovación” de Barcelona.⁵⁸

El autor publica dos fotos periodísticas del desfile del 20 de noviembre de 1936 en la Ciudad de México en donde se reconoce a Caridad Mercader, desfilando junto a Lombardo Toledano, al “Ratón” Velasco y al futuro dirigente vitalicio de la CTM, Fidel Velásquez.⁵⁹

Costa tenía, además, una encomienda de Andreu Nin, ministro de justicia del gobierno autónomo de Cataluña, dirigente del POUM y antiguo colaborador de Trotsky: tramitar una visa para el dirigente bolchevique, a la sazón exilado en Noruega. Gracias a los buenos oficios del general Mújica, el representante del POUM logró entrevistarse con el presidente Cárdenas quien accedió inmediatamente a la petición.⁶⁰ Trotsky llegó a Tampico el 9 de enero de 1937 y Costa se entrevistó dos veces con él como resulta de los fotos publicadas en el libro. Meses después, Nin pagaría con la vida su lealtad hacia el creador del Ejército Rojo.⁶¹

Entonces nadie sabía que Caridad Mercader era amante de Leonid Eitingon, el agente de la GPU encargado de la dirección técnica del asesinato de Trotsky. Pronto, la fanática estalinista entregaría a su hijo Ramón a los verdugos de Stalin para acabar con la vida del fundador del Ejército Rojo. Costa cuenta que, intuyendo sus intenciones, le espetó a Caridad en lengua catalana: “tú cabrona has venido a preparar el asesinato de Trotsky”.⁶²

Por último, se impone una pregunta: ¿por qué Serge no reveló la identidad de Mercader en su libro póstumo sobre Trotsky y Gorkin esperó tanto tiempo?⁶³

En un artículo publicado en 1948 en la edición chilena de la revista **Mundo** —en donde, dos años antes de la “revelación” de Quiroz Cuarón, ya menciona el nombre de Mercader⁶⁴— Gorkin nos da la respuesta: “se opusieron a ello circunstancias internacionales. (...) Después de la invasión de la URSS por parte de los nazis (1941), Stalin se volvió aliado de Occidente: se me

58 Bartolomeu Costa-Amic, **León Trotsky y Andreu Nin. Dos asesinatos del estalinismo**, México, Altres-Costa-Amic, 1994, pp. 57-59.

59 Op. cit., 86 y 97

60 Según Costa, cuando intervinieron Diego Rivera y de los militantes trotskistas mexicanos, Cárdenas ya había tomado la decisión.

61 Nin fue detenido el 16 de junio de 1937 en Barcelona y sucesivamente asesinado por agentes de la GPU que no le pudieron arrancar la “confesión” de ser un espía de Franco. Véase: Claudio Albertani, “Vittorio Vidali, Tina Modotti, el estalinismo y la revolución”, www.fundanin.org/albertani3.htm

62 Bartolomeu Costa-Amic, op. cit., pp. 24 y 57.

63 Victor Serge, **La vida y la muerte de León Trotsky**, México, Juan Pablos, 1971 (primera edición en francés, 1951).

64 La cita comprueba la mala fe de Garmabella quien, dando por asentada la ignorancia de sus lectores, escribe que Gorkin recibió la información de Quiroz Cuarón. Véase: op. cit., p. 311. No vale la pena refutar la otras (numerosas) falsedades que contiene el libro.

56 V. Serge, **Carnets**, Avignon, Éditions Actes Sud, 1985, p. 91. A. S. P. es Agustí S. Puértola, fotógrafo de prensa catalán.

57 Victor Serge, “The assassin and its crime”, **The New International**, Vol. XVI, No. 5, septiembre-octubre de 1950, pp. 309-313. Las otras dos entradas tienen son del 21 de julio de 1945 y 3 de julio de 1946. Agradezco a Alejandro Gálvez Cancino haberme proporcionado el documento.

sugirió entonces la inconveniencia de publicar el libro en tales circunstancias”.⁶⁵

Si se hubiera sabido que un comunista español era el asesino de Trotsky, habría aumentado el rechazo a los exiliados creando una situación muy incómoda al gobierno mexicano que seguía reconociendo a la República padeciendo el acoso de la derecha.

Es por esto que los militantes de “Socialismo y Libertad” optaron por mantener el secreto. Increíblemente, 60 años después se les sigue regateando el crédito.

Resumen

Este artículo rastrea las actividades político-intelectuales que desplegó un grupo de socialistas libertarios exiliados en México entre fines de la década de 1930 y comienzos de la siguiente. El grupo estaba constituido por el escritor ruso-belga Víctor Serge y su hijo, el pintor Vlady; el sindicalista francés Marceau Pivert; el secretario del POUM Julián Gorkin; el dirigente comunista alemán y combatiente en España Gustav Regler; y el militante antifascista Paul Chevalier, futuro dirigente de la formación guerrillera italiana Giustizia e Libertà. Juntos dieron vida a la sección mexicana de “Socialismo y Libertad”, editaron las revistas **Análisis** y **Mundo**, así como una serie de folletos donde analizaron la guerra mundial y el estalinismo desde una perspectiva socialista libertaria. A pesar de que logró articular algunas redes político-intelectuales en todo el continente, desde los Estados Unidos hasta el Cono Sur, el grupo se dispersó, sometido a presiones provenientes tanto desde la derecha como de la izquierda estalinista, en el contexto de la guerra fría.

Palabras clave

Intelectuales, comunismo, estalinismo, trotskismo, anarquismo, socialismo, antifascismo.

Abstract

This article tracks the political and intellectual activities developed by a group of libertarian socialists exiled in México, between the end of the 1930s and the beginning of the 1940s. This group was composed by the Russian-Belgian writer Victor Serge and his son, the painter Vlady; the French trade unionist Marceau Pivert; the secretary of the Spanish POUM Julián Gorkin; the German communist leader and combatant in Spain Gustav Regler, and the anti-fascist militant Paul Chevalier, a future leader of the Italian guerrilla “Giustizia e Libertà”. They gathered to raise the Mexican branch of “Socialismo y Libertad”, and edited two reviews —*Análisis* and *Mundo*— and a series of pamphlets where they analyzed World War II and Stalinism from a libertarian socialist viewpoint. Although it succeeded in articulating some political and intellectual nets throughout the continent, from the USA to the Southern Cone, the group finally scattered, pressed at the same time by the right and the Stalinist left, in the context of the Cold War.

Keywords

intellectuals, communism, Stalinism, trotskysm, anarchism, socialism, anti-fascism.

65 J. Gorkin, “Así mataron a Trotsky”, revista **Mundo**, n° 3, Santiago de Chile, abril-mayo de 1948.

Víctor Serge y la izquierda antiestalinista de New York

Alan Wald

“Debemos inscribirnos en la escuela de la realidad, sabiendo que los movimientos de mañana inventarán más cosas de las que tomarán prestadas del pasado”.
Victor Serge,
“carta a Dwight Macdonald”, 2 de noviembre de 1941.

Casi cuatro décadas después de su muerte en 1947, la reputación de Víctor Serge en los Estados Unidos está recién comenzando a ser reconocida. Traducidas al inglés durante los años 1960 y 1970 principalmente por Richard Greeman, no fue sino hasta fechas muy recientes que las novelas más importantes de Serge han atraído la atención que merecían.¹ Desde 1970 han aparecido varias reseñas elogiosas en publicaciones importantes como la **New York Times Book Review**, la **New York Review of Books**, y **New Republic**. En 1983 la obra de Serge fue objeto de un artículo especial en el **Village Voice**, y en 1986 fue el tema central del panel de discusión en la Conferencia de Especialistas en Socialismo en la ciudad de New York.²

Serge era conocido principalmente por sus escritos políticos, y especialmente por su actividad como periodista. Había sido leído y promovido sobre todo y de forma casi exclusiva por un muy pequeño grupo de trotskistas con sede en la ciudad de New York y por el pequeño grupo de escritores de New York influenciados originalmente por el trotskismo. Al momento de su primer encuentro con los intelectuales que integraban la “izquierda antiestalinista”, Serge estimó que lo que tenían en común era la visión de que la genuina oposición marxista a las políticas de la elite dominante soviética sería inauténtica a menos que adoptara un posicionamiento complementario contra el capitalismo y a favor del

socialismo revolucionario. Como observó Daniel Singer, autor de **The Road to Gdansk** (1982), cuatro décadas después: “Enterrar al estalinismo significa revivir realmente la idea del socialismo y comenzar su construcción de nuevo, proyecto tan mortal para los líderes más viejos del ‘socialismo realmente existente’ como para los viejos patrones del capitalismo.”³

Una década después, sin embargo, la tendencia antiestalinista de la mayoría de los escritores de New York aplastó sus otras inquietudes, incluyendo su apoyo al socialismo. Bajo el argumento de que el desarrollo de un movimiento revolucionario socialista independiente era imposible, eligieron concientemente aliarse a “Occidente” como el menor de los dos males en pugna en la “Guerra Fría”. “Occidente” era por supuesto su eufemismo para el imperialismo, el cual se había convertido ahora en un aliado aceptable contra lo que denominaban como “Fascismo Rojo”. Muchos de estos intelectuales llegaron a lugares influyentes en la academia y el mundo editorial, y fueron conocidos como los “Intelectuales Neoyorquinos”.⁴

Desde su exilio en París a fines de los años 1930, hasta el ataque fatal al corazón que lo encontró en México el 18 de noviembre de 1947, Serge sostuvo una abundante correspondencia personal con diversos personajes de ese ambiente. Era muy cercano a Dwight y Nancy Macdonald, pero mantenía correspondencia con Sidney Hook, Max Eastman, William Phillips e Irving Howe. También contribuía asiduamente con las publicaciones neoyorquinas **Partisan Review**, **Politics**, **Socialist Call**, y especialmente con **New Leader**, para la cual Serge fue corresponsal en México durante sus últimos años. Cuando llegó la noticia de su muerte, **New Leader** y **Call** esponsorearon un acto público de homenaje

1 Greeman no es sólo el mejor traductor de Serge sino también su crítico más sagaz. Ver los siguientes artículos de Greeman: “Victor Serge and the revolutionary Tradition in Literature”, **Triquarterly**, n° 8, Winter 1967, pp. 39-60; “The Laws Are Burning: Literary and Revolutionary Realism in Victor Serge”, **Yale French Studies**, n° 39, 1967, pp. 146-159; “Victor Serge’s The Case of Comrade Tulayev”, **Minnesota Review**, n° 15, Fall 1980, pp. 61-79; “Messages: Victor Serge and the Persistence of the Socialist Ideal”, **Massachusetts Review**, vol. 22, n° 3, Autumn 1981, pp. 553-68.

2 Ver las siguientes reseñas: Walter Goodman, “The Conquered City”, **New York Times Book Review**, December 28, 1975, p. 14, James Walt, “The Life and Death of Leon Trotsky”, **New Republic**, April 10, 1976, pp. 25-26; Neal Acherson, “Communists Dropouts”, **New York Review of Books**, vol.15, August 13, 1970, pp. 11; y John Leonard, “Midnight in the Century”, **New York Times**, December 4, 1982, p.C19. Ver también J. Hoberman, “Who Is Victor Serge and Why Do We Have To Ask?”, **Village Voice Literary Supplement**, n° 30, November 1984, pp. 1, 12-17.

3 Daniel Singer, **The Road to Gdansk: Poland and the USSR**, New York: Monthly Review, 1981, p. 18.

4 Para un estudio abarcativo de este fenómeno, ver Alan Wald, **The New York Intellectuals: The Rise and decline of The Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s**, Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1987.

en su memoria en New York en la Rand School of Social Science el 23 de Diciembre de 1947.⁵

Unas pocas obras sueltas de Serge aparecieron también en **New International**, que hasta 1940 fue el periódico teórico trotskista del Socialist Workers Party [SWP, Partido de los Trabajadores Socialistas], y en **New Essays**, una publicación “comunista oficial” editada por Paul Mattick.⁶ En 1948-1949 se editaron en forma póstuma, partes del libro de Serge, **El año I de la Revolución Rusa**, en fascículos en **New International**, que se había convertido por entonces en el periódico del Workers Party [Partido de los Trabajadores] de Max Shachtman.⁷ El Workers Party se había desprendido del SWP en la primavera de 1940 y se distinguía por su visión de la Unión Soviética como una sociedad “colectivista burocrática”. Contrariamente a esto, León Trotsky había argumentado que el sistema de gobierno soviético era una forma degradada de la dictadura del proletariado en la cual el poder político de los trabajadores había sido usurpado. Entre 1949 y 1950 **New International** publicó también siete extractos de los diarios de Serge, que aún hoy continúan siendo las únicas traducciones al inglés de este material.⁸ En 1947 su nombre aparecía en la lista de los colaboradores internacionales de **Modern Review**, una revista socialista de orientación menchevique costeada por la Unión Internacional de Mujeres Trabajadoras del Vestido. Aunque apareció en sus páginas un tributo en homenaje a Serge, aparentemente éste no había contribuido con ningún artículo a la publicación.⁹

Las conexiones de Serge con la izquierda antiestalinista de New York fueron sustanciales. Vistas en combinación con y en alguna medida complementando su participación en los círculos del exilio político europeo en México, su asociación con los intelectuales neoyorquinos de la izquierda antiestalinista constituye un tema político central. Desde su hogar en México, Serge estudió y participó vigorosamente de los debates neoyorquinos acerca del futuro del socialismo, el significado de la II Guerra Mundial, y el carácter político de la Unión Soviética. Los artículos que publicaba en México eran traducidos al inglés y aquellos que aparecían

en la prensa estadounidense eran rápidamente publicados en español. Las posiciones políticas que Serge formulaba en sus extensas cartas a Dwight Macdonald eran formuladas también en los debates que animaban “Socialismo y Libertad”, la organización de refugiados izquierdistas que Serge había fundado en México, así como en su periódico **Mundo**. El tema central que preocupaba a Serge y a sus colegas de New York permanece irresuelto hasta nuestros días: ¿Cómo construir un movimiento socialista revolucionario después de la caricatura del socialismo que había impuesto el estalinismo en la Unión Soviética?

Una revisión de las relaciones de Serge con la izquierda antiestalinista neoyorquina resulta un capítulo crucial en la biografía de Serge para comprender los vacíos no cubiertos por sus **Memoirs of a Revolutionary**, la cual sigue su historia hasta su llegada a México en 1941 [**Memorias de un Revolucionario**, México, El Caballito, 1973, 1ª ed.; reed. como: **Memorias, de Mundos Desaparecidos (1901-1941)**, México, Siglo XXI, 2002]. También puede enriquecer la comprensión del importante debate sobre el legado del estalinismo, una tarea crucial si se desea prevenir la repetición de los errores pasados. Sin embargo, esta aproximación no ofrecerá respuestas ciertas y finales a estas cuestiones.

La propia evolución política de Serge ha sido objeto de una controversia considerable. Peter Sedgewick se vio obligado a agregar un apéndice a su traducción de 1963 de **Memorias de un revolucionario**, en el cual trataba, de modo no muy satisfactorio, de explicar la asombrosa declaración de Serge en una carta personal a Charles de Gaulle de 1947 donde apoyaba a la reaccionaria *Asamblea del Pueblo Francés*.¹⁰ En 1982, Richard Greeman publicó el ensayo “Victor Serge and Leon Trotsky, Relaciones 1936-1940”, en el cual afirma de manera sorprendente que las marcadas diferencias que se desarrollaron entre los dos no eran sustanciales sino que se debían básicamente a malentendidos.¹¹ Luego del trágico suicidio de Sedgewick en 1983, fue descubierto y publicado un manuscrito suyo en el cual manifestaba que los escritos tempranos de Serge contradecían claramente sus ideas acerca del bolchevismo tal como eran enunciadas en sus aclamadas memorias.¹² Una evaluación final de estos temas no podrá hacerse hasta tanto los especialistas no publiquen una completa biografía política que abarque los escritos de Serge de la segunda posguerra en Europa, México, y los Estados Unidos.

Al igual que los enigmas de la carrera de Serge, las evaluaciones sobre la izquierda antiestalinista americana han sufrido una confusión e incompreensión considerables, y su legado continúa siendo un terreno ambiguo discutido tanto por marxistas revolucionarios y socialdemócratas, como por liberales y neoconservadores. En general, en los años que van de los Juicios de

5 El anuncio del acto aparece en **Socialist Call**, vol. 14, nº 46, November 28, 1947, p. 2.

6 Las cartas de julio de 1938 y Febrero de 1939 dirigidas a **New International** fueron reeditadas en V.I. Lenin y León Trotsky, **Kronstadt**, New York: Monad, 1979, pp. 124-127, 135-139. Ver también la reseña de Serge de **Escape from Freedom** de Erich Fromm, en **New Essays**, vol. 6, nº 3, Spring 1943, pp. 74-75.

7 Ver los siguientes números de **New International**: vol. 14, nº 3, March 1948, pp. 83-90; vol. 14, nº 4, April 1948, pp. 123-126; vol. 14, nº 5, July 1948, pp. 155-158; vol. 14, nº 6, August 1948, pp. 187-190; vol. 14, nº 7, September 1948, pp. 220-121; vol. 14, nº 8, October 1948, pp. 252-255; vol. 14, nº 9, November 1948, pp. 282-286; vol. 15, nº 1, January 1949, pp. 30-33; vol. 15, nº 2, February 1949, pp. 60-62. [**El año I de la Revolución rusa**, Madrid, Zeus, 1931 (1ª Ed.); México, Siglo XXI, 1967. N.d.T.]

8 Ver los siguientes volúmenes de **New International**: vol. 15, 10, September 1949, pp. 214-218; 1 vol. 6, nº 1-2, January-February 1950, pp. 51-57; vol. 16, nº 3-4, March-April 1950, pp. 115-121; vol. 16, nº 5-6, May-June 1950, pp. 177-179; vol. 16, nº 7-8, July-August 1950, pp. 249-251; vol. 16, nº 9-10, September-October 1950, pp. 309-313; vol. 16, nº 11-12, November-December 1950, pp. 368-371.

9 Ver: “In Memoriam: Victor Serge”, **Modern Review**, vol. 2, nº 1, January 1948, p. 7.

10 “Appendix: Victor Serge and Gaullism”, **Memoirs of a Revolutionary**, New York: Oxford University Press, 1975, pp. 383-386.

11 Agradezco a Richard Greeman por la versión en inglés de “Victor Serge y León Trotsky: Relaciones 1936-1940”, aparecido en **Vuelta**, México, vol. 6, nº 63, Febrero 1982. [El artículo de Greeman se publicó también en **El Rodaballo** nº 1, 1994, seguido de una selección de cartas cruzadas entre Trotsky y Serge, N. del Ed.]

12 Peter Sedgewick, “The Unhappy Elitist: Victor Serge’s Early Bolchevism”, **History Workshop**, nº 17, Spring 1984, pp. 150-156.

Moscú hasta la Guerra Fría, el grupo neoyorquino se encontraba en un proceso de profunda desradicalización, migrando desde el apoyo cuasi-trotskista al leninismo hacia la defensa de diversas formas de socialdemocracia. Al fin, la mayoría llegó a adoptar un liberalismo anticomunista. Tal fue el recorrido seguido por Sydney Hook, Lionel Trilling, Diana Trilling, Clement Greenberg y William Phillips.

Otros hicieron este recorrido con un paso y de forma diferentes. Dwight Macdonald, por ejemplo, continuó siendo un trotskista independiente hasta 1946, cuando se convirtió al anarco-pacifismo. James Burnham pasó repentinamente de ser el líder teórico del trotskismo norteamericano a seguidor de Wilfredo Pareto y acabó eventualmente junto a Max Eastman y John Dos Passos en el comité editorial de la reaccionaria **National Review**. Meyer Shapiro, Lewis Coser e Irving Howe (los dos últimos mucho más jóvenes que el resto) continuaron siendo apasionados trotskistas idiosincrásicos hasta fines de los años 1940, antes de virar discretamente hacia la variante radical de la socialdemocracia promovida por **Dissent** en los tempranos años 1950.¹³

Lo que la mayoría de ellos tenían en común era el rechazo progresivo hacia toda forma de leninismo; esta particular forma de apostasía política devino el *sine qua non* de la supervivencia del mundo intelectual durante la era McCarthy. De este modo, la mayoría evolucionó desde un auténtico antiestalinismo, es decir, de ser comunistas revolucionarios que se oponían a la teoría y la práctica estalinista, a la *ersatz*¹⁴ antiestalinista, o sea se convirtieron en antiestalinistas opuestos al bolchevismo en todas sus formas (considerándolo como origen del totalitarismo), aunque continuaban llamándose a sí mismos “antiestalinistas” por sus propias y utilitarias razones. En la última etapa muchos sucumbieron en grados diversos a la vulgata de la ideología anticomunista que asocia todo movimiento de apoyo al cambio social con los crímenes del régimen estalinista.¹⁵

No obstante ello, Víctor Serge nunca repudió al leninismo, aunque argumentó legítimamente que ciertas prácticas de Lenin habían ayudado de manera inadvertida al ascenso del estalinismo. Serge también sostuvo la perturbadora perspectiva de que el proceso de degradación que condujo al estalinismo comenzó menos de un año después de que los bolcheviques tomaran el poder, con el establecimiento de la policía secreta. En general, sin embargo, defendió resueltamente la Revolución de Octubre, y la toma del poder por los bolcheviques a partir del Gobierno Provisional que los había precedido. Pero la asociación de Serge con la revista **New Leader**, de orientación menchevique, desde mediados de los años 1940, se volvió tan cercana que el 27 de Febrero de 1945, Macdonald le escribió decepcionado:

Nuestras posiciones políticas, mi querido Víctor, parecen divergir rápidamente... Lamento... mucho ver que se convierte en un colaborador regular de **New Leader**, un periódico laborista extremadamente de derecha, de bajo nivel intelectual, y que se ha convertido en un órgano de antiguos izquierdistas agotados y aburguesados como Max Eastman... y Sydney Hook... el **New Leader** no tiene otras ideas políticas o principios excepto su antiestalinismo. La única razón que puedo ver en que alguien como usted, con su experiencia, su moral sutil, y su sensibilidad intelectual hacia las necesidades e intereses reales de las masas, acepte tal entorno político es que el antiestalinismo se ha convertido en su propio principio político básico.¹⁶

La relación de Serge con la izquierda norteamericana se debió inicialmente a sus conexiones con la Oposición de Izquierda de Trotsky. En 1937, mientras los trotskistas eran una facción del Partido Socialista, promovieron dos textos de Serge que detallaban la degradación de la Revolución Rusa y el contraste de las prácticas de Stalin con las de Lenin y Trotsky. Uno de ellos era un panfleto traducido por Ralph Manheim y publicado por la editorial trotskista Pioneer Publishers, titulado **From Lenin to Stalin [De Lenin a Stalin]**, Buenos Aires: Iman, 1938]. De hecho, la primera recepción que recibieron los escritos de Serge en la prensa norteamericana fue una reseña de este panfleto por parte del novelista y simpatizante trotskista James T. Farrell que apareció en **Beacon**.¹⁷

El otro texto era un libro de 298 páginas, **Russia After Twenty Years** (fue publicado en Inglaterra como **Destiny of a Revolution**) traducida por Max Schachtman y publicada por Hillman-Curl, Inc [**Destino de una revolución**, Santiago de Chile, Ercilla, 1937]. En ambas ediciones el análisis político de las causas del estalinismo y los remedios necesarios para eliminar o prevenirlo eran prácticamente idénticos a los ofrecidos por León Trotsky en **The Revolution Betrayed: What Is the Soviet Union and Where Is It Going**, publicado el mismo año [**La Revolución Traicionada**, Buenos Aires, Claridad, 1938]. Los trotskistas norteamericanos no dudaron en considerar a Serge como uno de los suyos.

Los críticos, por supuesto, interpretaron **Destino de una Revolución** de acuerdo a sus propias inclinaciones políticas. En una extensa y atenta crítica aparecida en **New Internacional**, Maurice Spector, fundador del trotskismo canadiense, juzgaba la reflexión de Serge del proceso de degradación más lógica que las interpretaciones sugeridas por Eugene Lyons y otros en libros recientes.¹⁸ En **Nation**, Edmund Wilson, un gran admirador de Trotsky, elogiaba **Destino de una Revolución** como “uno de los trabajos más importantes que se hayan publicado sobre la Unión Soviética”; Wilson también parecía adherir a la perspectiva de Serge (y de Trotsky) de que los beneficios socio-económicos de la Revolución Rusa permanecerían, a pesar de su horrorosa

13 Aún cuando hoy se pronuncia como no-marxista y no-leninista, en su libro **Leon Trotsky** (New York: Viking Press, 1978), Irving Howe revela una actitud abierta hacia el bolchevismo de un modo similar al de Serge en muchos aspectos.

14 [*ersatz*: *expiación*, en alemán en el original. N.de la T.]

15 Ver Ralph Miliband y Marcel Liebman, “Reflections on Anti-Communism”, en **Socialist Register 1984: The Uses of Anti-Communism**, New York: Monthly Review, 1984, p. 122.

16 Dwight Macdonald a Víctor Serge, 27 de Febrero de 1945, Biblioteca de la Universidad de Yale.

17 James T. Farrell, “Generals Die at Dawn”, **Beacon**, vol. 1, July 1937, pp. 19-21.

18 Ver **New Internacional**, vol. 4, n° 1, January 1938, pp. 29-30.



degradación política.¹⁹ Eugene Lyons, habiendo cambiado bruscamente él mismo desde la postura pro-comunismo al puro y simple antiestalinismo, elogiaba a Serge en el **Saturday Review** sin mencionar que tal distinción era central en la argumentación de Serge.²⁰ En contraste, Matthew Josephson, un afiliado al Partido Comunista norteamericano que escribía en **New Republic**, describía el libro de Serge como un trabajo del “partidismo trotskista”, agregando que contenía “un terrible catálogo de los destinos que han pasado todos sus amigos y compañeros de complots” por parte de un autor “insolente en su esperanza por nueva violencia”.²¹

Pero la amigable colaboración de Serge con los trotskistas norteamericanos tuvo corta vida. En efecto, en 1936 había dejado la Oposición Internacional de Izquierda Trotskista, precursora de la Cuarta Internacional, para unirse al P.O.U.M. español (Partido Obrero de Unificación Marxista), que los trotskistas consideraban como un partido centrista. Aunque Serge declaró su intención de permanecer en buenos términos con sus antiguos camaradas, los conflictos con ellos crecieron permanentemente. En julio de 1938 Serge publicó una carta en el **New Internationalist** que elogiaba el periódico pero también insinuaba que Trotsky había usado métodos de debate estalinistas amalgamando las perspectivas de Serge sobre el levantamiento de Kronstadt de 1921 con las perspectivas anti-bolcheviques de los Mencheviques entre otros. Serge había criticado a los Bolcheviques por fallar en hacer todo lo posible por negociar con los marineros del Kronstadt antes de reprimir su levantamiento.²² Una segunda comunicación de Serge, publicada en Febrero de 1939 en **New Internationalist**, era más comprensiva con la interpretación de Trotsky de Kronstadt, e incluía también una defensa del Bolchevismo contra las críticas de Antón Ciliga, el líder de los comunistas yugoslavos que había sido apresado por Stalin a mediados de los años 1930. Sin embargo, Serge procedía en los párrafos subsiguientes a presentar una provocativa defensa de las políticas del P.O.U.M.²³

Aunque los editores del periódico, Max Schachtman y James Burnham, responden a Serge en ambas ocasiones con tacto y diplomacia, las relaciones entre los trotskistas y Serge alcanzaron su punto más bajo con la publicación del ensayo de Trotsky de Junio de 1939, **The Moralists and Sycophants Against Marxism** [“Apéndice. Moralistas y sicofantes contra el marxismo”, en **Su moral y la nuestra**, Buenos Aires, Núcleo, 1970, pp. 89-110]. En esta vitriólica polémica, Trotsky acusaba a Serge —posiblemente sobre la base de información inexacta sobre los puntos de vista de Serge— de infectar el movimiento revolucionario con un “moralismo” que eventualmente llevaría a la “reacción”.²⁴

Los lazos de Serge con la corriente de literatos que se convertiría en la intelectualidad neoyorquina comenzó en rigor en el tardío 1938, con la publicación de **Marxism in Our Time**, traducido por Dwight y Nancy Macdonald. Esta defensa vigorosa pero no sectaria del marxismo clásico apareció en las páginas de **Partisan Review**, la cual había roto con el movimiento comunista y evolucionado un año antes hacia una posición cuasi-trotskista. Dwight Macdonald, miembro del consejo editorial de **Partisan Review**, escribió a Serge en Diciembre de 1938 pidiéndole permiso para publicar la traducción de una sección de **Conquered City [Ciudad ganada]**, México, Joaquín Mortiz, 1970]. La afinidad natural que fue instantáneamente evidente entre estos dos hombres no fue accidental, al menos para Macdonald, quien se estaba pasando al trotskismo y que se uniría al SWP en el otoño de 1939, había cuestionado también la postura de Trotsky sobre Kronstadt en una carta de 1938 a **New Internationalist**.²⁵

Con la invasión alemana a Francia en la primavera de 1941, los Macdonald se dedicaron con pasión a rescatar refugiados políticos tratando de conseguir visados para que los antifascistas dejaran Europa rumbo a los Estados Unidos y América Latina. Los Macdonald estaban especialmente preocupados por las personas que como Serge habían estado conectados con los trotskistas y otras tendencias socialistas revolucionarias no-estalinistas, porque tendían a ser soslayados por las organizaciones de refugiados influenciadas por liberales y comunistas. Nominaron a su grupo Fondo para Escritores Europeos, y desde allí colaboraron con el Comité de Rescate de Emergencia, una organización más amplia que envió a Varian Fry a Europa como representante.²⁶ En París, Serge todavía estaba asociado al ambiente trotskista. Colaboraba, por ejemplo, con la FIARI (Frente Internacional de Arte Revolucionario Independiente) que había sido inspirado por el manifiesto firmado por André Breton, Diego Rivera y Trotsky, y estaba empleado como asistente de investigación por el periodista trotskista americana y corresponsal de la revista **Time**, Sherry Mangan. Pero Serge se enfureció comprensiblemente con la crítica que Trotsky le hizo en **Moralistas y sicofantes**, reclamando que había sido seriamente tergiversado.²⁷

Los Macdonald trabajaron sin descanso para obtener una visa norteamericana para Serge y su hijo. Su esposa, Liouba Kibalchich, estaba en ese tiempo confinada en un hospital psiquiátrico en Neuilly sur Marne en Francia. A pesar de los esperanzadores signos iniciales, sus esfuerzos fueron bloqueados por la decisión de George Warren del Comité Asesor Presidencial para los Refugiados Políticos de pasar el pedido de visa al Departamento de Estado, ya que Warren creyó que el Departamento de Estado

19 Ver **Nation**, vol. 145, nº 534, 13 November 1937, pp. 531-535.

20 Ver **Saturday Review**, vol. 17, nº 10, 30 October 1937, p. 1.

21 Ver **New Republic**, vol. 95, nº 105, 1 December 1937, pp. 105-108.

22 La carta es reeditada en V.I.Lenin y León Trotsky, **Kronstadt**, New York: Monad, 1979, pp.124-7.

23 *Ibid.*, pp. 135-139.

24 El texto de Trotsky fue reimpresso en Leon Trotsky, John Oewey, y Gorge Novack, **Their Morals and Ours**, New York: Pathfinder, 1973, pp. 55-66.

25 La carta de Macdonald es reeditada en **Kronstadt**, pp. 127-31.

26 Ver Nancy Macdonald a Víctor Serge, 1 de Septiembre de 1940, Biblioteca de la Universidad de Yale. Ver también las referencias a Serge en Varian Fry, **Surrender on Demand**, New York: Random House, 1945.

27 Ver Víctor Serge a Dwight Macdonald, 1 de Marzo de 1939 y 29 de Octubre de 1939, Biblioteca de la Universidad de Yale; y Alan Wald, **The Revolutionary Imagination: The Poetry and Politics of John Wheelwright and Sherry Mangan**, Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press, 1983, p. 184.

consideraría a Serge como un agente soviético potencial.²⁸ Numerosos intelectuales partidarios de la izquierda norteamericana antiestalinista —James T. Farrell, Sydney Hook, Max Eastman, Meyer Schapiro, Herbert Solow— enviaron cartas de protesta por esta decisión.²⁹ Mientras el gobierno de Estados Unidos continuaba considerando a Serge como un “comunista antiestalinista”, Macdonald y otros argüían que él era simplemente un enemigo de Hitler y Stalin.³⁰ Finalmente, los Macdonald consiguieron que Serge y su hijo Vladimir de veintiún años fueran a México vía Cuba y Martinica en el verano de 1941. Pronto fueron seguidos por su hija de seis años, Jeannine, y Laurette Sejourne, una italiana de treinta años proveniente de la industria del cine, quien se había convertido en la tercera esposa de Serge.

Atravesando todas las complicaciones, los Macdonald le habían escrito a Serge casi semanalmente, convencidos de que era crucial ofrecerle esperanzas de modo continuado. También le enviaron cantidades considerables de dinero. Una vez que se estableció en México, Dwight asistió a Serge para que fuera publicado en una variedad de periódicos norteamericanos, y en hacer circular sus libros manuscritos para publicarlos tanto en Estados Unidos como en Inglaterra. Él y Nancy tradujeron muchos de los escritos de Serge, y fue Dwight quien propuso que Serge escribiera sus memorias y más tarde hizo enormes esfuerzos para conseguir publicarlas.³¹

El debut de Serge en **Partisan Review**, “Marxism in Our Time”, introdujo el tema por el cual su pensamiento político posterior será mayormente valorado: una crítica de la pérdida de democracia en la Unión Soviética, desde el punto de vista de la defensa de los propósitos originales de la revolución misma. Su perspectiva básica nunca cambió. Sostenía que las severas políticas necesarias para salvar la revolución sitiada conducirían más tarde a la pérdida de la autonomía de la clase trabajadora gracias al proceso de centralización del poder y la represión de las “herejías”.³²

El mismo tema fue dramatizado en las selecciones de **Ciudad ganada**, traducido por Gertrude Buckman, primera esposa del poeta Delmore Schwartz, que apareció en **Partisan Review** dos años después.³³ Si bien era de algún modo más crítico de la tradición bolchevique que Trotsky —entre otras cuestiones, Serge afirmaba que la Oposición de Izquierda estaba equivocada al no pedir la legalización de los partidos de la oposición en su plataforma de 1923— las categorías y perspectivas básicas de Serge

continuaron siendo las del trotskismo hasta la llegada de la Segunda Guerra Mundial.

Hacia el otoño de 1941, algunos cambios en los puntos de vista de Serge eran ya evidentes cuando participó en una discusión en **Partisan Review** sobre la naturaleza del fascismo y la Segunda Guerra Mundial, que involucró también a James Burnham y a Macdonald. Allí Serge refutaba vigorosamente los argumentos que identificaban de manera fundamental las monstruosidades del hitlerismo y el estalinismo, a pesar de sus similitudes superficiales, pero también aplicaba como al pasar el término “colectivismo burocrático” a la Unión Soviética, indicando que ahora sostenía que esta abarcaba una nueva forma de sociedad de clases. Sin embargo, Serge pronosticaba, lo mismo que la Cuarta Internacional trotskista, que la agitación revolucionaria de masas destruiría todas las formas de capitalismo global y estalinismo al terminar la guerra.

Más significativo, en términos de la actitud de Serge hacia la Segunda Guerra Mundial, sus posicionamientos tal como los expresaba en el artículo parecían un híbrido de aquellos que propagados por los seguidores de James P. Cannon en el SWP y por Sydney Hook. El Partido Obrero de Max Schachtman, así como Macdonald, respaldaban una estrategia de dos etapas que promovía la transformación socialista de los Estados Unidos antes de entrar en guerra contra Hitler. Por el contrario, el SWP sostenía que, debido al fracaso en el desarrollo del movimiento revolucionario antes del estallido de la guerra, la lucha antifascista y anticapitalista debía “replegarse”; de este modo, sus miembros debían participar en los esfuerzos de guerra de manera no disruptiva como soldados cuando fueran reclutados como tales, mientras la prensa partidaria continuaba denunciando los propósitos imperialistas de los Estados Unidos y apoyando las luchas en marcha por la justicia económica y social de los sindicatos y los afro-americanos. Hook, desde una perspectiva socialdemócrata, alentaba sin reservas un “apoyo crítico” a la guerra.

Los escritos de Serge, que nunca fue completamente claro, repudiaban la estrategia por etapas, pero usaba una formulación más débil de la resistencia a las políticas imperialistas que la del SWP. En vez de declarar la oposición frontal a los esfuerzos aliados, decía, en palabras similares a las que Hook podría haber usado, que “el régimen de Churchill está luchando a pesar de sí mismo por la revolución europea, de la cual la derrota de los nazis es una condición previa...”. Luego agregaba un argumento sugiriendo que en cierta forma se debía denegar el “apoyo crítico” a los aliados:

tenemos otras tareas que hacer que darle ayuda a gobiernos que son subjetivamente reaccionarios [tal como los Estados Unidos e Inglaterra], esto es, cómplices del enemigo, y objetivamente juguetes de las necesidades históricas que no comprenden. Tenemos nuestras propias tareas y es sólo cumpliendo con ellos sin compromisos que contribuiremos a la caída de los Nazis —y no volviéndonos conformistas.³⁴

28 Ver Nancy Macdonald a Víctor Serge, 8 de Octubre de 1940, Biblioteca de la Universidad de Yale.

29 Ver Nancy Macdonald a Víctor Serge, 19 de Octubre de 1940, Biblioteca de la Universidad de Yale.

30 Ver Nancy Macdonald a Víctor Serge, 1 de Septiembre de 1940, Biblioteca de la Universidad de Yale.

31 Ver Nancy Macdonald a Víctor Serge, 6 de Julio de 1942, Biblioteca de la Universidad de Yale.

32 Ver “Marxism in Our Time”, **Partisan Review**, vol. 5, n° 3, August-September 1938, pp. 26-32.

33 “Conquered City”, *ibid.*, vol. 8, n° 1, January 1940, pp. 3-17.

34 “What is fascism? The Discussion Continued”, **Partisan Review**, vol. 8, n° 5, September-October 1941, pp. 418-430.



Entre otros textos de Serge publicados en **Partisan Review** estaba un resumen de la situación de los escritores franceses en 1941, una memoria de su partida de Francia, y un penetrante tributo a Trotsky luego de su asesinato en Agosto de 1940.³⁵ Pero no fue sino hasta la publicación de su ensayo de 1945 sobre las perspectivas de la posguerra para Francia que Serge reveló su evolución hacia una etapa política nueva. El texto se enfocaba casi por completo en los peligros del estalinismo, ahora despojado de cualquier rasgo progresivo. Si bien Serge afirmaba aunque fuera en abstracto la necesidad de la revolución en Francia, implícitamente excluía cualquier esfuerzo práctico en ese sentido: “ningún movimiento político importante será capaz de hacerse conocido sin el apoyo del Partido Comunista totalitario; y si logra hacerse conocido a pesar de éste, no podrá evitar caer bajo su dirección.”³⁶

La última contribución de Serge en **Partisan Review**, una contribución a un simposio sobre “El Futuro del Socialismo” que tituló, “The Socialist Imperative”, apareció justo unas semanas antes de su muerte. Allí los argumentos a favor del socialismo son sustentados sobre el argumento de que ninguna otra ideología había sido más exitosa. La hoja de balance de la Revolución Rusa, argumentaba Serge, había finalizado en un “déficit fatal”. Por otra parte, concluía que “la toma del poder en la guerra civil es una carga para los propios vencedores, y lleva a la dictadura, opuesta por su propia naturaleza a la consecución del humanismo socialista”. El control obrero se había vuelto dificultoso por el desarrollo de nuevas tecnologías, las cuales sólo podía ser manejadas por especialistas. Más aún, el estalinismo era ahora el nuevo enemigo. La esperanza para el socialismo quedaba depositada sobre las “aspiraciones hacia la organización racional de la sociedad para la realización de la mayor dignidad humana...”³⁷

Aunque formalmente apoyaba a Lenin y defendía el legado de la Revolución bolchevique de Octubre de 1917, la política práctica de Serge en los años 1940 oscilaba entre las alas izquierda y derecha de la socialdemocracia. Sus contribuciones a **Socialist Call** tendían a reflejar la primera posición; y aquellas de **New Leader**, la última. Su primer texto para **Call**, del 7 de Mayo de 1943, era un ensayo sobre la Segunda Guerra Mundial que había sido originalmente aceptado por el editor de tendencia izquierdista del **New Leader**, Daniel Bell, pero luego había sido rechazado por los superiores de Bell porque sobre-enfatizaba la necesidad del socialismo.³⁸ Serge era descrito en **Call** como un ex-trotskista que ahora era un “campeón del socialismo democrático revolucionario”.³⁹

35 “French Writers, Summer 1941”, *ibid.*, vol. 8, n° 5, September-October 1941, pp. 387-388; “On the Eve”, *ibid.*, vol. 9, n° 1, January- February 1942, pp. 23-33; “In Memory: L. D. Trotsky”, *ibid.*, vol. 9, n° 4, July-August 1942, pp. 288-291.

36 “French Expectations”, *ibid.*, vol. 12, n° 2, Spring 1945, pp. 232-239.

37 “The Socialist Imperative”, *ibid.*, vol. 14, n° 5, September-October 1947, pp. 511-517.

38 Dwight Macdonald a Víctor Serge, 22 de Febrero de 1943, Biblioteca de la Universidad de Yale.

39 “The War and the Resurgence of Socialism –An Optimistic Approach”, **Socialist Call**, vol. 7 May 1943, p. 2.

Los artículos subsiguientes de Serge en **Call** llamaban a los radicales norteamericanos a considerar la persecución de disidentes en las prisiones fascistas y estalinistas de Europa como una posibilidad futura, analizaba la estrategia de guerra soviética, señalaba la centralidad de la democracia para el socialismo, y hablaba de modo optimista de la habilidad de la gente en Rusia para liberarse a sí mismos.⁴⁰ Un conmovedor obituario de Lewis Coser (usando el seudónimo de Louis Clair), insistía en que “Serge nos enseñó que se puede odiar la opresión estalinista sin asimilar ese odio que hace olvidar los muchos males de este mundo, y que nos hace fijarnos sólo en un gran mal”.⁴¹

La observación de Coser era un golpe directo a las políticas expresadas en **New Leader** donde los artículos de Serge exponiendo los diversos crímenes del estalinismo, tanto dentro como fuera de la URSS, se habían convertido en una crónica regular, junto con secciones ocasionales sobre las actividades de los socialistas españoles en el exilio. Cerca de veinte de estos artículos fueron publicados en el semanario de **New Leader** entre 1943 y 1947, y la mayoría aparecieron en 1944 y 1945. El primero fue una descripción en primera plana del ataque estalinista contra el mítin conmemorativo realizado en México por Carlo Tresca, Víctor Alter y Heinrich Ehrlich. El último fue un informe sobre el tratamiento privilegiado que estaba recibiendo en México el asesino de Trotsky.⁴² En el obituario a Serge de **New Leader**, fue descrito en términos bastante agradables para **New Leader**: “Hasta su muerte, Serge fue un obstinado socialista democrático opuesto al totalitarismo en todas sus variantes. A menudo decía que su desilusión con la marca bolchevique del totalitarismo comenzó en 1921 con la despiadada represión de la revuelta de los marineros de Kronstadt por parte de los bolcheviques”.⁴³

Aunque discrepaba con la postura un tanto purista de Dwight Macdonald hacia la Segunda Guerra Mundial, Serge se puso de su lado en la ruptura de 1943 con **Partisan Review**, principalmente porque percibía que **Partisan Review** se retiraba totalmente de la discusión política.⁴⁴ Las contribuciones de Serge al nuevo periódico de Macdonald **Politics** comenzaron en la línea de sus textos para **Socialist Call** y gradualmente fueron cambiando hacia las del tenor de sus escritos en **New Leader**. En enero de 1945, por ejemplo, Serge criticaba a **Politics** por ser demasiado blanda respecto de la influencia “comunista-totalitaria” en la Resistencia Francesa. Aún así, Serge celebraba periódicamente a la Revolución Rusa de un modo que no hubiera sido tolerado

40 Ver los siguientes artículos en **Socialist Call**: “Trust Anti-fascists in Europe’s Prisons”, vol. 12 May 1944, p. 8; “The Mystery’ Behind Russian Policy”, vol. 1 September 1944, p. 8; “The Mystery’ Behind Russian Policy”, Part 2, vol. 8 September 1944, p. 8; “Will Stalinism Last?”, vol. 14 May 1945, p. 6; “The Russian People Have Earned the Right to Full Democracy”, vol. 20 May 1946, p. 5.

41 Louis Clair [Lewis Coser], “His Life Was a Living Memorial to Integrity and Socialist Truth”, *ibid.*, vol. 28 November 1947, p. 2.

42 Ver “Gorkin Stabbed as Mexican C. P. Wrecks Ehrlich, Tresca Meeting”, **New Leader**, vol. 26, n° 16, pp. 1,7; y “Jacson: Privileged Assassin”, *ibid.*, vol. 30, n° 14, 5 April 1947, p. 5.

43 “Death of Victor Serge”, *ibid.*, vol. 30, n° 47, 22 November 1947, p. 12.

44 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 4 de Octubre de 1943, Biblioteca de la Universidad de Yale.

en **New Leader**. Por ejemplo, en un comentario publicado sobre los famosos ensayos de Macdonald "The Responsibilities of Peoples", Serge discutía la larga historia de los pogromos en Rusia, incluyendo la masacre de 200.000 judíos por las fuerzas zaristas y nacionalistas en Ucrania y en la Rusia Blanca durante la guerra civil rusa. Descaradamente, concluía que: "La victoria de la revolución terminó finalmente con esos horrores".⁴⁵ Sin embargo, su última contribución en **Politics**, en la primavera de 1947, denunciaba un artículo de George Padmore sobre Indochina por su fracaso en exponer a Ho Chi Minh como un instrumento comunista del Kremlin. Con esta crítica Serge indicaba que la lucha por la liberación nacional en Indochina era simplemente parte de la campaña mundial dirigida por Moscú para establecer su dominio totalitario. Serge concluía que la lucha en Indochina "nos sitúa a todos nosotros —liberales, socialistas, y radicales por igual— frente a esta cuestión: ¿debemos simpatizar con las revueltas coloniales cuando su significado real es la expansión del totalitarismo?"⁴⁶

En suma, las relaciones de Serge con la izquierda antiestalinista neoyorquina entre 1938 y 1947 estaban divididas entre sus tres componentes centrales. Con los socialistas revolucionarios del SWP y el WP, Serge compartía el compromiso por preservar los logros de la Revolución Rusa de Octubre. Era típico de él su afirmación a Macdonald en 1941 acerca de que "Debemos comenzar de nuevo, exactamente en el mismo orden para preservar la esencia de Octubre de 1917 y la experiencia que le siguió".⁴⁷ Serge también compartía una versión un tanto exagerada de la errática predicción de Trotsky acerca de la certeza de levantamientos sociales en la posguerra que revolucionarían Europa y aislarían el dominio totalitario del estalinismo en la USSR. Como escribió a Macdonald: "Cada vez más observo esta guerra como un llamado a cambiar la faz de la tierra. Tengo el presentimiento de que el aliento de cambios está teniendo lugar y que aquellos que vendrán sobrepasarán todo lo que hemos imaginado en todos los niveles."⁴⁸ Con los socialdemócratas de izquierda, sin embargo, Serge descartaba la relevancia de cualquier movimiento leninista existente, considerando incluso a los trotskistas como vestigios de un momento moribundo de la historia.⁴⁹

Finalmente, con el ala derecha de los socialdemócratas, con los cuales se asoció de modo creciente en 1944-1945, Serge compartía la opinión de que la participación de los comunistas en las luchas por la liberación ostensiblemente democráticas o nacionales condenaban a éstas a la dominación del Kremlin, por lo cual justificaba un apoyo "crítico" del capitalismo y del impe-

rialismo. Esto fue más evidente a comienzos de 1945, cuando Serge se puso del lado de una serie de ataques de **New Leader**, realizados por Max Eastman y Liston Oak, contra Macdonald tildándolo de ingenuo respecto del estalinismo griego:

Pensar que los comunistas pueden ser dominados o que en la presente situación pueden ser aislados por las masas es malinterpretar el poder de un aparato formidable que es todopoderoso. Yo defendería la formulación del mal menor, que ha sido usada a menudo de manera estúpida y desastrosa. Para escapar del París de los nazis aceptamos el mal menor de la Francia de Vichy, que ha salvado las vidas de miles de nosotros. La suerte de los genuinos socialistas en Atenas bajo el régimen de Plastiras no es envidiable... Pero sobrevivirán, o al menos tendrán buenas chances de sobrevivir. Bajo el régimen camuflado comunista no habría tenido ninguna chance de sobrevivir...⁵⁰

Un hecho objetivo era central para la evolución política de Serge: el fracaso de los levantamientos revolucionarios de posguerra para derrocar al capitalismo en Europa y romper el yugo del estalinismo en la USSR. Sin embargo, este fracaso no da cuenta de modo adecuado del cambio general de Serge desde el trostkismo hacia el "Tercer Campamento" socialista y hacia el poco revolucionario "malmenorismo". Después de todo, era claro que las fuerzas del imperialismo estaban embarcadas en su forma más intensiva de dominación mundial y el "monolito" estalinista se rompería solamente dos años después de la muerte de Serge, cuando en 1949 se produjo la ruptura entre Tito y Stalin. Serge se había vuelto, podríamos decir, políticamente desorientado. En parte esto se debía a su situación en México donde el movimiento estalinista había crecido considerablemente. Serge y sus socios en "Socialismo y Libertad" estaban sujetos tanto a ataques personales infames como a la violencia física. Por otro lado, esto dio como resultado el miedo justificado de Serge hacia la brutalidad estalinista; pero también generó un cierto grado de paranoia. Esto último se hace evidente en la convicción de Serge de que Robert Sheldon Hart, el guardaespaldas asesinado de Trotsky, había sido en verdad un agente de Stalin, y en la opinión no comprobada de que Arkady Masloff, un antiguo líder de los comunistas alemanes que había muerto en Cuba, había sido en realidad asesinado por estalinistas.⁵¹ Además, conoció personalmente a Walter Krivitsky, el oficial de la inteligencia militar soviética que desertó en 1937, y se vio seriamente perturbado por su muerte, ocurrida en circunstancias misteriosas en 1941.⁵²

Sin embargo, un escrutinio cuidadoso de las correspondencias de Serge indica que fracasó en encajar confortablemente en cualquier tipo de ortodoxia, incluyendo la del ala derecha socialdemócrata. Por ejemplo, pese a las sorprendentemente cordiales cartas a Max Eastman, cuya transformación reaccionaria era indiscutible, Serge se abstuvo de unirse a la celebración de

45 Ver "Stalinism and Resistance", **Politics**, vol. 2, n° 2, January 1945, pp. 61-2; y "The Responsibilities of Peoples - A Letter from Victor Serge", *ibid.*, vol. 2, n° 8, August 1945, p. 252.

46 "The Communists and Vietnam", *ibid.*, vol. 4, n° 2, March-April 1947, p. 78.

47 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 18 de Septiembre de 1941, Biblioteca de la Universidad de Yale.

48 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 28 de Octubre de 1942, Biblioteca de la Universidad de Yale.

49 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 18 de Septiembre de 1941, Biblioteca de la Universidad de Yale.

50 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 19 de Marzo de 1945, Biblioteca de la Universidad de Yale.

51 Ver las siguientes cartas de Víctor Serge a Dwight Macdonald en la Biblioteca de la Universidad de Yale: 14 de Septiembre de 1941 y 25 de Noviembre de 1941.

52 Víctor Serge a Dwight Macdonald, 13 de Febrero de 1941, Biblioteca de la Universidad de Yale.



Eastman de la “libertad” norteamericana.⁵³ Tanto podía escribirle a Sidney Hook alabando la desmitificación que hacía Hook de las “leyes” del materialismo histórico, como insistir simultáneamente acerca del valor práctico del método dialéctico.⁵⁴ Es decir, aun cuando Serge se haya movido claramente hacia la derecha, sus profundos lazos emocionales con la Revolución Rusa, su experiencia del leninismo bajo el liderazgo de Lenin y de la Oposición de Izquierda, eran lo suficientemente fuertes para causar su circunspección frente a la total aceptación del anticomunismo vulgar que estaba devorando la vida intelectual en los Estados Unidos. En las reseñas de **Memorias de un Revolucionario**, luego de la muerte de Serge, Stanley Plastrik e Irving Howe, alguna vez líderes del SP, enfatizaban ambos insistentemente que Serge nunca se había convertido en un “antibolchevique profesional” pero que se había mantenido siempre firme en las raíces de la Revolución Rusa hasta el final.⁵⁵

¿Qué sentido se puede sacar de este recorrido de Serge? Primero, se debe reconocer que, aunque no haya sido un teórico marxista o un líder político de gran estatura, fue un hombre de extraordinaria inteligencia, integridad y sensibilidad artística. La evolución política de Víctor Serge en los años 1940 no testimonia su debilidad personal, sino el peso de presiones contrarias durante la Guerra Fría —presiones intensificadas por los continuos horrores del estalinismo y la incapacidad del trotskismo para ofrecer una alternativa creíble. Cualquiera que livianamente descarte el cambio de posiciones de los ex-revolucionarios como Serge considerándolas “traiciones”, malinterpreta ingenuamente la seriedad de los problemas afrontados por esa generación.

Por otro lado, la autonomía de Serge respecto del marxismo revolucionario —desde una posición igualmente intransigente tanto con el imperialismo como con el estalinismo— era genuina y no debería ser descartada por los admiradores que desean apropiarse por completo de su legado para el movimiento socialista revolucionario contemporáneo. Serge subestimaba obviamente los horrores del imperialismo y sobreestimaba la omnipotencia del estalinismo. Así como el mundo se hizo más complejo que el que Lenin o Trotsky imaginaron o anticiparon, del mismo modo lo fue para Serge.

Lo que se puede aprender de la asociación de Serge con la izquierda antiestalinista neoyorquina es esto: aún cuando Serge aspiraba a sostener una posición marxista revolucionaria, su ruptura con la Oposición de Izquierda Internacional puede haber sido injustificada; tanto “Socialismo y Libertad” como el P.O.U.M. y otros grupos con los cuales se asoció subsecuentemente, resultaron igualmente divididos por el faccionalismo y todavía más impotentes que los trotskistas. Se podría decir que los grupos

que sucedieron a la Oposición de Izquierda Internacional son las únicas organizaciones marxistas que han considerado seriamente la cuestión central que preocupara a Serge hasta su muerte: dar una explicación leninista a la degradación del leninismo en el estalinismo.

Serge también se equivocó en su confianza hacia el periódico **New Leader**. Sostenía que el periódico permitía la pluralidad de perspectivas que el movimiento trotskista objetaba. Posiblemente estaba en lo cierto respecto de los Estados Unidos y quizás sobre algunos otros movimientos trotskistas. Pero ciertamente juzgaba mal la significación política del **New Leader**. No puede dudarse que es un periódico importante de la cultura americana del siglo XX, pero esto fue así precisamente porque era el vehículo a través del cual una generación de rebeldes contra el capitalismo, el nacionalismo y el imperialismo llegaron a reconciliarse con el *statu quo*. ¿De seguir vivo, se habría convertido Serge en uno de estos apóstatas? No hay una respuesta certera a este interrogante. Algunos contribuyentes periféricos del **New Leader**, tales como Paul Goodman, Dwight Macdonald a comienzos de los años 1950, y C. Wright Mills, volvieron a acercarse a la izquierda nuevamente bajo el impacto de la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y el Movimiento por los Derechos Civiles. Ciertamente, Serge nunca habría estado cómodo en la celebración del “Siglo Americano” que siguió durante los años 1940 en tanto continuara rechazando la fórmula simplista que leía al estalinismo como continuación del leninismo.

El punto es que las metas generales del programa de Serge para la reconstrucción del socialismo son inobjetables como ideales, pero requieren precisar mucho sus contenidos antes de que pueda determinarse si la forma particular en la cual serán impulsados será como una grito de llamado a la acción dirigido hacia un avance o bien un retroceso para el movimiento socialista revolucionario.

[Traducido por Claudia Bacci del original en inglés publicado en **The Ideas of Victor Serge. A life as a work of art**, Edición Especial de la revista **Critique. A Journal of Socialist Theory**, Susan Weissman (ed.), Glasgow/UK, n° 28/29, 1997, pp. 99-117.]

53 Víctor Serge a Max Eastman, 6 de Agosto de 1943, papeles de Vladimir Serge, México DF.

54 Víctor Serge a Sidney Hook, 10 de Julio de 1943, papeles de Vladimir Serge, México DF.

55 Henry Judd [Stanley Plastrik], “Serge’s Memoirs”, **New International**, vol. 17, n° 5, September-October 1951, pp. 309-310; Irving Howe, “The European as Revolutionary”, **Steady Work**, New York: Harcourt, Brace and World, 1966, pp. 258-262.

Resumen

Atendiendo a la correspondencia entre Víctor Serge y la izquierda antiestalinista norteamericana, el autor sigue las intensas relaciones entre el escritor y militante ruso-belga y una serie de intelectuales norteamericanos. En los años que van desde los Juicios de Moscú hasta la Guerra Fría, el grupo de intelectuales neoyorquinos se encontraban en un proceso de profunda desradicalización, migrando desde el apoyo cuasi-trotskista al leninismo hacia la defensa de diversas formas de socialdemocracia. El pensamiento de Serge, por su parte, acusa recibo de las presiones anticomunistas propias de la Guerra Fría, intensificadas por los continuos horrores del estalinismo y la incapacidad del trotskismo para ofrecer una alternativa creíble. Sin embargo, aun cuando Serge se haya movido claramente hacia la derecha en sus últimos años, sus profundos lazos emocionales con la Revolución Rusa, su experiencia del leninismo y de la Oposición de Izquierda, eran lo suficientemente fuertes para impedir la total aceptación del anticomunismo vulgar que estaba devorando la vida intelectual en los Estados Unidos.

Palabras clave

Intelectuales, Comunismo, Trotskismo, Socialismo.

Abstract

Attending to the correspondence between Victor Serge and the anti-stalinist American left intellectual Dwight Macdonald, the author tracks the intense relations between the Russian-Belgian militant and a series of American intellectuals. In the years elapsed from the Moscow Trials up to the Cold War, the group of New York intellectuals passed along a process of deep de-radicalization, turning from quasi-trotskyist support to Leninism towards a defense of different social-democratic forms. Serge's thought itself reveals the anti-communists pressures, typical of the Cold War, intensified by the endless horrors of Stalinism and the incapacity of trotskyism for offering a credible political alternative. However, even when Serge clearly moved towards right in his last years, his deep emotional ties with the Russian Revolution and his experience of Leninism and Left Opposition were vigorous enough as to prevent him from accepting the vulgar anti-communism that was consuming intellectual life in the USA.

Keywords

Intellectuals, communism, trotskyism, socialism.

Max Eastman

La visión de un radical estadounidense sobre la “bolchevización” del movimiento revolucionario norteamericano (y un olvidado, pero inolvidable, retrato de Trotsky)

Loren Goldner

Vivíamos en tiempos inocentes de guerras mundiales, de fascismo, de nazismo, de soviets, del *Führerprinzip*, de estados totalitarios. Nada de lo que hablamos alguna vez fue intentado. Pensábamos en la política democrática, con sus derechos básicos y libertades, como cosas buenas permanentemente aseguradas. Plantándonos sobre estas bases firmes, propusimos escalar más alto, a la democracia industrial o ‘verdadera’ democracia”.
Max Eastman, **Love and Revolution** (1964)

El siguiente artículo es un intento de disparar una discusión sobre qué fue lo que pasó con las mejores esperanzas de los “años rojos” en los Estados Unidos, después de la Primera Guerra Mundial. Examinando particularmente la transición en los Estados Unidos, desde la Industrial Workers of the World (IWW) y la izquierda del viejo Partido Socialista hasta la creación del Partido Comunista (una transición que alguna vez consideré unilateralmente positiva), me encontré con la gran olvidada y (por aquellos pocos que lo recuerdan) maliciosa figura de Max Eastman.

Eastman, de hecho, terminó mal, como un *cold warrior*¹ escribiendo para **Reader's Digest**. Por esta razón, pasaron inadvertidas en la izquierda sus memorias de las décadas de 1910 y 1920. Pero a pesar de que Eastman tuvo un giro hacia la derecha, en parte por el disgusto que le provocaba tener que arrastrarse frente a Stalin en los años '30, como sí lo hicieron los liberales y los liberales *radicals*; y por el trato que recibió por parte de ellos cuando (todavía en la izquierda) explicitó algunas verdades desagradables sobre Rusia; se las arregló para escribir en las décadas de 1950 y 1960 dos volúmenes de memorias que todavía ilustran, con cinismo, las grandes esperanzas de su juventud.

Max Eastman, en sus dos volúmenes de memorias,² expresa la misma percepción [que tenían otros escritores de izquierda, como Kenneth Rexroth³ y Dwight MacDonald⁴] sobre la realidad de la izquierda estadounidense antes de 1914.

Como todos mis amigos *radicals* —escribió— confundí la realidad con el paraíso incomparable que prevaleció en los Estados Unidos al cambiar el siglo. A pesar de las masacres de Ludlow y la construcción de bombas en la industria pesada de acero, fue un pequeño momento protegido de la historia, con paz y progreso, en el que crecimos. Fuimos niños criados en jardines de infantes, pero ahora la realidad venía a nuestro encuentro. La historia retomaba su curso sangriento.” (LR: 22)

(Aquellos que, como yo, entraron en la adolescencia a comienzos de la década de 1960 pueden expresar una versión reducida del mismo sentimiento, a pesar de la Guerra Fría y Jim Crow.) Es necesario recordar este “final de la inocencia estadounidense”, como se lo llamó, para explicar cómo un movimiento que produjo a la IWW, a Big Bill Haywood, a John Reed, a Eugene Debs, al Paterson Pageant de 1913 o una revista con la calidad de **The Masses**, pudo algunos años después de 1917, desviar su curso hacia distintas sectas bien identificadas que rápidamente se volvieron susceptibles para Joseph Peppers y peores. Este “fin de la inocencia” trajo aparejado, por parte del gobierno de Wilson, una represión masiva (que incluía censura, encarcelamientos, linchamientos) de los activistas antibélicos y de las publicacio-

2 Max Eastman, **The Enjoyment of Living** [New York, Harper, 1948] y **Love and Revolution** [New York, Random House, 1964]. Todas las citas de este artículo son de **Love and Revolution**, y van a ser identificadas en el texto como LR con el número de página. Me concentré especialmente en el desarrollo político de Eastman, descuidando otros aspectos interesantes como su literatura no política y sus esfuerzos intelectuales. Una biografía sobre los hechos protagonizados por Eastman es la de William L. O'Neill, **The last romantic: a life of Max Eastman** [New York, Oxford University Press, 1978].

3 Kenneth Rexroth, **An Autobiographical Novel** [Garden City, New York. Doubleday, 1966] Existe una versión aumentada de 1991 [New York, New Directions].

4 Dwight MacDonald, **The Root Is Man** [Indore, India, Modern Publishers, c. 1948].

1 [El término se utiliza en los Estados Unidos para identificar a quienes estuvieron ligados de alguna manera (ideológica o políticamente) a la “Guerra Fría”, de ahí que su traducción literal sea “guerrero frío”]

nes; una ola de histeria “*anti-Hun*”⁵ desatada contra Alemania y los estadounidenses de origen alemán; y después de la guerra, la *Red Scare* y los *Palmer Raids*,⁶ por la cual centenares de inmigrantes radicals del este y sur de Europa fueron deportados, y otros cientos de militantes con distintas ideologías encarcelados. Haywood, Reed, Daniel de Leon (el único estadounidense marxista que influenció a Lenin) y Mother Jones no hubieran necesitado que la Tercera Internacional les ordenara hacer una revolución en los Estados Unidos; pero desde principios de la década de 1920 hasta no hace mucho, se convirtió en moneda corriente para la mayoría de la “izquierda dura” que la Revolución Rusa y la temprana Tercera Internacional les habían provisto a los *radicals* estadounidenses herramientas indispensables —sobre todo un entendimiento de la vanguardia del partido— que previamente no poseían.

Max Eastman, editor

Como vivimos actualmente entre los escombros de aquella visión de la historia, volveremos a principios del siglo XX para reexaminar los “ganadores y perdedores” de aquella transición, y para poder ver mejor nuestro camino hacia el futuro, que no traza una incuestionable “línea de continuidad” entre Lenin y Trotsky, y donde rápidamente aparece la figura de Max Eastman. Eastman (1883-1969) formaba parte de los más brillantes *radicals* de *Greenwich Village* en las décadas de 1910 y 1920, aunque en la actualidad quedó muy olvidado, en parte porque, como se indicó anteriormente, devino luego en una suerte de siervo de la derecha y eventualmente escribió para *Reader’s Digest*. Nacido en una familia de clase media en una zona al norte de Nueva York, hijo de dos ministros de la Iglesia Congregacional, Eastman (a diferencia de Rexroth) tuvo que desarrollarse en el *radicalism*. Difícilmente lo habría logrado cuando estudiaba en Williams College, en Berkshires, a principios de 1900; pero luego de instalarse en la ciudad de Nueva York en 1907 (donde fue contratado como profesor asistente del filósofo John Dewey en Columbia), inició su militancia en el movimiento por el sufragio de la mujer. Mientras que Dewey imbuyó a Eastman a lo largo de esos años con la filosofía pragmática estadounidense, que luego (como tantos otros)⁷ terminaría utilizando contra el marxismo; su relación con el movimiento sufragista lo llevó rápidamente a ponerse en contacto con el labor radicalism del Greenwich Village, y en 1916 fue elegido editor de la revista indiscutiblemente más importante en la historia radical estadounidense: **The Masses**.

Por su particular rol en la historia, es importante centrar por un momento nuestra atención en **The Masses**. Hasta que fue ce-

rrada por el Director General de Correos por sedición en 1917, era una confluencia de cultura y radicalismo social que desde entonces fue desapareciendo hasta que en los años ‘60 reapareció en un contexto totalmente diferente. Expresó un momento en cual el salón de la Quinta Avenida, animado por la anfitriona cultural Mabel Dodge Luhan (quien luego sería la amante de D.H. Lawrence en su periodo Taos) pudo reunir a los que frecuentaban el *Armory Show* de 1913 (que introdujo el modernismo vanguardista en los Estados Unidos), con los *wobblies*⁸ de la huelga de Paterson; culminando en la *Paterson Pageant* anteriormente mencionada, en la cual obreros *radicals* y artistas colaboraron en una inmensamente exitosa colecta de fondos para el paro en el *Madison Square Garden*. Si uno mira atrás podría sonreír con esta anticipación del *radical chic* de la década de 1960, excepto que en 1913, tanto la vanguardia cultural como el IWW realmente sentían emerger un nuevo mundo en sus respectivos campos, y para ellos era el mismo mundo.

Pocos, si alguno, de los artistas fuertemente relacionados con **The Masses** (como Floyd Dell o Joseph Freeman o Art Young) son recordados hoy por sí mismos, es decir, más allá de su relación con la notable revista; y John Reed, su más famoso colaborador, es recordado por sus escritos políticos. Pero ninguna publicación sucesora, ni siquiera **The Liberator** de Eastman (1918-1926), ni la **Partisan Review** inspirada en el trotskismo de 1930, ni **Politics** de Dwight MacDonald hacia finales de la década de 1940, ni **Radical America** en la décadas de 1960 y 1970 (sin mencionar la **The New Masses** de la década de 1930, dominada por los estalinistas), alguna vez lograron acercarse al *radicalism* cultural y obrero a esa dimensión, y con un público tan extenso. Las explicaciones históricas de esta separación de la cultura y la política *radical* son muchas y complejas, y distan de los objetivos de este artículo. Pero aunque es cierto que no es una especificidad de los Estados Unidos (lo mismo ocurrió en el resto del mundo capitalista); esta confluencia fue uno más de los experimentos que fue borrado después de la Primera Guerra Mundial. Inmerso en ese remolino estaba Max Eastman.

The Masses tuvo una muerte honorable, el último número fue el de noviembre-diciembre de 1917, entonces Eastman escribió:

“Sus últimas palabras —impresas en la contratapa del último número con un cuerpo grande— de alguna manera permanecieron como una verdadera profecía alguna vez escrita: ‘John Reed está en Petrogrado (...). Su historia sobre la primera revolución proletaria será un suceso en la literatura mundial (...).’”

Eastman realmente alcanzó lo más alto de su fama e influencia como testigo estrella en los dos juicios por sedición en contra de **The Masses**, luego de que los Estados Unidos entraran en la Primera Guerra Mundial y, finalmente, cuando fue prohibida la distribución de ese tipo de publicaciones bajo la figura de “actos de sedición”. Ambos juicios, como resultado de la actuación brillante de Eastman, terminaron sin resolución. Luego viajó por el país como una figura clave en manifestaciones en contra de

5 [“Anti-Hunos”, término usado en la propaganda bélica estadounidense contra el avance de los alemanes]

6 [Espionaje, allanamientos y secuestros a militantes de izquierda y *radicals*, por parte de la Justicia estadounidense (“United States Attorney General” en ese entonces presidida por Alexander Mitchell Palmer, de ahí el nombre del término) y el Departamento de Inmigraciones de ese país]

7 Richard Pells, **Radical Visions and American Dreams. Culture and Social Thought in the Depression Years**, [New York, Harper & Row, 1973].

8 [Así se denominaba a los líderes de la IWW]



la guerra (una multitud casi lo lincha en Fargo, Dakota del Norte), y fue procesado junto con otros importantes militantes de la causa por obstruir el reclutamiento. Después de los juicios, Eastman fue el editor de una revista dedicada estrictamente a la política, de éxito breve: **The Liberator**, que tuvo en su momento de auge 60.000 suscriptores y publicó los primeros capítulos de **Diez días que conmovieron al mundo**. Fue durante este tiempo cuando Eastman se animó por primera vez a leer un panfleto de Lenin. Pero las semillas de su pragmatismo crítico y su rechazo al marxismo eran ya evidentes en sus palabras: “En el programa de Lenin a los Soviets, sentí la presencia viviente de esa mente práctica y libre, ingeniera de la revolución, aquella por la que he estado esperando”. (LR: 127) Aun en la década de 1950, cuando formaba parte de la derecha de la Guerra Fría, no tenía “ninguna paciencia con aquellos que igualaban a Stalin con Lenin” (LR: 127-128).

Después de dimitir de **The Masses**, Eastman se dedicó, desde 1918 a 1921, a editar **The Liberator**, que se convirtió en la revista *radical* estadounidense que registró los “años rojos”⁹ de posguerra. **The Liberator** no sólo publicó a John Reed, sino también a Lenin, Haywood, Alexander Berkman y a Bela Kun.¹⁰ Este fue, como Eastman escribiría después: “Un período de esperanza rebelde y de incremento revolucionario alrededor del mundo”¹¹ (LR: 190), y él nunca fue tan influyente antes o después de ese momento. **The Liberator** intentó también expresar la ola de libertad cultural y creatividad de la Rusia de la década de 1920. Eastman cita a Daniel Aaron:

Lo que distinguía a hombres como Lenin, Trotsky y Lunacharsky de Stalin y sus pretorianos intelectuales, era su creencia de que el gobierno revolucionario no debía tratar a los grupos artísticos como activistas contrarrevolucionarios (LR: 239)

En 1920, de todas formas, Eastman ya se hacía eco de las reservas que ciertas figuras como Rexroth formulaban acerca de la importancia que el modelo del partido de vanguardia podía tener para los Estados Unidos:

Los partidos comunistas han puesto el énfasis en la idea de la disciplina partidaria a un grado tal que parecería razonable para cualquier persona sólo en la víspera de una

9 Mucho podría decirse, y se dijo, sobre la brecha entre los *radicals* nacidos en los Estados Unidos de **The Masses** y **The Liberator**, y los grupos de inmigrantes del este y sur europeo, quienes eran mayoría en los movimientos de trabajadores *radicals* en los Estados Unidos por aquel entonces.

10 Aunque menos recordado que **The Masses**, y no precisamente por acercar la cultura y la política *radicalisms*, los aportes culturales incluyeron nombres como: Edna St. Vincent Millay, William Carlos Williams, E.E. Cummings, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Louise Bryant, Edmund Wilson, Sherwood Anderson, Vachel Lindsay, Amy Lowell y Pablo Picasso.

11 Es importante recordar, especialmente para entender la dinámica de la raza y la clase social en los Estados Unidos, que en 1919 también se sucedieron las peores revueltas de la historia estadounidense. Setenta y dos negros y seis blancos fueron linchados ese año, al menos algunos de los blancos por defender a los negros de los grupos violentos (p. 169). Eastman fue también único, entre la potente política antidiscriminatoria de los *radicals* de 1920, por su apoyo a que los negros utilizaran armas para defensa personal.

batalla (...) Han construido una elaborada organización conspiratoria, excelentemente adaptada para promover empresas de traición y sedición, aunque no tengan esas empresas definidas (...) (LR: 257).

Esta crítica hubiese encontrado un aliado en John Reed, quien había muerto en Moscú ese mismo año, y cuya actitud frente al Comintern en el momento de su muerte provoca muchas conjeturas. Reed “no ocultaba en secreto su desprecio y odio hacia Zinoviev y Radek, cuya autoridad en el Comintern era preeminente en ese momento”¹², y ofreció, para luego retractarse, su dimisión del Comité Ejecutivo. Pero esto nunca lo sabremos.

En 1921 Eastman fue expulsado como editor de **The Liberator**, como consecuencia de una rebelión encabezada por Mike Gold, un escritor proletario del *Lower East Side* que se convirtió en el líder del servilismo literario estalinista estadounidense en la década de 1930, después de que en 1926 (en un clásico del estilo del PC) de manera oportunista renombrara a la publicación como **The New Masses** (aunque nadie con discernimiento haya confundido alguna vez este nombre con la otra revista).

Desde este momento en adelante, la estrella de Eastman comienza a desvanecerse, y su fama se convierte en oprobio, para luego quedar, y para siempre, por fuera de una izquierda estadounidense cada vez más estalinista. Pero resulta impresionante que mientras su vida y sus aportes ya habían tenido su momento, fue exactamente en el período de su eclipsamiento posterior a 1921, cuando Eastman se volvió una figura única entre la primera generación de *radicals*, para quienes la revolución rusa y su alcance internacional fue determinante en el curso de sus vidas.

El viaje a la URSS

Esta trayectoria única puede ser descrita sucintamente: Eastman fue a la Unión Soviética en 1922 y permaneció allí durante dos años, adquirió un buen manejo del ruso (tanto que escribió poesía en dicho idioma y los rusos la admiraron) y conoció en la intimidad a muchas figuras de la cúpula bolchevique antes del triunfo del estalinismo en 1925-1927. Esta fase fue seguida por tres años en Francia, momento en el que (casi inadvertidamente) se convirtió en el más importante defensor de Trotsky. Esta experiencia, y el conocimiento que le trajo aparejado, fue un período decisivo en la vida de Eastman, y lo convirtió, hasta su muerte en 1969, en un crítico muy pertinente de la era soviética más que cualquier otro *cold warrior*. Cuando los líderes bolcheviques fueron obligados a desfilar ante el mundo, para luego ser ejecutados en los juicios de Moscú de 1937-1938 —bajo el caluroso aplauso de la mayoría de las izquierdas de Occidente, desde la revista **The Nation** en los Estados Unidos hasta la ilustrada Liga por los Derechos del Hombre en Francia—; Eastman vio caer asesinados no solo a sus ex colaboradores políticos, sino a muchos amigos personales. Solamente un pequeño puñado de izquierdistas occidentales (Alfred Rosmer y Boris Souvarine en

12 Cita de Theodore Draper's, **Roots of American Communism** [New York, Viking Press, 1957] en Eastman, LR: 259.

Francia, y el belga Victor Serge, que recuerde en este momento) poseían algo remotamente parecido al acercamiento de “primera mano” que tenía Eastman de la Revolución Rusa y sus revolucionarios, antes de la consolidación estaliniana.

Eastman se reunió por primera vez con los bolcheviques en la Conferencia de Génova en 1922, donde observó a figuras como Rakovsky, Chicherin y Joffe, inmensamente intelectuales y culturalmente muy superiores a las grises eminencias de las democracias occidentales, guiadas por Lloyd George, quienes los presionaban a reconocer las deudas contraídas por el zar (los banqueros occidentales seguían importunando a Rusia con esas deudas 60 años después); y luego, cuando terminaba la conferencia, vio a los rusos entusiasmados formando parte del tumulto de la clase trabajadora genovesa, mientras que los políticos burgueses posaban para la foto.

El testimonio de Eastman, tanto en 1922 como en el resto de su vida, no es valioso porque ofrezca un análisis original del curso de la revolución. Sus tardíos intentos de teorizar sobre “cuál fue el error”, encabezando un repudio al marxismo y abrazando el anticomunismo, no tienen nada original *per se*, y fueron una vieja defensa del pragmatismo estadounidense contra “la metafísica alemana”. Eastman confesó que durante la rebelión de Kronstadt en marzo de 1921, él estaba en Hollywood, de licencia de **The Liberator**, intentando recuperar, para luego fracasar, una relación amorosa con una bella actriz. Kronstadt, más allá de lo que uno piense (y el debate continúa hasta nuestros días), demostró en verdad “el hecho crucial de que el ‘Gobierno Soviético’ no era un gobierno de soviets, pero sí un gobierno del Partido Comunista” (LR: 226) y el mismo Lenin, luego de dirigir el aplastamiento de la revuelta, supo que esto había “iluminado el horizonte como ninguna otra cosa” y había optado por descomprimir con la Nueva Política Económica.

Eastman no ofrece ninguna teoría sobre el “estado capitalista” o sobre el “estado degenerado de los trabajadores” o sobre “la burocratización colectiva” que rivalice con las diez o quince teorías sobre el mismo tema surgidas de los debates marxistas en las décadas subsiguientes. Lo que él tiene para ofrecer, otra vez, son las destrezas propias de un escritor en los detalles y en la caracterización de personajes, sobre todo en relación a la figura de León Trotsky, a quien llegó a conocer muy bien. La teoría marxista (junto con sus autores) nunca ha puesto demasiada confianza en la importancia histórica de los personajes. Pero Eastman, al no tener ninguna teoría original de su propia autoría, proporciona gran cantidad de material para cualquier teoría que busque localizar la derrota en la década de 1920.

Su primer atisbo del problema apareció en la inauguración del Cuarto Congreso del Comintern, en 1922, cuando encontró la Plaza Roja y las inmediaciones de la ciudad —como una escena de la Nueva York de Giuliani— bloqueadas para la gente común por “guardias montados a caballo y armados hasta los dientes con fusiles de guerra”. Pero esos pensamientos momentáneos (haciéndose eco de las observaciones hechas en los primeros años de la década de 1920 por Alexander Berkman) se desvanecieron a causa de la reunión de Eastman con la cúpula bolchevique. Karl Radek le dio un caluroso abrazo cuando dio el discurs-

so, en su recién adquirido idioma ruso, para el Congreso. Él vio a Dzhzhzhinsky como “el alto señor ejecutor de la revolución”, pero cuarenta años después, ya siendo un *cold warrior*, Eastman pudo escribir que la:

(...) noción de que Dzhzhzhinsky estaba ‘sediento de sangre’ es, de alguna manera, totalmente errónea. Él fue elegido para encabezar la Cheka por la razón contraria. Había sido un poeta en su juventud, y su desdén por los subordinados era notable (...) una historia de vida diferente (quizás) lo hubiese dirigido al martirio en vez de al asesinato” (LR: 331).

Sobre Bujarin, Eastman escribió después: “era pequeño, joven y discreto en su aspecto quien cargaba con un enorme taladro marxista... pueden adivinar que él era muy talentoso en una forma amable y seductora. Pero esto no lo preparaba a uno para el torrente brillante de argumentos inteligentes que emanaba al subirse a un estrado (...) Lenin lo llamó el “escolástico”... Una forma más sencilla de poner en claro su figura podría ser la siguiente descripción: su cabeza perspicaz estaba repleta de una variada cantidad de ideas de todo tipo, aprendidas de memoria y nunca asimiladas críticamente... No era el teorizador, sino el santo, el que todos amaban, el “favorito del partido”, como Lenin lo llamó” (LR: 354).

Sobre Kamenev refirió la impresión de “una mirada amable, con una barba suave, caballerosamente humanitario”, que en los Estados Unidos “se hubiese convertido en el director de un hogar de desamparados” y “tan poco preparado para dirigir una revolución como yo”. Zinoviev, quien como Kamenev había brillado en la noche de la revolución de octubre, y cuya estridente demagogia había inspirado la repulsión de John Reed, tenía una “penosa languidez” y “su apretón de manos se asemejaba a recibir una banana aplastada” (Ibid.). Stalin (de quien Eastman, como la mayoría de los comunistas del Oeste, no habían escuchado hablar hasta 1924) podría haber estado presente, pero él:

No sabía ningún otro idioma aparte del ruso, y sufría de un complejo de inferioridad entre sus colegas muy bien educados. Ellos, por otra parte y por la misma razón, no tenían idea de su agudeza extraordinaria y su fuerte personalidad (Ibid.).

Lenin, a diferencia de los anteriores, era todo lo que Eastman había esperado. Estuvo presente en el último discurso que dirigió Lenin al Comintern y lo describió como:

(...) el hombre más poderoso que alguna vez vi sobre una tribuna (...) una montaña de granito de sinceridad (...) era como si por fin se encontrara un intelectual humilde, quizás el único en la historia (...).

No es necesario compartir los raptos de inspiración a lo Píndaro que por aquel entonces capturaban a Eastman para reconocer la impresión recurrente que la figura de Lenin provocaba, por parte de aquellos que lo vieron hablar, como alguien totalmente carente de demagogia. En Lenin:



Cada coma, cada punto y coma, parecían haber sido elegidos con una única visión: la de acelerar la revolución y el estado. Mientras estuve en Rusia pasé larguísimas horas leyendo a Lenin, rastreando una especie de arrebatado que solo denominé ‘poético’ desde la pura y casi extasiada practicidad —esto es, la total ausencia de derivaciones poéticas— en cada palabra y oración que él escribió. Tenía imaginación, tenía figuras retóricas, pero las usaba con el siempre presente y único fin de iluminar el camino al socialismo —nunca el de entretenerse.

Creo que en esta cualidad estriba mucho de su poder, a veces descrito como hipnótico, para dominar el corazón y la mente, para obligar a hombres poderosos a aceptar su liderazgo” (LR: 334-335).

Desafortunadamente para Eastman, la pérdida de salud de Lenin (sufrió un infarto cerebral) lo volvió inaccesible, y no tuvo otra oportunidad de verlo en acción. Eastman asistió al XII Congreso del PCUS en 1923 (el primero en el cual Lenin estuvo ausente, y el último que quedaría fuera del dominio de Stalin). Estaba totalmente cautivado:

La constelación completa de los ‘grandes Bolcheviques’ se sentaron alrededor de él [sic] (...) Bujarin, Radek, Litvinov, Krylenko, Chicherin, Piatakov, Rakovsky, Zinoviev, Kamenev, Krassin, Dzherzhinsky, Antonov-Avsenko, Rykov, Stalin, Preobrazhensky (...) Todavía había una esperanza de que Lenin estuviese de vuelta, y Stalin aún no había revelado su jugada. Se veían, para mis admiradores ojos, como una familia bondadosa.

Pero no todo estaba bien detrás de esa apariencia de unión y conformidad: “Yo estaba desprevenido —escribe— de la lucha bestial por el poder que se desarrollaba detrás de la escena de la discusión intelectual. Estaba desprevenido de la existencia de Stalin” (LR: 356). En menos de un año desde aquella fecha, Lenin estaría muerto y la “densa nube de emoción optimista” de Eastman comenzaría a desaparecer.

En el IV Congreso de la Internacional Comunista, Eastman había conocido a Trotsky, “seguramente el hombre más pulcro que alguna vez condujo una insurrección”. Su retrato de Trotsky, basado en años de colaboración, lo vuelve más atractivo por discordante con algunas ideas comúnmente aceptadas sobre la valentía de aquel. La situación se vuelve más clara una vez que Lenin muere. Trotsky ya había acordado en 1922 permitirle a Eastman escribir su biografía, y para tal fin le había presentado gente relevante y le había concedido entrevistas cuando el tiempo lo permitía.

Por su parte Eastman, interesadamente, negó que existiera una puja por el poder entre Trotsky y Stalin después de la muerte de Lenin:

La verdad es que Trotsky se había salido de la pugna mucho antes. Cuando Lenin enfermó por primera vez, sugirió que Trotsky tomara su lugar como vicepresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, un movimiento que hubiese hecho público para el mundo su elección de un sucesor.

Trotsky le confesó a Eastman que había declinado la oferta porque su figura ya estaba en jaque mate dentro de la puja de poder en el partido. Pero Eastman creyó que esto era secundario, y sentía que Trotsky:

Podía comandar a los hombres, podía inspirarlos a la acción con su gran oratoria; podía explicarles las bases y los principios de su acción; pero no podía dirigirlos. No podía *liderarlos*. El liderazgo requiere tacto y destreza personal, tanto como comprensión y magnetismo. Demanda cierta habilidad, de la cual Trotsky carece por completo” (LR: 409).

Estas carencias “tenían un poco que ver con las fiebres —y más aún con los desmayos misteriosos— a los que estaba sujeto”. Eastman, quien tenía una larga (y continua) historia de problemas psicossomáticos, repasa los momentos de las enfermedades de Trotsky —como su fatal error de no regresar a Moscú para el funeral de Lenin, donde, según las estimaciones de Eastman, pudo haber pronunciado un discurso histórico. Estos achaques eran:

Más físicos que somáticos. Nunca se sintió mal cuando tenía que comandar un ejército u organizar una insurrección. Más bien era esa furtiva y estafadora, intrigante, vertiginosa y espantosa importancia de los asuntos de la política detrás de la escena intrapartidaria lo que lo enfermaba. Él repelía y se retraía de la misma. Sabía además —no podía no saberlo— que estaba muy mal preparado para sobrellevarla (LR: 409).

Eastman declara haber reconocido esto en el momento de la muerte de Lenin, pero:

No tenía noción entonces, de todas maneras, del hecho de que Stalin, como Secretario General del partido, ya había tomado las principales riendas del poder en sus manos. No sabía quién era Stalin. Con todas mis lecturas y estudios nunca había visto su nombre impreso, rara vez lo había escuchado pronunciar” (LR: 410).

Esta dinámica lo llevó a la historia del “testamento” de Lenin, o última carta al partido, sobre el cual Eastman, valiéndose casi por sí mismo, centró la atención del mundo, y así dañó, irreparablemente, su propio vínculo con la izquierda estadounidense e internacional. Escrita en diciembre de 1922, Lenin había llamado a la remoción de Stalin como Secretario General.¹³ La mujer de Lenin, Krupskaya, de todas maneras, retuvo la carta con la esperanza de que Lenin se recuperara y pusiera en práctica él mismo lo que había escrito.

El retraso solo le dio a Stalin otro año en el cual perfeccionó su control del aparato del partido, apostando hombres de su bando en posiciones clave a lo largo del

13 [Cartas al XIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (22 de diciembre de 1922-4 de enero de 1923)]

país (...) es en este punto donde se vuelve importante la diferencia entre los bolcheviques idealistas y los violentos que ‘cazaban’ el puesto, frecuentemente criminales y posibles sicóticos, quienes impacientemente se impusieron en sus lugares. El cultivo de Stalin de estos *gangsters* era absolutamente alarmante para sus colegas más inteligentes, a quienes aun así su filosofía les impedía finalmente juzgar cualquier cambio político en términos morales o psicológicos. (LR: 411).

La “última lucha” de Lenin, de todas maneras atrasada, inadecuada y comprometida por el debilitamiento de su salud, fue en contra de la burocratización del partido y del estado. El Comité Central hizo circular una resolución acordando que “la burocratización del partido amenazaba con separarlo de las masas” y convertirlo en “un cuerpo de oficiales autodesignados”.¹⁴

En este caso también Trotsky se enfermó, y en vez de asistir a la conferencia se propuso implementar una resolución, envió el texto de **El Nuevo Curso** como una carta al partido, argumentando a favor del retorno de una democracia de los trabajadores.¹⁵ Brillantemente Stalin usó la ausencia de Trotsky y la carta, cuyo contenido violaba el pacto secreto de una agenda de congreso lícita, para mover las fichas y acusar a Trotsky y sus seguidores de fundar una facción (las facciones habían sido prohibidas en 1921) e “intentar engañar al partido”.

Como escribió Eastman cuarenta años después:

Empezó a develarse (...) qué clase de guerra descarnada había estado librándose entre los idealistas¹⁶ y los facciosos del partido. Los idealistas, con su inepto, poco preparado e indefinidamente enfermo líder, ya estaban derrotados —eso era obvio— (...) La falta de honestidad en los ataques era tan flagrante (...) que Trotsky fue instado, por algunos de los mejores viejos bolcheviques, a enviar un destacamento de soldados al Kremlin, arrestar a sus oponentes, y restaurar la vía electiva en el partido bajo la fuerza de las armas (...) Pero Trotsky se rehusó a usar tanto su poder como su elocuencia. No pronunció respuesta ante las diatribas en su contra de la prensa. No hizo apariciones públicas, ni discursos, no hizo absolutamente nada en contra del torrente de difamación que fue vertido sobre él” (LR, p. 415).

Este saber, alcanzable en 1924 para un pequeño puñado de comunistas que estaban fuera de Rusia, llevó a Eastman, quiérase o no, y a pesar de sus dudas sobre Trotsky como líder, a volverse

“más conocido por ser un trotskista que por cualquier otra cosa por la que alguna vez se me conociese”.

En el XIII Congreso del PCUS —realmente no más ‘un congreso’ sino el primero de una serie de “desfiles burocráticos”, como dijo Trotsky— Eastman lo observó desperdiciar otra chance cuando asistió, bajo la disciplina partidaria, con la decisión de la cúpula de no divulgar en público el testamento de Lenin. Trotsky:

Guió su conducta, como siempre, por un plan conscientemente mentado en el deber de la revolución. Y como siempre, en materia de sutileza en el manejo de los hombres, su plan estaba equivocado (...) (LR: 422).

Trotsky se doblegó ante la disciplina del partido, sosteniendo que no debía “tomar la ofensiva”:

Cualquier hombre con un coeficiente intelectual de un niño de doce años sabía que una facción se había formado en su contra, con un programa explícito para aislarlo, destruir su prestigio, suprimir sus libros, silenciar su oratoria, vituperar su nombre, y anticiparse a su posible herencia de autoridad por parte de Lenin (...) pero cualquier tipo de acción humana libre y valerosa sería observada como pecaminosa, cismática, antibolchevique, ‘en contra de la disciplina partidaria’ (...) Intentaba mantener una actitud conciliatoria —algo para lo que no estaba dotado en absoluto” (LR: 423-424).

Fue en este discurso que Trotsky manifestó su fórmula del patriotismo partidario: “Los ingleses tienen un dicho: ‘En lo cierto o equivocado, es mi país’. Con mayores justificaciones históricas podemos decir: en lo cierto o equivocado, con respecto a algunos problemas particulares y concretos, es mi partido” (LR: 424).

Eastman le rogó a Trotsky que usara su “última oportunidad” de revelar el testamento. Pero al final su:

(...) liderazgo intermitente y medio enfermo (...) estaba desanimando a la Oposición. Las mejores mentes sabían que sus políticas eran correctas, pero sabían también que él no podía cooperar con el aparato partidario. No podía gobernar el país (...) Y ese discurso fue solo el primero de una serie de maniobras personales que fueron torpes, ineptas, toscas y calamitosas mientras que sus juicios y caracterizaciones políticas eran acertados y visionarios (LR: 426)

Y además:

El epíteto favorito de Trotsky para Stalin era ‘mediocre’, y ciertamente Stalin no se distinguía por ninguna gracia o lucidez de pensamiento, discurso, presencia o trato. Pero si Trotsky se hubiera dignado a escuchar el hábilmente disciplinado, mortífero como el suministro de la inyección letal, extremadamente urdido y extemporáneo discurso con el cual Stalin acabó con él, quizás no se hubiese tomado tan a la ligera la mediocridad. El discurso fue un despliegue maestro no solo de fuerza cruel y de olímpica deshonra, sino en la manipulación *ex parte* de

14 [Resolución del Comité Central del 5 de diciembre de 1923]

15 [Goldner se refiere a la XIII Conferencia del PCUS inaugurada el 16 de enero de 1924. En efecto, Trotsky no pudo asistir por problemas de salud que lo obligaron a trasladarse al Cáucaso. Antes de partir, sin embargo, reunió una serie de artículos publicados desde diciembre de 1923 en *Pravda*, agregó algunos nuevos, y publicó un opúsculo bajo el nombre **El nuevo curso**. Traducción al español por Cuadernos de Pasado y Presente, n° 27, Buenos Aires, 1971]

16 Eastman usa este término inadecuado para describir a los viejos bolcheviques quienes en su visión adhirieron a los ideales originales de la revolución.



hechos e ideas. Stalin era un genio —un genio de ‘paciencia, persistencia, crueldad y fraude’ (LR: 426-427).

La sugerencia de Eastman de que la lucha entre Trotsky y Stalin estaba terminada para cuando Lenin murió está claramente bien argumentada; pero es menos convincente al asegurar que no había, contrariamente a lo que el mundo creía entonces y creará en adelante, un disenso real entre ellos con respecto a las políticas. Él creía que acordaban fundamentalmente en “*construir todo el socialismo que se pueda en Rusia mientras se promovía extender todo lo posible la revolución mundial*” (LR: 429). Este no es el lugar para desplegar ese asunto espinoso (y en mi opinión no hay una resolución que no sea ambigua). Pero en este punto Eastman muestra claramente, como él mismo dice, que se hizo conocido como trotskista prácticamente por el hecho de pasar algunos años en la Rusia soviética, y por su honestidad e integridad personal, y no por un compromiso político profundo.

El libro de Eastman no habla ni del fracaso final de la revolución alemana en 1923 ni de la creciente crisis de la Nueva Política Económica, la cual, no obstante gran parte del juego estaba perdido y aunque de cualquier forma fuera una acción de retaguardia, confrontó a Stalin y a la oposición de izquierda hasta 1927. Tampoco menciona las batallas ocasionadas por la huelga general inglesa de 1927 o la política china de 1924 a 1927. Para Eastman, el asunto real era “el programa antiburocrático llamado Democracia de los Trabajadores, como oposición a la regimentación estaliniana del partido. *Ningún otro asunto fue planteado hasta después de que la lucha terminara y Trotsky fuera derrotado*” (LR, p. 429). Este, también, es un reclamo ambiguo para el hombre que en 1920 había abogado por la militarización del trabajo, el que supervisó la represión de Kronstadt, el que (como el propio Eastman citó) articuló la doctrina del “patriotismo partidario” (que todavía hoy aflige a muchos de sus seguidores con una noción de disciplina que ciertamente no concuerda con la historia bolchevique previa a 1921), y a quien el testamento de Lenin, mientras que lo nombraba como el hombre más capaz en el partido, también lo caracterizaba como “poseedor de un excesivo enfoque administrativo” de las cuestiones políticas (otro legado que los remanentes contemporáneos del trotskismo, con su fe excesiva en “la construcción del partido”, nunca enfrentaron).

Como he tratado de enfatizar a lo largo del texto, el poder de las memorias de Eastman sobre la Revolución Rusa y el interés que pueden tener aún hoy no se debe a una sagacidad política excepcional, sino a las semblanzas de los revolucionarios, y sobre todo la de Trotsky, la cual (en mi opinión) supera cualquier escrito que conozca en la materia, ya sea la de Serge, o la de C.L.R. James, sin mencionar a sus problemáticos biógrafos Deutscher y Broué. En su conjunto, el retrato que hizo Eastman de Trotsky da claves importantes, que no pueden encontrarse en ningún otro lado, sobre la triste historia del trotskismo, antes y después de la derrota de su líder, sin mencionar lo que sobrevino a su muerte.¹⁷

17 De la misma manera Eastman saca a colación asuntos importantes sobre Lenin que se argumentaron mejor en otros textos, sobre la forma en que “el gobierno de los soviets se convirtió en el gobierno del Partido Comunista”, pero a efectos de mantener los límites del artículo y enfatizar las particularidades de Eastman,

En mi argumentación acerca de la importancia de las memorias de Eastman sobre Trotsky, creo que no se le ha prestado mucha atención a este “excesivo enfoque administrativo” y su influencia en el tipo de formalismo organizacional (“construcción del partido”) que impregna al movimiento trotskista hasta el día de hoy.

También Lenin cayó bajo algunos de los duros puñetazos de Eastman. Mientras Lenin rechazó como “ultraizquierdistas infantiles” a los que pensaron que era posible construir la dictadura del proletariado sin un partido disciplinado, centralizado:

Él nunca planificó o propuso ningún medio por el cual el poder pudiera ser transferido del partido a los soviets —ni hablar de su transferencia a todo el proletariado. Él observó sin protestar la transformación del congreso soviético en una mera fachada o instrumento pasivo de su partido. Él consintió el reemplazo gradual del una vez célebre Consejo de los Comisarios del Pueblo por el Politburó de esta organización doctrinal. Alarmado por la rebelión de Kronstadt, suprimió la oposición y ajustó el control oficial sobre un pequeño grupo de funcionarios dentro de la organización. Esta es la tragedia básica de la vida y la obra de Lenin, la semilla y la fuente de nuestro monstruo moderno, el estado totalitario (LR: 429-430)

La biografía de Trotsky

Eastman abandonó Rusia en 1924 en un auto diplomático, con una caja de documentos explosivos sobre la situación rusa. Se instaló en el sur de Francia a trabajar en el desarrollo de su crítica de Marx y Lenin, basada en su estudio de dos años de textos escritos en ruso sobre la historia del movimiento revolucionario y en su particular e incomparable experiencia.¹⁸ Pero [Alfred] Rosmer y [Boris] Souvarine lo convencieron para que dejara ese trabajo de lado y escribiera su libro breve **Since Lenin Died**,¹⁹ haciendo conocer al mundo toda la verdad facciosa de los cruciales años previos. El libro hablaba sobre toda la verdad del testamento de Lenin, su plan de remover a Stalin del poder, y de lo que pasó luego de su muerte. Unos meses después, la prensa comunista mundial publicó el repudio de Trotsky al libro y la historia del testamento de Lenin como un fraude, escrito otra vez bajo la presión de la facción estalinista y aceptada por el mismo “patriotismo partidario” mencionado anteriormente. (Trotsky, una vez en el exilio, se disculpó profusamente con Eastman por este suceso).

solamente voy a nombrar al pasar estas observaciones. Cfr. Bourrinet, **La gauche communiste italienne [histoire du courant bordiguiste, Italie-France-Belgique, 1926-1950]**, Paris, 1993, mémoire de maîtrise. Traducción al español **La izquierda comunista de Italia (1919-1999): historia de la corriente bordiguista**, s/l, s/e, 1999] y **The Dutch and German Communist Left [A Contribution to the History of the Revolutionary Movement, 1900-1950]**, London: Porcupine Press, 2001].

18 [Publicado como **Marx, Lenin and the science of revolution**, London, G. Allen & Unwin, 1926. Traducción al español **La ciencia de la revolución (Marx-Lenin)**, Barcelona, Minerva, 193?]

19 [London, Labour Pub. Co., 1925]

Como Eastman lo describió: “fue un día de campo para los entrenados francotiradores estalinistas de todos los países. No existe casi una lengua civilizada en la faz de la tierra en la cual los militantes no aprendieran a pronunciar, y execrar, mi nombre.” (LR: 448)

En octubre de 1926, Eastman tradujo el testamento y lo vendió al **New York Times**, que “le dio el titular de tapa y la segunda página entera del diario” (LR: 453). Esto se planeó para que coincidiera con la última resistencia de la Oposición de Izquierda en Rusia, cuando las figuras principales de la misma fueron directamente a las fábricas para hacer público el testamento e intentar descubrir a Stalin.

Al año siguiente, Adolfo Joffe se suicidó para protestar por la expulsión de Trotsky del partido y (como lo expresó Eastman) “la inutilidad de su vida bajo Stalin”. La carta sobre el famoso suicidio de Joffe completa el retrato de Trotsky por Eastman, como lo presenta aquí:

Nunca he dudado de la corrección del curso que usted ha indicado, y usted sabe que durante más de veinte años, desde “la revolución permanente”, he marchado a su lado. Pero pienso que usted careció de la inflexibilidad y la intransigencia de Lenin, de su resolución para permanecer, si era necesario, solo en el curso que había reconocido como seguro en vista de un futuro de mayorías... *Políticamente* usted siempre ha tenido la razón, comenzando con 1905, y a menudo le he dicho que con mis propios oídos le escuché a Lenin reconocer que en 1905 *no era él sino usted quien tenía la razón*. Pero usted frecuentemente ha renunciado a su verdad por los beneficios de un acuerdo, un compromiso, cuyo valor usted sobrestima (LR: 484-485).

Cuando finalmente Eastman retornó a los Estados Unidos en 1927, después de cinco años en el exterior, estaba en camino de convertirse en un don nadie de la izquierda. La gran ola de *estalinofilia* que corría por la izquierda y la intelectualidad estadounidense perduró por varios años, pero nadie sabía qué hacer con Eastman, que estaba adelantado en años luz en la interpretación de la situación rusa.²⁰ Eastman se dedicó personalmente a la traducción de los tres volúmenes de la **Historia de la Revolución Rusa** de Trotsky, y obtuvo un producto de tanta calidad, que Trotsky dijo que era mejor que el original, y siempre se la recomendaba a los traductores de otras lenguas.

20 Desde 1928 a 1931 participó en la producción de un documental extraordinario sobre la Revolución Rusa titulado “Del Tsar a Lenin”, basado en imágenes originales. Desafortunadamente, su excéntrico colaborador, que poseía la mayoría de las imágenes, arrastró a Eastman a batallas legales y pleitos sobre derechos de autor. Además, la película, terminada en 1931, no pudo ser exhibida porque el Partido Comunista estaba en la cumbre de su influencia, y la había boicoteado y relegado al olvido. Recién se estrenó en 1937. Para alimentar más su odio por el trotskismo de Eastman, se pusieron furiosos porque la película no tenía imágenes de Stalin, por la simple razón (como en los libros de Reed y de Rosmer) que él jugó un papel irrelevante en la revolución. Existe una copia incompleta de la película en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

En 1932, Eastman viajó al lugar del exilio de Trotsky en Prinkipo para trabajar la traducción del libro y de otros artículos. En esta instancia Eastman profundizó algunas de las impresiones que ya había descubierto cuando conoció a Trotsky en Rusia, donde había comenzado una biografía que finalmente se convirtió en una semblanza de la juventud de Trotsky. Como dijo Eastman:

Lo idolatré como un héroe (a Trotsky) y todavía lo hago (...) pero no sentía ningún tipo de afecto por él (...) no podía explicar porqué (...) con todas esas charlas íntimas sobre su infancia y juventud (...) nunca intimamos (LR: 558).²¹

Eastman se quedó con las anotaciones de este tiempo en Prinkipo, las que le permitieron mucho después comparar sus primeras impresiones de Trotsky con aquellas tomadas luego de su partida, una semana después. En un principio había escrito:

Trotsky parece el hombre más modesto y humilde de todos los hombres famosos que he conocido. Nunca alardea, nunca habla de él, ni de sus logros, nunca monopoliza la conversación (...) Hoy en día lucha contra todo el peso de la calumnia y la tergiversación mundial de su figura (...) y todavía no ha pronunciado una sílaba que sugiera preocupación por él mismo (...) concuerdo con Lunacharsky después de todo (...) que no hay “ni una gota de vanidad en él” (LR: 558-559).

Pero:

A mí me resulta demasiado seguro de todo lo que cree. Supongo que a eso se refería Lenin en su testamento cuando advertía al partido sobre la ‘excesiva confianza en sí mismo’ de Trotsky (...) cuando esa confianza excesiva en sí mismo se quiebra queda perplejo. No sabe cómo apreciar una duda, como especular. Entre nosotros, por lo menos, consultar está fuera de lugar (Ibíd.).

De todas maneras:

El hombre tiene el encanto infantil de un artista (...) solamente retengo estas (...) tres impresiones: una desembozada ausencia de egotismo, magnanimidad instintiva y algo parecido a la debilidad, o a un hombre sobrecargado con su propia fuerza (LR: 560).

Una semana después, en un tren que salía de Turquía, de alguna manera las impresiones de Eastman se habían desarrollado:

Mi ánimo ha cambiado en un grado tal que apenas podría escribir (aquellas primeras impresiones). Me siento “lastimado” por su íntima y total indiferencia a mis opiniones, mis intereses, mi existencia (...) Nunca me ha hecho una pregunta. Respondió a las mías como un libro podría hacerlo, sin intercambio, sin asumir la posibilidad de un enriquecimiento mutuo (...) Yo era como una cria-

21 Escrito en 1964.



tura amateur que necesitaba ser informada de la verdad técnica que moraba en su mente (LR: 560-561).

El lector contemporáneo, particularmente algún partidario de Trotsky, podría inclinarse a pensar que para el líder Eastman era verdaderamente una “criatura amateur”. Pero luego de su exilio Trotsky defendió públicamente a Eastman como “un amigo y defensor de la Revolución de Octubre” y aquella ocasión intentó convencer a Eastman de que se quedara en Prinkipo por varios meses para continuar con sus colaboraciones. “Él era —escribió Eastman— especialmente inconsciente de lo frívola e infructífera que resultaba nuestra relación” (LR: 568).

Eastman no perdió las esperanzas por la Revolución Rusa hasta 1933, o lo que en los círculos ortodoxos se llamaría la agonía de su “naturaleza progresista”, estuviera Stalin o no. Fue en ese entonces cuando Eastman tuvo que observar la marea creciente de *estalinofilia* en los Estados Unidos, y el modo en que viejos amigos, como Lincoln Steffens, Louis Untermeyer y muchas figuras menos relevantes, fueron barridos de la escena. Pero otra vez Eastman tenía una gran ventaja en comparación con la mayoría de los militantes de la izquierda estadounidense, podía leer la prensa soviética en el idioma original y percibir que “ahora el retroceso cultural seguía al político (...)” (LR: 582) Él se batió, irónicamente, nada menos que con Sidney Hook, en aquel momento el primer filósofo del Partido Comunista, y quien rápido se uniría a Eastman en el rechazo pragmático de Marx. Eastman se convirtió en un columnista habitual de **Modern Monthly**, de V.F. Calverton, desde 1933 hasta el fallecimiento de éste en 1940. Él creía que **Modern Monthly** era el sucesor real de **The Masses** y **The Liberator**, “en el grado que tuvieron uno”. Calverton le rogó a Eastman que tomara el puesto de editor:

Pero sabía la cantidad de harpías, brujas y vampiros que chupan la sangre de los capilares del cerebro de un editor. Ya había tenido suficiente de eso (LR: p. 598).

Mientras tanto, el estalinista **The New Masses**, regularmente ridiculizaba a Eastman llamándolo un “ideólogo social-fascista”. Eastman observó cómo la integridad, creatividad y personalidad de su viejo colaborador para **The Masses**, Joseph Freeman, eran destruidas por el partido. También escribió una historia de la regimentación de Stalin sobre el arte y la cultura, **Artist in Uniform**.²² Pero el aparato cultural del Partido Comunista triunfó en hacer que el libro de Eastman pasara desapercibido.

En este clima, Eastman escribió:

La calidez afectiva por mi figura entre los liberales de New York y los progresistas *radical-minded* bajó a un cero absoluto. En los *coktails* de Charlie Studin —lo más parecido a un salón literario que teníamos— caminaba airado como La muerte roja en la velada del cuento de terror de Poe (LR: 610).

Mientras tanto, los juicios de Moscú sacaban del medio a la vieja guardia de bolcheviques, a la cúpula del Ejército Rojo, a escrito-

res independientes, a intelectuales y a artistas; y eran aplaudidos en los Estados Unidos por la misma sustanciosa izquierda-liberal, *radical-liberal* y las corrientes “progresistas” estalinistas que suprimían el libro de Eastman, y cometerían crímenes aún peores en contra de todas las corrientes *radical* de la izquierda y del movimiento obrero.

Me resultó —escribe Eastman— enervante ver a gente supuestamente inteligente renunciar a su buen sentido para aceptar una noción que se contradecía por sí misma: la de que todos los líderes conocidos de la Revolución de Octubre, constructores del Estado soviético, habían sido demonios traicioneros y despreciables, excepto uno, y ese mismo, por una sublime e improbable coincidencia, el mismísimo hombre que se las arregló para concentrar todo el poder en sus manos (...) Hasta ese entonces, había intentado mantener una actitud de humilde gratitud por mi mejor entendimiento de los hechos. Pero fue en este punto cuando la tensión se volvió insoponible; la tolerancia se convirtió en una pose. Me permití sentirme el burlón de las mentes añidadas de aquellos intelectuales estadounidenses que fueron engañados por el paródico show con el que Stalin camufló su ataque de totalitarismo absoluto de poder” (LR: 624-625).

En marzo de 1937 Eastman recibió la “honra personal y distinción” de ser denunciado por el mismo Stalin como un “delincuente detestable” y “gangster de la pluma”. El **Daily Worker** del Partido Comunista publicó un titular en tapa: “*Max Eastman is a British Agent*”. Mientras que se desarrollaban estos acontecimientos, y a pesar de tales honores, su “trayecto ideológico estaba acercándose a su inevitable final, con el abandono de la hipótesis socialista después de dos décadas de experimentación” (LR: 631).

En este punto los límites subyacentes de la trayectoria de Eastman, con sus raíces en los cinco años que pasó con Dewey, surgen claramente a la superficie. Para ser caritativo, uno podría decir que en 1937 él habría tenido muy poco acceso a cualquiera de los poderosos análisis marxistas de las “dos décadas de experimentación” que comenzaron a aparecer por ese entonces. Eastman tampoco menciona siquiera, o intenta abordar **La Revolución Traicionada** de Trotsky, sin mencionar los primeros intentos marxistas de analizar la burocracia estalinista como una nueva clase dirigente. Eastman, escribiendo a principios de la década de 1960, no iba a ser influenciado por la gran difusión del primer Marx, o el renacimiento de Hegel, o la publicación de **Grundrisse**, o el vasto fermento de la década de los sesenta, tanto en el Oeste como en el Este, que dio comienzo a un Marx extremadamente nuevo y más complejo. Pero sus memorias sobresalen sobre todo por ser de primera mano, altamente talentosas pero políticamente limitadas, de grandes eventos y poderosos individuos, por quien fuera casi único en estar en el lugar correcto y en el tiempo exacto. Uno no puede ser tan duro con Eastman, dado lo que vivió y la atmósfera en la que estaba inserto, y es él el primero en admitir que no era primordialmente una persona política; y encontró que la política una y otra vez lo apartó de lo que creyó que era su primera vocación, la poesía y

22 [New York, A. A. Knopf, 1934]

la literatura. Como Eastman mismo lo describió, se hizo mundialmente conocido como trotskista a pesar de sus graves dudas sobre Trotsky, simplemente por su honestidad y su particular posición en los eventos.

En 1940 ya estaba listo para publicar un repudio al socialismo pero:

No quería publicarlo en ninguna revista de circulación masiva, aquellas que mis amigos socialistas y progresistas consideraban intrínsecamente reaccionarias (...) A la gente que nunca residió en la patria de la política, la nación dentro de la nación, constituida por aquellos que confrontaban la elevación general de la humanidad con una noción como la de revolución de la clase trabajadora, les resultaría duro comprender cuáles eran mis sentimientos” (LR: 636).

Eastman recurrió a **Reader's Digest**, que publicó el artículo, y agregó, sin su consentimiento, un aval del candidato presidencial republicano de 1940, Wendell Wilkie. Su obituario político circuló por toda la prensa de izquierda, incluyendo el **Partisan Review**, de Dwight Mac Donald. La opinión de Eastman en su período tardío difiere apenas de aquella sostenida visión de que el socialismo es incompatible con la “naturaleza humana” y que la “propiedad estatal” (como si Marx no pensara en abolir el Estado) lleva directamente a la tiranía.

El intento de los “socialistas democráticos” de probar que el marxismo genuino difiere de la interpretación leninista del mismo, es igualmente fútil (...) Es más, la única gran e indudable diferencia política entre Marx y Lenin es que Lenin tuvo una revolución para practicar y Marx no (LR: 645).

Mi propósito con este artículo, una vez más, fue el de mostrar a través de la carrera de Max Eastman cómo el siglo XX (el cual en efecto empezó en 1914) causó gran daño en la tradición revolucionaria estadounidense que existía desde mucho antes de la Revolución Rusa.

Mientras que yo nunca me definiría como un “socialista democrático” (lo cual casi siempre significó social-demócrata), creo que las fuerzas de la historia nos hacen mirar atrás, con nuevos ojos, las diferencias entre Marx y Lenin, y la “bolchevización” de principios de 1920, tal como lo vivieron Max Eastman, John Reed y Louis Fraina, sin mencionar a los militantes obreros de la IWW y la izquierda del Partido Socialista (como aquellos consejeros comunistas letones en Boston).

De ninguna manera quiero significar que la debilidad personal de Trotsky sea la clave por la cual la Oposición de Izquierda falló contra al estalinismo desde 1920. Pero creo igualmente que nadie con experiencia en organizaciones trotskistas puede negar que hay “algo en ese punto”, casi en el mismo sentido que Víctor Serge dijo: “el virus del estalinismo estaba en el leninismo, pero en el leninismo había muchos otros virus que podrían haberse desarrollado en otras direcciones también”. El punto no es “culpar” a Trotsky y a los trotskistas por noventa años de derrotas

obreras, sino comprender la racionalización de esas derrotas en la perspectiva de los trotskistas.

Las contribuciones revolucionarias de extrotskistas, como las de C.L.R. James, el Max Shachtman temprano, el Castoriadis temprano o su ideólogo Agis Stinas,²³ son todavía una porción significativa del desarrollo de la teoría revolucionaria después de 1945. Algunas, como las de James, surgieron explícitamente para contrarrestar los defectos identificados por Eastman.²⁴ Incluso la figura altamente ambigua de Ante Ciliga (un trotskista yugoslavo de finales de los años veinte que, como Eastman, se desplazó a la derecha dura por el impacto del estalinismo) descubre algunos de los mismos defectos en su inolvidable descripción del campo de concentración siberiano de 1930, donde los trotskistas, mencheviques, socialistas revolucionarios y anarquistas se congelaron hasta los talones antes de ser exterminados por el terror estalinista.²⁵

En esta reevaluación, el destino de Max Eastman entre 1910 y 1920 tendrá un rol importante.

[Traducción ligeramente abreviada de Joaquín Vitali del original inglés aparecido en **Critique**, vol. 35, n° 1, abril de 2007. Revisión, notas al pie y entre corchetes de Adriana Petra]

23 Las memorias de Stina, traducidas del griego, no solo ofrecen un panorama del movimiento de trabajadores en Grecia desde la Primera Guerra en adelante, rivales en poder a las de Victor Serge o las de Eastman, sino que también muestran la desorientación del trotskismo griego bien entrados los años treinta, estorbados por su visión del estalinismo como “reformista” [**Memoires: un revolutionnaire dans la Grece du XXe siecle**, La Breche, Paris, 1990]

24 Cfr. sobre todo el libro **Notes on Dialectics** [Hegel, Marx, Lenin (1948), London, Allison and Busby, 1980].

25 Ciliga, Ante, **Au pays du grand mensonge** [Paris, Gallimard, 1938], la traducción en inglés se conoce como **The Russian Enigma** [London: Labour Book Service, 1940], reeditado [London: Ink Links, 1979].

**Resumen**

Este artículo proporciona un análisis de la trayectoria de Max Eastman con el objetivo de mostrar el modo en que el siglo XX afectó la tradición revolucionaria norteamericana, que preexistió largo tiempo a la Revolución Rusa. Las fuerzas de la historia nos hacen mirar atrás con nuevos ojos las diferencias entre Marx y Lenin, y la “bolchevización” de principios de 1920, tal como las vivieron Max Eastman, John Reed y Louis Fraina, sin mencionar a los militantes obreros de la IWW y la izquierda del Partido Socialista. La cuestión no es para el autor “culpar” a Trotsky y los trotskistas por noventa años de derrotas de la clase obrera, sino comprender la racionalización de esas derrotas en la perspectiva de los trotskistas.

Palabras clave

Intelectuales, Bolchevismo, Trotskismo, Estados Unidos

Abstract

This article provides an analysis of the career of Max Eastman in order to show how the 20th century affected the American revolutionary tradition that long pre-existed the Russian Revolution. History forces us to look back on the differences between Marx and Lenin, and on the ‘Bolshevization’ of the early 1920s, as lived by Max Eastman, John Reed and Louis Fraina, not to mention the working-class militants of the IWW and the left wing of the Socialist Party with new eyes. The issue is not one of “blaming” Trotsky and the Trotskyists for 90 years of working-class defeats, but far more importantly looking for the hypostatization of those defeats in the outlook of the Trotskyists.

Keywords

Intellectuals, Bolshevism, Trotskyism, EE.UU.

Tras las huellas de Tristán Marof Retazos de un primer exilio

Hernán Topasso

“Y que contigo, peregrino del hambre, del amor, de la lucha y la miseria; hablen también junto a los rojos jirones de fuego, al humo de la pólvora y los reflejos del incendio, las bocas revolucionarias de la Amargura; las bocas que pronuncien en palabra cálida y fervorosa de dinamita, la redención del proletario esclavo”.

Sixto López Ballesteros¹

La figura del intelectual boliviano Tristán Marof (Gustavo Adolfo Navarro) ha adquirido los visos de la leyenda. Una vida increíblemente agitada junto a una muy compleja parábola ideológica despertaron una aún escasa historiografía que con frecuencia privilegió la mirada panorámica por sobre el análisis profundo. Esto terminó por ocultar más que aclarar una trayectoria vital de lo más interesante. En sus escritos juveniles Navarro declaraba que sus grandes referentes intelectuales, como Manuel González Prada, habían escrito con su propia vida la más bella obra. Como en un juego de espejos, Gustavo Navarro, luego devenido Tristán Marof, se encargará de escribir con su vida una obra casi novelesca, a ratos profundamente dramática, a ratos humorística, con un final que da al conjunto un tono de contornos trágicos. Intelectual y político de proyección latinoamericana, Marof tuvo una descolante actividad política cuyos aspectos más conocidos se concentran en los veinte años que van de 1926 a 1946.² Repasemos brevemente dos momentos que nos dan una buena idea de lo complejo del personaje.

En Bolivia, Gustavo Navarro (1898³-1979) participó activamente en la llamada “Revolución del 12 de julio” de 1920 que derribó al gobierno liberal y colocó al republicano Bautista Saavedra en el poder. Entre fines de ese año y 1926 ofició como cónsul boliviano en El Havre, Glasgow y Génova. En Francia no tardó en vincularse con los grupos de la izquierda marxista europea, principalmente

con Henri Barbusse. Le escribió y hasta lo visitó personalmente. Fue allí que adoptó el pseudónimo de Tristán Marof con el que comenzó a firmar sus textos. En aquella Francia de entreguerras no faltaba nunca a las conferencias anunciadas por *L'Humanité* en las que solía escuchar a figuras como Georges Pioch y Charles Rapoport. En los cafés de Montparnasse encontraba con frecuencia a escritores e intelectuales latinoamericanos. A esas tertulias asistían, entre otros, César Vallejo, Miguel Ángel Asturias, Carlos Mérida y Haya de la Torre. El estudio del marxismo comenzó a llenar por ese entonces sus horas libres. Sin embargo, aquel renovado conjunto de lecturas no le impidieron llevar adelante un curioso homenaje. De paso por la Bretaña francesa tomó prestada una bicicleta y pedaleó hasta Tréguier, ciudad natal de Ernest Renán. Con un ramo de flores llegó hasta allí para homenajear al autor de **Vida de Jesús**. En parte por influencia de su padre, la lectura de Renán lo había marcado a fuego durante sus años juveniles.

En los once años que duró su segundo exilio (1927-1938) pasó por Perú, Cuba, México, Estados Unidos, Argentina, Uruguay y Brasil. Su parábola ideológica fue también compleja. Primero próximo al APRA, en México se acercó al círculo de intelectuales vinculados al Partido Comunista Mexicano. Sus contactos con la Tercera Internacional fueron contradictorios y ya han comenzado a estudiarse en profundidad.⁴ Marof se aparecía sin duda como la figura capaz de aglutinar a la izquierda boliviana y encabezar en Bolivia la sección local del Partido. Pero, a pesar de que su viaje a Moscú estuvo muy cerca de concretarse, no dejaba de aparecer como un personaje algo sospechoso para el Comintern.⁵ En una experiencia que estudiaremos en el futuro, luego de algunas oscilaciones, a mediados del treinta se aleja del PC para acercarse a la oposición de izquierda y apoyar enfáticamente el asilo de Trotsky en México. Fue un trayecto en el que nunca perdió de vista la cuestión política interna de su país natal. Desde Argentina desarrolló una gran campaña de agitación antiguerrera en pleno conflicto del Chaco. También desde allí trabajó activamente para agrupar a los exiliados políticos bolivianos alrededor del grupo

1 López Ballesteros, Sixto “Jirones Rojos – Al rebelde que imagino. Para Gustavo A. Navarro”, en *El Hombre Libre*, La Paz, 3/1/1920, p. 3.

2 Para una semblanza más detallada y que incluye la obra completa de Marof remitimos a Tarcus, Horacio (Dir.) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la nueva izquierda (1870-1976)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

3 Existe una versión contradictoria que debemos consignar e indica que Marof habría nacido en 1896. Barnadas, Joseph (Dir.) *Diccionario Histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Históricos, 2002. Como es un hecho que aún no hemos podido comprobar fehacientemente, nos atenemos a los documentos que disponemos y que aun sostienen la fecha que retomamos en este artículo.

4 Schelchikov, Andrei, “La Internacional Comunista y Tristán Marof: Sobre el problema de relaciones entre la intelectualidad latinoamericana y los comunistas”, en *Anuario del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*, Sucre, Ed. Túpac Katari, 1988: 3-18; Melgar Bao, Ricardo, “El exiliado boliviano Tristán Marof: Tejiendo redes, identidades y claves de autoctonía política”, ponencia presentada en las IIIas Jornadas de Historia de la Izquierda, Buenos Aires, CeDINCl, 2005.

5 Su cercanía a los círculos no parece haberse traducido en un vínculo orgánico con el partido. A fines de 1930 el vocero del PC uruguayo se ocupaba de aclararlo: Marof no estaba afiliado. *Justicia*, Montevideo, 5/12/1930, p. 6.

Tupac Amaru. Pronto y desde la ciudad de Córdoba tuvo un rol fundamental en la fundación del Partido Obrero Revolucionario. En cada uno de estos virajes y reposicionamientos políticos dejará en el camino una larga constelación de amigos. Su corte con el PC, por ejemplo, lo alejó definitivamente de Gregorio Bermann⁶ y del poeta Raúl González Tuñón. Tan cortante fue la ruptura que este último quitó de las nuevas ediciones de **Tren de circunvalación** un poema que le había dedicado...

Trabajado en forma panorámica entonces sus reacomodamientos políticos y recepciones filosóficas no resultan de fácil lectura. Por ese motivo hemos decidido abordar en profundidad su experiencia intelectual y política. Nuestros resultados preliminares nos han devuelto una trayectoria rica en tensiones. Así, una serie de episodios que en una primera aproximación se nos presentaban como inconexos de pronto comenzaron a adquirir una inusitada coherencia. Será una buena oportunidad para mapear el sinuoso camino que pareció llevarlo de Rodó a Marx y al intento de traducción de ese marxismo a las condiciones de América Latina. Y para comprender cabalmente esa peculiar recepción creemos que no hay que descartar el bloque de lecturas previas.

La influencia de Renán se percibe muy claramente en **Renacimiento Altoperuano**, aquel ambicioso proyecto editorial de 1918 que quedó trunco al primer número. Los anarquistas rusos por un lado se apilan junto a Rodó, Tamayo, Blanco Fombona y González Prada. Todos ellos y muchos otros aparecen como un impactante conjunto de lecturas de formación. Y fue explorando esos años juveniles que nos hemos topado con una experiencia que nos era totalmente desconocida. Se trata de un primer exilio que tuvo lugar entre 1917 y 1918 y en el que ya podemos observar en Navarro las huellas de una sensibilidad que lo acompañará todavía por muchos años, muy a pesar de sus oscilaciones en el campo de la lucha política.

La política y la dinamita

Para 1917 Navarro era un joven chuquisaqueño al que unos estudios en leyes no habían impedido una breve pero intensa incursión en el periodismo y la política. De hecho ya conocía la cárcel. Sólo dos años antes había sido detenido por ridiculizar al presidente Ismael Montes desde las páginas de un audaz semanario local. En ese momento todavía era menor de edad pero aún le resonaba el bastonazo de su padre cuando lo sacó del apuro. Para la época de las elecciones presidenciales de 1917 se encontraba políticamente vinculado a la oposición republicana. Entre otras cosas ellos pedían elecciones libres de verdad. Ese

6 La relación con Bermann fue muy cercana durante el exilio de Marof en Argentina. Lo interesante es que el quiebre fue posterior a la creación del POR y las primeras oscilaciones del boliviano en relación a Trotsky y la oposición de izquierda. Todavía en 1936 las cosas parecían estar bien. Ese año Gregorio Bermann fue, junto a Deodoro Roca, testigo en el casamiento en segundas nupcias que vinculó a Tristán Marof con la joven santafecina Ercilia Chana. La pelea sale a la luz pública recién en febrero de 1937 cuando Bermann y Marof polemizaron agriamente alrededor de la cuestión del derecho de asilo de León Trotsky en México. Ver **Claridad** n° 311, Buenos Aires, marzo de 1937, p. 62. La ruptura, que fue total con Bermann, nunca se produjo con el autor del manifiesto liminar de la Reforma Universitaria.

6 de mayo el oficialismo liberal logró nuevamente "colocar" a su candidato. Pero esta vez con un nivel de violencia que fue correspondida.⁷

Indignado por la nueva farsa electoral, esa misma noche Navarro fue tentado por Manuel Medina Granier para efectuar, con dinamita, un acto de justicia. El liberal Claudio Peñaranda, un ex profesor suyo del Colegio Santa Mónica, era ahora director del periódico montista *La Mañana*. Él se había negado a colaborar en ese periódico. Y hubo enfrentamientos. De las acusaciones cruzadas en las páginas de los diarios pasaron a algún enfrentamiento callejero.⁸ Aquella noche, Navarro y Medina Granier, planearon darle un susto al poeta oficialista mientras dormía, después del triunfo electoral. El estruendo, recuerda, "sacudió la ventana, produjo desarreglos y el musageta Peñaranda corrió a la calle pidiendo auxilio. Estaba en camión, a medias ebrio..."⁹

Al día siguiente fue un escándalo. La redada policial terminó con muchos republicanos presos y un proceso judicial en marcha. Él también fue preso. Aunque logró salir pronto, su vida en Sucre se hizo difícil. Su padre, ya mayor, se mostró muy afectado por su suerte. Recuerda que el episodio de la cárcel lo impresionó tanto que su vida comenzó a apagarse rápidamente.

Después de la muerte del su padre, un poco obligado por las circunstancias y en una suerte de destierro voluntario decidió hacer su primera salida del país. Recuerda dos intentos. La primera vez no guardó los recaudos necesarios. Se había reabierto el sumario por el atentado y su viaje tenía todo el aspecto de una fuga. De alguna forma lo era... Detenido en Potosí, cuenta que lo hicieron

7 Desde el retiro cruceño, los hechos aún aparecen frescos en su memoria: "El artesano Juan Míguez mató de un balazo al famoso matón Rivera en la plaza e hirió a otros dos más (...) El entusiasmo contagió a la juventud y el deseo era imitarlo. Pandillas de obreros en cualquier parte hacían frente a la policía." Marof, Tristán. **La novela de un hombre. Memorias**. La Paz, Estado 1967, p. 82. En las elecciones, el candidato oficial, Gutiérrez Guerra, obtuvo más del 70% de los votos frente al republicano José María Escalier. Mesa Gisbert, Carlos D. **Presidentes de Bolivia: entre urnas y fusiles**. 4a. ed., La Paz, Gisbert, 2006, p. 151. Como apunta el historiador británico James Dunkerley, quizás con razón los republicanos se proclamaban el partido más popular del momento. Es que luego de las derrotas en las legislativas de 1916, lograron imponerse en varias regiones en las municipales de 1917: "A la luz de esto, los 44.000 votos obtenidos por el gobierno en las elecciones presidenciales de 1917 ponen de manifiesto hasta qué punto Montes era capaz de imponer el resultado que quería, ya sea por medios oficiales o extralegales, al mismo tiempo que explica la creciente virulencia de las tácticas electorales republicanas." Dunkerley, James. **Orígenes del poder militar. Bolivia 1879-1935**, La Paz, Ed. Plural, 2003 (1987), p. 141.

8 Era algo usual... Ya sean estas literarias, políticas o personales, en sus polémicas más encarnizadas -y no sólo en ellas-, Navarro solía terminar a golpes de puño. Claro que su gran porte no dejaba de intimidar a sus adversarios. Entre muchos otros, Roberto Hinojosa lo sufrió en carne propia en Montevideo hacia 1930. La pelea, cuyo origen era político y relataremos en otro momento, mereció una curiosa crónica del vocero del PCU: "Marof castigó a Hinojosa (...) Ayer, a las 18, se produjo en las puertas de "El Nacional" un incidente entre cómico y violento entre varios intelectuales de los cuales el sinvergüenza boliviano Hinojosa llevó la peor parte. El primer choque se produjo entre el intelectual boliviano Marof e Hinojosa. El primero increpó al segundo de ratero, vividor y sinvergüenza y el segundo a Marof por todo calificativo lo llamó "comunista" buscando con ello simpatía del público burgués que pudiera haber entre aquél asistente al espectáculo." En **Justicia**, Montevideo, 5/12/1930, p. 6.

9 Marof, Tristán. **La novela de...**, p. 84.

volver escoltado hasta Sucre. Semanas más tarde hará un nuevo intento. En el más estricto secreto, el joven Gustavo Navarro logró salir de Bolivia para emprender un viaje que lo llevará por Chile y Argentina durante aproximadamente un año.

El exiliado romántico

El ferrocarril lo llevó de Potosí a Uyuni y de allí hasta Antofagasta. Euforia, recuerda, es lo que sintió en esa primera experiencia de viaje. Veía el mar por primera vez. Se sentía libre. Tomó un vapor que lo dejó en Valparaíso. Y de ahí otro tren hasta Santiago. Allí se vinculó rápidamente con los círculos literarios anarquistas. Conoció a Pedro León Ugalde, Daniel de la Vega, Hubner Bezanilla y Antonio Bórquez Solar. Con el poeta Juan Parra del Riego el vínculo fue más duradero. El peruano, disconforme con el ambiente intelectual limeño, viajaba por el sur de América en busca de un lugar más acogedor. En su trayecto llegará a Montevideo para raptar de un internado a la increíble Blanca Luz Brum. La búsqueda de Navarro, que huía de Bolivia, venía por carriles similares. Seguirán un momento juntos en el camino a Buenos Aires.

Santiago le ofrecía un ambiente que no encontraba en Sucre. Pasaba las noches en restaurantes baratos donde los poetas anarquistas discutían con pasión sus proyectos de transformación radical del orden de cosas. Allí pudo discutir lecturas que hacía tiempo venía realizando. Años después así se recordaba: "Como estaba de moda en los escritores de entonces el anarquismo literario, yo era un demoleedor implacable y no aceptaba medias tintas."¹⁰ Allí parecía estar el mundo que venía buscando. La admiración de Navarro por Santiago y su ambiente literario perdurará en el tiempo.¹¹ En ese tránsito y comenzando con una actividad que será habitual en sus futuros destierros impartió una conferencia sobre Bolivia y su régimen político en la Biblioteca Nacional. En el Chile de Sanfuentes resultaba curioso escuchar a un joven boliviano que criticaba implacablemente al gobierno de su país.

Sobre su paso por Santiago tenemos una crónica que publicó posteriormente el mismo Navarro. Encontramos allí una semejanza en la que se destaca por primera vez su perfil quiijotesco. Una figura que reaparecerá con frecuencia y que entre otras cosas nos indica que Navarro no solía pasar desapercibido en los circuitos en los que se movía:

"Hace más o menos un año, estuvo en Chile un muchacho quiijotesco, un gran paladín de letras que era como un enorme corazón abrazado en llamas. Venía expulsado de su patria por revolucionario, por audaz, por sincero,

por no aceptar imposiciones de tiranías coronadas. Y ese muchacho, que una tarde nos abrió su espíritu repleto de ideas utópicas de redención social, que el entusiasmo juvenil hacía desplegar en banderas sangrientas de combate contra los déspotas y verdugos y florecer en palabras que eran un apostolado de amor y libertad, encontró aquí cerradas las puertas de cierta prensa chilena que para defender doctrinas o intereses de corrillos es heroica hasta la infamia y para castigar a los explotadores de arriba es cobarde hasta la reserva, cuando no hasta la alabanza como medio de encubrir al delincuente. Entonces, el novel Caballero del Ideal, se alejó de nosotros con un gesto amargo en la pupila, pero siempre con la visera levantada, tal como había venido. Un apretón de manos selló entre nosotros una triste despedida y un pacto combativo, pacto de renovación que estamos cumpliendo penosamente."¹²

Es un texto interesante que en parte nos proyecta la imagen que dejó Navarro tras su breve paso por Santiago. Pero no solo eso. El texto, recuperado por él mismo, nos habla también de una autoconstrucción. Despliega el joven boliviano ese sentido de auto-percepción tan típico del intelectual moderno. Se trata aquí de la figura del intelectual como apóstol y redentor de las masas que aspira por derecho propio a la participación activa en la esfera pública. Una idea que aparecerá con recurrencia en sus reflexiones en torno al lugar del intelectual en una sociedad que busca transformar. Lo curioso es que también se trata de la proyección de una imagen que a Navarro le interesa divulgar. Este tipo de recuperaciones, donde otros hablan de él, serán una constante en su obra juvenil y evidencia una estrategia para hacerse del prestigio que le otorgue un lugar legítimo dentro del campo intelectual y literario (boliviano primero, latinoamericano después).

Joven, idealista, utópico, combatiente. Navarro aparece representando la figura del Quijote que enfrenta al tirano de turno y su sistema social. El gesto es de combate, la silueta es quiijotesca. Es una imagen que ya comienza a delinarse claramente y que lo acompañará por largos años muy a pesar de las oscilaciones de su formación intelectual y sus orientaciones políticas. Entre el "novel Caballero del Ideal" bohemio e idealista de fines de la década del '10 y el "Quijote de los andes"¹³ socialista una década más tarde, hay un perfil a simple vista similar, pero que condensa nuevas definiciones ideológicas.

Claro que la vida bohemia y sus noches interminables, si bien espiritualmente reconfortantes también tenían su costado espinoso. Navarro, que no provenía de una familia con gran fortuna, debía costear la aventura por sus propios medios. Sabrá de muy

10 Marof, Tristán. *La novela de...*, p. 105.

11 En febrero de 1935 intentó regresar pero encontró todas las puertas cerradas. El cónsul chileno en Mendoza le negó la entrada al país. Parecía persona no grata. Había apoyado activamente la experiencia de Marmaduke Grove y ya era un conocido revolucionario de proyección latinoamericana. A poco del golpe de septiembre el dictador Uriburu lo había expulsado de Argentina (1930) y en ese momento (1935) el gobierno de Justo lo perseguía mediante la Sección Especial de Policía creada por Leopoldo Melo y que dirigía el tristemente célebre comisario Kussell.

12 Segura Castro, O., en la revista chilena "Selva Lirica" s/f, citado en Navarro, Gustavo Adolfo, *Los Cívicos*, La Paz, 1919, p. 249.

13 Casi diez años después el gran intelectual marxista peruano José Carlos Mariátegui sintetizará la impresión que le causó Marof en su breve paso por Lima representándolo como un "Don Quijote de perfil profético". Mariátegui, J. C. "La aventura de Tristán Marof" publicado en "Variedades", Lima, 3 de Marzo de 1928, tomado de Mariátegui, J. C. *Temas de Nuestra América*, Lima, Amauta, 1990, pp. 124-126.

joven soportar las penurias económicas que debe padecer un intelectual que se quiere independiente: otra constante en sus años de exilio. Al no encontrar lugar en la prensa, convienen con Parra del Riego viajar a Buenos Aires en busca de mejor suerte. Camino a la frontera, Navarro se detiene unos días en Los Andes para saludar a Gabriela Mistral. Esa sensibilidad que ya mostraba en Bolivia escribiendo y visitando a los autores y políticos consagrados, se mantendrá inalterada durante sus períodos de viaje y exilio. Lo veremos pronto en Buenos Aires, más tarde en Europa y también en su posterior y más prolongado exilio latinoamericano.

Tres días pasó en Los Andes junto a la poetisa. El guardó siempre un buen recuerdo de su calidez y espiritualidad. En sus años de retiro todavía la evoca con simpatía. Intercambiaron impresiones: “Ella insistía de que había que educar a los niños y a los hombres. Yo le refutaba que sólo en la revolución o después de ésta podían educarse con libertad y sin prejuicios.”¹⁴ En su versión la Mistral lo alentó a publicar. Así lo escribió poco después al editar el primer y único número de **Renacimiento altoperuano**:

“De dulzuras y sentimientos, de luchas íntimas, casi confidenciales está compuesto este libro. Jamás habría publicado. Cumplo con la promesa a una mujer inteligente de celebridad americana. A ella le leí mi prosa...”¹⁵

Mistral le facilitó muy útiles contactos que pronto le servirán en Buenos Aires. Pero sobre este encuentro existe una polémica de la que debemos dar cuenta. Alcides Argüedas¹⁶ difundió otra versión. El autor de **Pueblo Enfermo**¹⁷ no pone en duda el encuentro pero lo acusa de haberse aprovechado de la buena predisposición de la poetisa. En lo que sí coinciden ambas versiones es en la existencia de un intercambio epistolar entre el joven boliviano y la consagrada Gabriela Mistral. Hemos podido consultar alguna de estas cartas que fueron publicadas por el mismo Navarro.¹⁸ Lo interesante es cómo ese texto, recuperado por él mismo, recrea un intercambio que lo vuelve a proyectar como un intelectual batallador y combativo siempre en las antípodas de aquel de perfil parnasiano, aislado en su torre de marfil:

“También a mi Navarro, me dejaron esos tres días de charlas continuas, un bello recuerdo. Yo tengo el pudor de mis exaltaciones cuando hablo con los tibios; pero es

un dolor esconder lo mejor del alma, para mostrar precisamente el sedimento miserable, en cualquier disertación estúpida. Con Ud. fui sincera; su fuego me alentó a mostrar mi fragua de espíritu. (...) ¡Un libro suyo! Será como siempre combativo y batallador, noblemente idealista. Así lo espero. Los que han nacido para sacrificarse, tienen que continuar su sino. Es inútil excusarse a la ofrenda.”¹⁹

Y se fue...

De Los Andes a Mendoza y de allí a Buenos Aires donde habían planeado reencontrarse con Parra del Riego. No conocía Europa todavía y las enormes avenidas porteñas lo deslumbraron. Pero bien pronto se sintió abrumado. Multitudes: gente de negocios, carreristas, rematadores... A pesar del cosmopolitismo, a Buenos Aires la recuerda como una ciudad difícil. Extensa en calles pero “inclemente para los pobres y fría de espíritu.”²⁰ Joven e idealista, la ciudad interminable, recuerda, se lo tragó:

“La gran ciudad me tragó y me deshizo como un gusanillo entre sus dedos como deshacía a todos los vanidosillos del continente ingenuo que iban a buscar un poco de luz, cuando en sus países viejas lámparas de cultura les alumbran...”²¹

Su primera red lo vinculó con los bolivianos que intentaban hacer pie en el Buenos Aires de Yrigoyen. Artistas, políticos, profesionales, exiliados o no, Navarro se mostraba atento a las desventuras de sus compatriotas en la gran ciudad. Así conoció al violinista boliviano Manuel Sagarnaga y al poeta humorístico Ortiz Pacheco. A un tal Aramayo de Tupiza, un musicólogo que solía quemar las noches en *Auxquelles* o en *Los Inmortales*. Otros compatriotas, como el médico republicano José María Escalier, se habían establecido sin problemas pero no se mostraban generosos. No era fácil subsistir en ese mundo: “Quedé esperando muchas semanas y hasta meses y seguí frecuentando los cafés y corriendo las calles mezclado a infinidad de literatos fracasados y pedigüeños.”²² Entonces recurrió a su tío Luis que hacía mucho vivía en Buenos Aires. Ya estaba jubilado y había hecho una gran carrera como jurista. Por su intermedio consiguió una carta de recomendación de Leopoldo Melo.²³ Pensaba que el contacto le serviría para encontrar empleo en algún periódico de gran circulación... Fue infructuoso.

Como Santiago, Buenos Aires le ofreció su amplio y generoso mundo bohemio. Recuerda bien el café Moyana, en Corrientes y Suipacha, lugar de encuentro de anarquistas y literatos. Con frecuencia su sensibilidad lo terminaba acercando al mundo de la política y de la bohemia artística. Pero eran unos intereses y unos

14 Marof, Tristán. **La novela de...**, p. 113.

15 Navarro, Gustavo Adolfo en **Renacimiento Altoperuano. Estudios filosóficos** nº 1, mayo de 1918, p. 1.

16 Entre Argüedas y Marof existió una larga e interesante polémica de la que daremos cuenta en otro lugar. Se conocieron personalmente en Europa cuando ambos ocupaban cargos diplomáticos. Muy pronto comenzaron a alimentar su manifiesta enemistad (que era política e intelectual, pero también personal) difamándose mutuamente en entrevistas, artículos y libros.

17 Irónico, Navarro solía decir que el único boliviano enfermo era precisamente Alcides Argüedas.

18 Argüedas denuncia que Navarro “retocaba” los párrafos de las cartas de Mistral según su conveniencia. Argüedas, Alcides, **La Danza de las sombras. Segunda parte (La política)**, Barcelona, Subs. de López Robert y Comp^{sa}, 1934, pp. 179 – 181.

19 Navarro, Gustavo Adolfo, **Poetas idealistas e idealismos en la América Hispánica**, La Paz, 1919, p. V.

20 Marof, Tristán. **La novela de...**, p. 134.

21 , p. 118.

22 , p. 132.

23 Curioso: Leopoldo Melo será su futuro verdugo. Como Ministro del Interior de Agustín P. Justo, Melo lo perseguirá y expulsará del país en los años '30.

“mundos” que convivían en él no sin cierta tensión. Por momentos se desplegaban en aparente armonía. Recordemos al paso su futura y muy estrecha relación con los muralistas mexicanos, su gran amistad con Córdova Iturburu y su íntima relación, ya en el retiro cruceño, con el pintor boliviano Juan Ortega Leytón. Su interés por el arte era profundo y despertó en él bien temprano.²⁴

En ese circuito de la noche porteña conoció, entre muchos otros, al uruguayo Ángel Falcó con quien volverá a encontrarse en París, México y Montevideo. Acostumbrado a la vida nocturna, pasada la medianoche oía “divagar a los más conocidos anarquistas intelectuales de entonces, discípulos de Stirner, Kropotkin y Bakunin”.²⁵ Por eso, a pesar de las dificultades, Buenos Aires lo seducía. Frecuentaba distintos círculos literarios. Entre ellos recuerda bien el que lideraba el recitador Alemany Villa. Pronto escribirá desde Bolivia: “Buenos Aires es una lámpara de Aladino; toda la América intelectual tiene que pasar por sus puertas. Y Buenos Aires no es de la Argentina, es de todos los americanos.”²⁶ Creía que con esfuerzo podía abrirse paso. Gracias a una recomendación de Mistral logró acercarse con chances al uruguayo Constancio Vigil, director de la revista *Mundo Argentino*. Allí publicó una serie de cuentos cortos. Los recuerda muy bien, no tanto por la dudosa calidad de esos textos sino más bien porque era la primera vez que alguien le pagaba por escribir.²⁷

Sus inquietudes literarias y filosóficas también lo acercaron al círculo de intelectuales que rodeaba la revista **Nosotros**. Dirigida por Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, la revista agrupaba a un buen número de las más prestigiosas figuras de América. Y el joven boliviano quería estar allí. En breve y ya de regreso en Bolivia recordará la impresión que le causó el grupo:

“La “Revista Nosotros” de Buenos Aires es interesante. Es un nido espiritual y maledicente que encanta y embriaga. Se siente uno entre los suyos (...) Allí se destroza al mundo en persona, y no se cree en la virtud ni en la castidad de los animales más civilizados o más bárbaros.”²⁸

Entre esos encuentros asistió al banquete que la revista organizó con motivo de la llegada de Amado Nervo a la Argentina. Se sentía entre los suyos. O al menos así lo deseaba. El paso del

24 , p. 140. Es a partir de esa sensibilidad que lo solía vincular al mundo de la noche y su circuito literario y artístico que uno de sus grandes críticos encuentra el origen de su “personalidad anárquica” y “pensamiento difuso”. Lora, G. *Historia del movimiento obrero boliviano 1923-1933*, La Paz. “Los Amigos del Libro”, 1970, p. 308 y 315.

25 , p. 143.

26 Navarro, Gustavo Adolfo, *Poetas idealistas...*, p. 134.

27 Marof, Tristán. *La novela de...*, p. 124. Agradecido, ya de regreso en Bolivia encontrará oportuno dedicarle a Vigil su primera experiencia editorial: “A Ud. devotamente estos artículos de vibrante lucha. A Ud. que me ayudó a vivir en Buenos Aires, pagándome mis escritos de prensa. A Ud. que me inculcó profundamente su sangre de gladiador, su verbo de optimismo y su quijotería “bolivarina” de americanismo. Este pequeño libro de piedad.” Navarro, Gustavo Adolfo en “Renacimiento Altoperuano...”, p 3.

28 En *El Hombre Libre*, La Paz, 2/6/1920, p1.

tiempo matizará el cuadro de una experiencia que no fue todo lo agradable que hubiese deseado:

“Siendo apenas un escritorzuelo perdido entre los miles que pueblan la fauna literaria de América, los grandes intelectuales de entonces que estaban agrupados en la famosa revista “Nosotros”, me ignoraban o hacían poco caso de mi presencia.”²⁹

Recién en diciembre de 1926, ya de regreso de su itinerario europeo y con una buena cantidad de libros publicados, veremos su primera y única aparición en la revista. Se trata de una respuesta frontal y polémica que viene a cuestionar un extenso artículo de Alcides Argüedas publicado allí. Poco después aparecerá una breve reseña de su libro *La Justicia del Inca* (1926) y esa será la última referencia a Navarro/Marof en **Nosotros**.

A pesar de todo, dentro de ese círculo que parecía impenetrable, hizo un buen amigo. Se trataba del joven poeta argentino Pablo Suero. Recuerda que vio aparecer en medio de “ese cenáculo, entre los poetas pontífices y soberanos un muchacho locuaz, de imaginación inquieta.”³⁰ Poco después, desde La Paz, evocará los paseos y charlas literarias y filosóficas que compartían en las playas de Olivos junto a Suero y otros amigos. Allí sentenciará: “Es el más joven y sensitivo de los poetas argentinos.”³¹

Al igual que en Bolivia y Chile, durante su paso por Buenos Aires Navarro no perdía oportunidad de acercarse a las grandes figuras. Así conoció a José Ingenieros. A Ricardo Rojas no logró conocerlo personalmente pero le escribió con frecuencia. Lo admiraba, era “el lujo de su generación y de nuestra América, igual que el viejo Alfredo Palacios.”³² En la Biblioteca Nacional se entrevistó con Manuel Gálvez. Recuerda grandes discusiones que sin embargo no impidieron una relación cordial. Cuando publique su primer libro en La Paz le remitirá uno dedicado “al escritor espiritual y gran amigo, Manuel Gálvez”. Fue Gálvez de hecho quien lo contactó con un editor que buscaba novelillas cortas y sentimentales para vender en los kioscos de diario. Mientras hacía sus primeras armas, Navarro luchaba por vivir de su pluma. Fue entonces por encargo que escribió su primera novela (un trabajo muy breve, casi un cuento). Se trata de *El Juramento* y si bien recuerda haberla escrito en Buenos Aires, fue finalmente editada cuando el autor ya había regresado a Bolivia.³³

Sin una calidad literaria evidente,³⁴ *El Juramento* esconde en cambio una serie de tópicos que conviene revisar porque pronto teñirán la obra de Navarro. No es casualidad que esta breve e inocente historia de amor se encuadre en Sucre. En lo que se

29 Marof, Tristán. *La novela de...*, p. 140.

30 En *El Hombre Libre*, La Paz, 2/6/1920, p. 1.

31 , p. 1.

32 Marof, Tristán. *La novela de...*, p. 143.

33 Editada en la colección popular “El libro del día” en Septiembre de 1919.

34 Como una suerte de “pecado de juventud”, Navarro pronto intentará discretamente borrar esta novelilla de su propia genealogía literaria. Recién en su vejez volverá a mencionar, casi al paso, este trabajo inicial.



aparece como un periódico ajuste de cuentas, Navarro le dedicará todavía muchas páginas a su ciudad natal. Resulta interesante constatar que en una obra escrita por encargo el autor no dejó de ensayar su vena polémica. Una vena que en el Buenos Aires de 1919 probablemente pasó desapercibida pero que apuntaba directamente al corazón de la sociedad que lo vio nacer. Navarro caricaturiza con mordaz ironía a aquella “alta sociedad” sucrense que en medio de una profunda crisis moral, conservaba aún antiguas prácticas endogámicas para perpetuar la prosapia. Es ese ridículo culto al linaje al que Navarro apuntará en repetidas ocasiones y que dan a **El Juramento** un fondo de crítica social.

Casi en un juego de espejos con su propio itinerario, también registramos la figura del joven idealista que no pertenece a aquella alta sociedad pero que mantiene vivo su siempre anhelado viaje a Europa. Volveremos a encontrarnos con estos temas en **Los Cívicos**, su próxima novela. La trama de **El Juramento** responde a una estructura dramática muy sencilla. Nela Yporra y Carlos Granier se habían jurado amor eterno. Carlos, joven e idealista, parte a París por unos años en viaje de estudios. Pero una vez en Europa se transforma y se entrega a una vida licenciosa y materialista. Ella resiste en Sucre por largos años el cortejo de los jóvenes potentados de la ciudad mientras que su padre, de apellido ilustre, busca arreglar su casamiento con alguna familia de fuste. Porque, según aclara el narrador: “para vivir en Chuquisaca, era necesario descender de la nobleza y tener escudos heráldicos, o si no se los tenía, comprarlos; por todo eso, había huido su novio.”³⁵ Esta resistencia al matrimonio por interés funciona en la historia como una resistencia al propio orden de cosas. Cuando su padre ya había arreglado el casamiento y ella estaba sumida en la más profunda tristeza, vuelve Carlos de París. La novela concluye cuando ella renuncia al matrimonio, a la riqueza y al abolengo, principales intereses de su grupo social. Deja entonces la casa paterna para irse a vivir con Carlos a un pueblito alejado. Él será maestro de una pequeña escuela. “Están convencidos, resume Navarro, que la felicidad se la encuentra en la sencillez y en la pobreza.”³⁶

Como apuntábamos arriba, lo que en Buenos Aires podía funcionar como una nota de color sobre una antigua y lejana ciudad, contenía en germen sin embargo, un tamiz que será caro a toda la obra literaria de Navarro. Más o menos central, en sus novelas satíricas y más cargadas de ironía o en las más dramáticas y realistas, la crítica social —y luego también política—, funciona como un filtro por el que parece haber pasado toda su obra.

Claro que hay una serie de sinsabores que debía soportar un joven abogado boliviano que buscaba vivir de las letras. Las penurias económicas lo acompañaron durante todo el viaje. Una paciente búsqueda en los avisos clasificados de **La Prensa** lo llevó por los empleos más diversos. De dactilógrafo a cuidador, de preceptor en un colegio privado a profesor particular.³⁷ Uno a uno fue dejando unos trabajos que le dejaban un sueldo mínimo

y una insatisfacción permanente. Así, pronto lo vemos reflotar su actividad de conferencista. Con ese objetivo viajó a Tucumán junto a Parra del Riego y se encontró con una sorpresa.

En Tucumán se topó con un compatriota. Se trataba del gran poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre. Amigo de Rubén Darío y cofundador de la **Revista de América**, se había nacionalizado argentino y desde 1901 vivía en Tucumán. A la llegada de Navarro trabajaba como profesor en el Colegio Nacional. Lo visitó junto a Parra del Riego. Aunque en ese momento no eran sus admiradores,³⁸ los dos inquietos jóvenes fueron muy bien recibidos. Lo recuerda “embozado en su amplia capa; con su sombrero de mosquetero, su melena y sus bigotes a lo D’Artagnan”.³⁹ Es curioso, unos años más tarde coincidirán como funcionarios del gobierno de Bautista Saavedra. Mientras Navarro ofició como cónsul en El Havre (1921) y Glasgow (1922), Jaimes Freyre, primero delegado boliviano ante la Liga de las Naciones, fue luego Ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia.

Después de impartir dos conferencias en Tucumán partió a Santiago del Estero con el mismo fin. En **Renacimiento Altoperuano**, aunque sin fecha precisa, Navarro recupera un artículo publicado originalmente en el diario **El liberal** de Santiago del Estero con motivo de su llegada a esa capital. Nuevamente resulta interesante atender a la imagen que parece proyectar a su paso el intelectual boliviano. Una imagen que como vemos, con cierta insistencia, a él mismo le interesaba reproducir:⁴⁰

“Desde hoy al mediodía es nuestro huésped el doctor Gustavo A. Navarro, distinguido escritor boliviano, que mientras desaparezcan las causas políticas por las cuales no puede regresar a su país, recorre la República en gira de estudio para el *libro que se propone escribir sobre las razas primitivas de la Argentina*.”

Después de visitar Buenos Aires, comprendió que era en el interior donde había de encontrar los elementos de observación que necesita, tocante al tipo netamente criollo, así como hábitos y reliquias que permitan reconstruir la vida colonial, se dirigió a Tucumán, donde dio dos conferencias sobre “La raza india, sus orígenes, sus costumbres y características”, y como no le satisficiera el rango de *ciudad moderna* de aquella capital, sin parar mientes en el paro ferroviario, se dirigió a Santiago, por vía Central Norte, en busca de mejor campo de observación.

El doctor Navarro es una de las mentalidades más robustas de su país. Escritor galano y periodista de cepa, ha

35 Navarro, Gustavo Adolfo, **El Juramento**, Buenos Aires, La novela del día, 1919, p. 12.

36 *Ibidem.*, p. 20.

37 Marof, Tristán. **La novela de...**, pp. 135 y 147.

38 “Yo era joven y no tenía experiencia. Era extrovertido y no respetaba a los hombres que habían hecho vida literaria como Lugones, Darío y Jaimes Freyre”. Baciú, Stefan, **Tristán Marof de cuerpo entero**, La Paz, Isla, p. 60.

39 Tristán. **La novela de...**, p. 125.

40 Es el comienzo de un procedimiento que será habitual al menos en su etapa juvenil. Así, no sólo publicará en sus propios libros artículos que lo tienen como protagonista. También editará cartas o reseñas de grandes figuras del campo intelectual que harán las veces de prólogos o epílogos de su propia obra. Mistral, Asturias, Barbusse, González Tuñón serán, en distintas épocas, los a veces desprevenidos prologuistas que vienen a envolver en un manto de reconocimiento al joven autor.

descollado en las letras por la excelencia de su pluma. (...)

Esta tarde hemos tenido ocasión de conversar con el distinguido huésped, que junto con su *secretario* se aloja en el hotel del “Globo”. Nos habló de sus primeras armas en el campo del periodismo donde batalló con fe y entusiasmo...⁴¹

Aquí Navarro no sólo proyecta su propio itinerario sino que, cada vez que puede, difunde el bloqueo que supone el régimen montista para los intelectuales libres bolivianos. Es que este distanciamiento que supone el viaje y el exilio resulta una interesante clave interpretativa de su obra. Con frecuencia será el destierro el lugar desde el que Navarro (y luego Marof) repensará críticamente la realidad boliviana y latinoamericana. Desde Tucumán, Santiago o Buenos Aires; desde Montevideo, el Distrito Federal o Nueva York, la conferencia política, literaria o sociológica será el lugar privilegiado para amplificar sus ideas y una forma de “hacerse un nombre” a la vez que despliega su propia identidad política. Y también, por qué no, será una forma de ganarse la vida. Esas conferencias no siempre excluían el honorario —vital para alguien con permanentes problemas económicos—, y además lo ayudaban a construir una red de contactos que hacían posible su supervivencia en un entorno muchas veces hostil y extraño.

Afortunadamente Navarro publicó el texto de la conferencia de Santiago del Estero en su primer libro de ensayos editado en 1919. La conferencia, titulada “Concepto de la civilización americana entre los “Quechuas””, tuvo lugar en el Teatro 25 de Mayo y fue patrocinada por la “Sociedad Sarmiento”. Es un texto clave y una buena oportunidad para reconocer una serie de tópicos e ideas-fuerza que volveremos a ver en su ensayística. Una obra que con frecuencia encuentra una muy transparente traducción en términos políticos.

¿Comunismo entre los Incas?⁴²

Desde un primer momento Navarro reconoce a la audiencia santiagueña su afán americanista. Y desde ese lugar se propone revisar críticamente el concepto de civilización para convertirlo en *inclusivo* de los quechuas. Su primer referente será Francisco García Calderón, aquel intelectual peruano de la generación del ‘900. Arielista y prestigioso ensayista americano con residencia

41 De *El liberal*, Santiago del Estero, S/F. Citado en “Renacimiento Altooperuano...”, p. 53. Dos comentarios sobre el artículo. En el texto se anuncia un libro en preparación sobre las “razas primitivas en Argentina” que nunca se editó. Por otra parte resulta muy improbable que Navarro haya contado con un “secretario” en la situación de penuria económica permanente en la que se encontraba. Es mucho más factible que este curioso ayudante sea su amigo y compañero de andanzas, el poeta peruano Parra del Riego.

42 La conferencia está dedicada al intelectual y periodista Vicente Fernández y G. “gran talento y gran amigo. Mis ideas son las tuyas!” Navarro, Gustavo Adolfo, *Poetas idealistas...*, p. 181. Vicente Fernández y Navarro pronto coincidirán en una serie de actividades. Se verán en la redacción de *El Hombre Libre*, en actividades políticas del Partido Radical y además escribirán un libro juntos sobre la revolución del 12 de julio.

en París, García Calderón fue un gran admirador de la cultura quechua y es la voz autorizada que le permite a Navarro comenzar a revisar el concepto dicotómico civilización / barbarie. En su despliegue analítico excluirá muy sugerentemente a Sarmiento para incorporar, junto a García Calderón, a Barreto, Saint Beuve y Andrés González Blanco.

Hay, dice Navarro, pueblos bárbaros que han pasado por civilizados. Es que el contenido de la barbarie está dado, para el joven boliviano, por la violencia y el crimen: “La civilización no vive en los filos de las espadas, ni avanza tremolante y levantisca en las falanges de los veteranos, porque como exclama Ruy Barbosa, ella brota de los sentimientos colectivos de pureza y de imaginación.”⁴³ Navarro no refuta la oposición binaria civilización / barbarie. Sólo cambia sus contenidos. Cultura / violencia son los nuevos pares que redefinen los márgenes del mundo civilizado. Y el corrimiento supone la exclusión de la herencia material como límite conceptual de la oposición. Así, en un mismo movimiento, a la vez que elude el cerco que supone la definición de “lo civilizado” en tanto “progreso material”, le es posible abrir el concepto a un mundo que parecía haber quedado al margen de la historia. Esta apertura tiene consecuencias inesperadas que una definición excesivamente materialista terminaba ocluyendo. Pero sigamos su razonamiento. De la contundente definición “civilización es cultura” Navarro deduce que:

“...la civilización reside en el concepto fundamental del individuo y no en la forma. *Encontraréis hombres civilizados en las selvas, junto a la choza, y también en los rincones oscuros del mundo.* Y encontraréis a la vera del camino y aún en los insignificantes villorrios.”⁴⁴

Y más adelante,

“*Porque necesario es no confundir progreso con civilización.* La primera tiene el cariz de las manos *yankees*, así torpes y materiales, fabulosas para el florecimiento presente, y la otra, tiene la sombra austera de la Grecia, el espíritu del nirvana indio, el gesto de Roma, el ideal francés de la Galia y Lutecia, la aventura romancesca y noble de la España, los castillos flotantes sobre las cortes de Guatemoc y Gatemocin y el ceño perfilado de sabiduría del indio quechua.”⁴⁵

El desarrollo del concepto le permite a Navarro incorporar al indio quechua al mundo de la civilización. Pero si piensa al mundo del ideal por oposición al mundo utilitario, obtenemos entonces otra serie de consecuencias encadenadas. Porque este antiutilitarismo será, bien pronto, antinorteamericanismo.⁴⁶ Navarro recorre un camino que no es desconocido a otros intelectuales de su generación y que en parte responde al llamado de José Enrique

43 *Ibidem.*, p. 186.

44 *Ibidem.*, p. 187.

45 *Ibidem.*, pp. 187-188.

46 Una idea que no anula una leve corrección que recoge el impacto de la prédica wilsoniana: “Hasta Wilson, E.E.U.U. me eran totalmente antipáticos. El gran profesor idealista, ha hecho variar algo mi criterio”. *Ibidem.* p. 193.



Rodó a la juventud de América. Como Rodó, Navarro no niega los beneficios del progreso material,⁴⁷ sólo que alerta sobre las consecuencias más extremas que puede acarrear una forma de vida excesivamente ligada a lo material. Un materialismo que desde el mundo de las ideas situaba a los americanos nativos en el terreno de la barbarie y que en la vida cotidiana producía una suerte de “achatación” espiritual que el movimiento *arielista* venía a denunciar. Pero si el *yankee* funciona como el estereotipo de ese materialismo positivista y de todo un “modelo civilizatorio” que se presenta como el final del recorrido, entonces el camino hacia el antiimperialismo es inesperadamente corto. Pensando en perspectiva, estas lecturas adquieren una inusitada centralidad para entender el camino de Navarro hacia el antiimperialismo, en el sinuoso trayecto de una formación ideológica que pronto incorporará el marxismo.

Progreso y civilización, dice Navarro, pueden también ser antagónicos.⁴⁸ Luego del corrimiento, hay entonces un nuevo centro. Así, no sólo reclama esa categoría para la América de los indios, sino que, sobre todo desde la Gran Guerra, esa América adquiere una nueva centralidad. Si los habitantes de Europa solían despreciarla y confundían sus capitales, finalmente

“...la Europa civilizada que no recordaba a la América sino como una tierra donde todavía crecían plumas en la cabeza de sus habitantes, ha tenido que tender la mano vacilante hacia esa América.”⁴⁹

El concepto de civilización ahora condensa otras condiciones (amor a la humanidad, compasión del dolor, sentido de lo bello y estético). Y son estas condiciones las que la “raza quechua” reúne en su totalidad:

“Desde el gesto épico, el abrazo generoso, la comprensión espiritual de otro mundo superior, la inmortalidad del alma en una transfiguración de perfeccionamiento, el culto de lo divino significando su apoteosis en el *Inti*, o la *Coya*, esposa del Sol, la promesa formal y el empeño de su palabra, el dolor ante el mal de un amigo, el ritual, más que sagrado, divino, de hospitalidad y la abominación que tenía por la falsedad, la hipocresía y la holganza.”⁵⁰

Navarro corre del centro a la Europa en guerra y a la Norteamérica materialista. Y en este esquema, no resulta extraño que el hogar quechua haya desplazado al griego en sobriedad, valentía, generosidad y pensamiento. Como veremos plasmado en

47 Así dice Próspero a sus discípulos: “Y advertid que cuando, en nombre de los derechos del espíritu, niego al utilitarismo norteamericano ese carácter típico con que quiere imponérsenos como suma y modelo de civilización, no es mi propósito afirmar que la obra realizada por él haya de ser enteramente perdida con relación a los que podríamos llamar los”. Rodó, José Enrique, *Ariel*, Buenos Aires, Kapelusz, 1966, p. 92.

48 “Frente a New York –denuncia Navarro, se alza la bárbara ley de Lynch”. *Ibidem.*, p. 188.

49 *Ibidem.*, p. 188 – 189.

50 *Ibidem.*, p. 189.

sus proyectos a poco de su regreso a Bolivia, el espiritualista Navarro encuentra en buena medida el cuadrante de estas ideas en Rodó:

“Gran civilización, gran pueblo —en la acepción que tiene valor para la historia— son aquellos que, al desaparecer materialmente en el tiempo, dejan vibrante para siempre la melodía surgida de su espíritu y hacen persistir en la posteridad su legado imperecedero.”⁵¹

Pero si por la vía de Rodó Navarro devolvió a la América india su lugar en la historia de la civilización, será la idea comunista la que lo llevará a establecer que en esa misma América está el lugar de la regeneración social. Es que no sólo ha ocurrido La Gran Guerra. En sordina, parecen escucharse los aún débiles ecos de Octubre. Pero, ¿Es realmente así? La edición del texto es de 1919, pero la conferencia tuvo lugar en algún momento entre mediados de 1917 y mediados de 1918. Todo indica que estamos demasiado cerca de los sucesos para afirmar con certeza alguna influencia reconocible. En su propio recuerdo aparece alguna primera lectura marxista durante su paso por Chile en este viaje. ¿Será ésta su primera asimilación? En todo caso, en una estructura de ideas que a simple vista aparece como “eclectica” encontramos las coordenadas de un pensamiento sumamente intuitivo y poroso a la complejidad de la realidad que lo rodea.

La misma conferencia de Santiago contiene un apartado que Navarro tituló “El Comunismo entre los Incas”. La perfección que adoptó la idea comunal entre los quechuas tiene en el joven intelectual boliviano claras implicancias sobre el presente. Implicancias que son también políticas porque asume que es ese el tipo y el grado de perfección al que deben apuntar los que sufren hoy:

“Estaba tan desarrollada la *idea comunal* entre los quechuas, hasta el grado de alcanzar casi la *perfección sindicalista exigida por todos los que sufren hoy en día, por los que golpean con sus puños miserables las puertas del capital.*”⁵²

En un curioso movimiento que va de Asia a América, dice Navarro a su audiencia santiagueña, viajó Mancocapac y fue allí donde estableció “la más sólida reglamentación común, que estaba fundada no por una convención humana o social, sino sobre el sentido moral y la idea de purificación idealista.”⁵³ Curiosamente, la idea comunista no está reñida, en Navarro, con el idealismo arielista. Así, “el comunismo de Mancocapac se había realizado con una dulzura inefable y una suavidad estratégica.”⁵⁴

¿Y cómo era el tiempo del comunismo incaico? Redundaban los beneficios, había consejos y todos se aprendían las máximas. Era un tiempo de Patriarcas y se veneraba a los ancianos. Mancocapac pronto enseñó a cultivar la tierra y todos estaban obligados a trabajarla. Luego sus frutos eran repartidos entre todos. Aunque

51 Rodó, José Enrique, *Ariel*, p. 96 – 97.

52 Navarro, Gustavo Adolfo, *Poetas idealistas...*, p. 191.

53 *Ibidem.*

54 *Ibidem.*

los niños e inválidos no la trabajaban también tenían su lugar en esa sociedad: cuidaban los rebaños, espantaban las aves o tejían. Es que el tiempo del ideal es, en Navarro, un tiempo que *excluye* la división de clases:

“No había *división impositiva de clases sociales* y solo se reconocían los grandes que habían prestado servicios al país y los que se ocupaban del culto al Sol.”⁵⁵

Así y todo, dice Navarro, el imperio del Tahuantinsuyu se erigió sobre unas bases que eran sobre todo morales: había “don de familiaridad”, estaba proscripta la hipocresía y la pereza era abominada. Todos se amaban y no se conocía la desdicha. Habían extendido su virtud regeneradora hasta el mismo Tucumán:

“He aquí, señores, presente la cultura quechua, la más grande civilización americana arrancada de los siglos y echada a vuestros pies. Pensadlo, estudiad. Que si hay alguno que se sienta quechua que vibre de sentimiento y que se conmueva. El Quechua de ayer viva hoy día, en las casacas de todos los hombres políticos de América. Allá en el Alto Perú, en el Bajo Perú y aún en la República Argentina. Porque el quechua fue creador y continúa creando. El arte, la poesía, la música, la reforma política, son sus preocupaciones ardientes.”⁵⁶

Si “perfección sindicalista” y “división impositiva de clases” son conceptos que no reconocen un origen teórico nítido, vista como un conjunto la conferencia ofrece en cambio una serie de herramientas que en un sentido político resultaban bien explosivas. Es una idea sobre la que volverá en sus páginas más interesantes. Ahora con el tamiz de Rodó y luego bajo el prisma teórico del marxismo, el pasado incaico y su forma social; la idea comunal y su expresión más evidente, la comuna rural, parecían recordar siempre a Navarro —como a Mariátegui— que las vías de la regeneración social se encontraban en América.

De Bahía Blanca a Sucre

“Tengo que mencionar este lugar en el mapa de la Argentina porque fui a dar allí acosado por el hambre, una vez que se agotaron mis recursos (...) Si tuve sufrimientos fue para no convertirme en un pobre empleado de tienda o un oscuro burócrata (...) para un revolucionario la acción era lo esencial. Sin embargo tenía que ganarme la vida...”⁵⁷

Tan amargo recuerdo le trae a Navarro el nombre de Bahía Blanca. De regreso en Buenos Aires, sin encontrar un empleo estable y luego de haber comprobado que aún no le resultaba posible vivir de su pluma, resolvió mudarse al sur. Había sido contratado como maestro de una escuela privada para educar a los díscolos

hijos de los hacendados pampeanos. Amargo, para alguien que se sentía tan cómodo entre la bohemia porteña.

“...el horario de mi vida cambió notablemente. En lugar de levantarme tarde y pernoctar en los cafés, aquí había que levantarse con el alba y permanecer en el aprisco hasta bien tarde de la noche, arreando el rebaño que no era manso...”⁵⁸

Pero en medio de esa agria experiencia, que incluyó algún intercambio pugilístico con un alumno, recuerda haber incorporado una interesante serie de lecturas. Fue curiosamente allí, en Bahía Blanca, donde leyó más sistemáticamente la literatura rusa.

Pensaba que unos meses de trabajo le permitirían juntar algún dinero para volver a sus andanzas porteñas. Pero luego de una ruptura algo violenta de la relación laboral volvió a Buenos Aires para pronto regresar a Bolivia. Aún no conocemos los detalles del regreso y si este se debió en parte a la finalización de los “inconvenientes” judiciales que de alguna manera lo habían empujado a partir. Sólo sabemos que volvió...

Fin de viaje

La experiencia del viaje, antes que aplacar sus energías, las alimentó enormemente. Bien pronto lo vemos aparecer públicamente en Sucre dejando muy en claro que su enriquecido universo de lecturas y vivencias venían a sostener sobre pilares aún más firmes su propia concepción acerca del lugar del intelectual en la sociedad. Y si era una sociedad que había que renovar, era porque entendía que una sociedad es pasible de ser transformada. En ese camino, los intelectuales —y los jóvenes— tenían mucho para decir: su lugar era un lugar de combate. Navarro, ya lo vimos, nunca experimentó el trabajo intelectual y la acción política como esferas separadas. Esto ya era claro hacia 1915 cuando fue a dar a la cárcel por satirizar al presidente Montes desde el semanario sucrense **El Chicote**. Vuelto del “destierro” lo vemos firmar junto a su hermano Medardo un telegrama en el que saludan la valiente participación de los intelectuales libres en un periódico de La Paz que en breve lo verá entre sus filas. Se trata de **El Hombre Libre**:

“...hemos recibido un sincero telegrama firmado por varios jóvenes intelectuales de la culta capital de la república, en el cual se evidencia el entusiasmo que nuestra conducta ha despertado (...) A esos valientes intelectuales cuya misión consiste en educar a la masa popular y esperar mejores días para el país El hombre libre agradece profundamente por su estímulo, prometiendo de su parte seguir con serenidad su propaganda idealista sobre el estancado materialismo político que ciega a los partidos políticos militantes.”⁵⁹

55 *Ibidem*. p. 192.

56 *Ibidem*. p. 193.

57 Marof, Tristán. *La novela de...*, pp. 146.

58 *Ibidem*.

59 *El Hombre Libre*, La Paz, 10/5/1918 p. 5.



El telegrama está firmado por la “Juventud libre de Sucre”. Vemos aquí a algunos conocidos que habían participado en aquella experiencia satírica juvenil. Además de los hermanos Navarro, firman A. Arce, G. Mendizábal, E. Mendizábal, L. Toro Reyes B. y Raúl García Ramírez.

Recién llegado, Navarro va a redoblar la apuesta en varias direcciones. Como observábamos, él se reconocía parte de una generación para la que los intereses literarios y filosóficos no estaban reñidos con la acción política. Su tarea en Bolivia será entonces de combate. Será de difusión cultural y de creación. Ardientemente idealista y haciendo gala de un antipositivismo radical,⁶⁰ Gustavo Navarro se embarca en un ambicioso proyecto editorial que refleja en gran medida su propio recorrido espiritual y filosófico. Llevando un ritmo de trabajo afebrado, en poco más de un año dará comienzo a una revista de filosofía y literatura, publicará un libro de ensayos y crítica literaria y una novela. Así y todo, pronto encontrará tiempo para regresar a la actividad política⁶¹ y periodística. Una experiencia vital bastante impresionante para un joven que apenas pasaba los 20 años.

60 Perfil ideológico que no le impide adoptar una postura de neto corte reivindicacionista en relación a la cuestión del litoral marítimo en litigio con Chile. En efecto, la cuestión del Pacífico fue una parada frecuente en sus intervenciones de 1920. De hecho en su primer libro europeo —el primero que firma como Tristán Marof— incluyó algunas consideraciones sobre Chile que desataron un conflicto diplomático y motivaron su traslado de Glasgow a Génova.

61 Una vocación política que aún encuentra su expresión en el campo de la oposición al régimen liberal. Sin cortar los lazos que lo unen a las grandes figuras del Partido Republicano, hacia fines de 1919 lo veremos acercarse a los círculos paceños de la juventud radical. Allí participará orgánicamente en los intentos por constituir, a partir de esos grupos, un partido de alcance nacional. Curiosamente el acercamiento de Navarro coincide con el resonante anuncio del radicalismo sobre su inminente apertura a las “más avanzadas tendencias socialistas” y la invitación a la clase obrera a sumarse al nuevo partido. *El Hombre Libre*, La Paz, 8/02/1920 p. 3. Estas cuestiones, junto a la activa participación de Navarro en los sucesos del 12 de Julio, exceden los alcances de este trabajo.

Resumen

Tristán Marof fue un intelectual boliviano que desplegó una importante actividad política durante los años '30 pero cuya trayectoria no ha sido adecuadamente abordada por la historiografía. Las adscripciones ideológicas y políticas a las que se lo ha vinculado en distintas épocas ciertamente desconciertan. Se aparecen como rótulos que intentan cristalizar momentos de una compleja parábola ideológica que no ha logrado aún ser explicada. Una de las claves para comenzar a entender esa parábola se encuentra en la concepción que el propio Marof se fue forjando acerca del trabajo intelectual y del lugar que ese intelectual debía ocupar en una sociedad moderna. Como parte de ese objetivo, este trabajo —breve fragmento de una tesis de licenciatura realizada por el autor— se propone explorar el impacto en su etapa formativa de una precoz experiencia de viaje y exilio por Argentina y Chile.

Palabras clave

Intelectuales, exilio, Bolivia

Abstract

Tristán Marof was a Bolivian intellectual with an outstanding political activity during the thirties. But this is a story that has yet to be appreciated by the historiography with the fullness that it deserves. The heterogeneity of the political and ideological connections to which Marof was associated through the years ended up in an air of ambiguity and unintelligibility. Those connections are shown as “labels” that try to crystallize stages of a complex ideological parabola that basically remains unexplained. One of the keys to begin a full comprehensive analysis can be found in Marof's own conception of the intellectual labor and the place he thought an intellectual should have in a modern society. With that purpose, this paper —a brief fragment of a grade thesis written by the author— focuses on the impact of an early experience of exile and travel through Argentina and Chile.

Keywords

Intellectuals, exile, Bolivia.

Mario Pedrosa y el socialismo democrático

Isabel Loureiro

En agosto de 1970, la **New York Review of Books** publica una carta abierta al presidente de la República del Brasil, general Garrastazu Médici, firmada por más de un centenar de intelectuales y artistas internacionales (encabezada por Alexander Calder, Henry Moore y Pablo Picasso), protestando contra el proceso instaurado contra Mario Pedrosa (acusado de estar difamando al Brasil en el exterior con denuncias de torturas), “una de las expresiones más completas de la inteligencia de un país que siempre representó brillantemente y supo defender con inteligencia y coraje”, y responsabilizando al gobierno “por la integridad física y moral de ese eminente brasileño, cuya personalidad conquistó por todos lados la admiración y el respeto de sus pares”.¹

El 29 de diciembre de 1971 la revista **Veja**, por su parte, publica una nota sobre el integralismo² (y el propio Mario Pedrosa exiliado en Chile hacía más de un año cuenta el hecho en una carta del 17 de enero de 1972 a los sobrinos también exiliados en Londres) “en que informa que en 1937 ‘era un joven integralista’ que después cambió de camisa, se hizo trotskista y que aún así Picasso ‘dibujaba’ su nombre en la carta para defenderlo”. Mario envía una respuesta a **Veja** en que narra rápidamente su trayectoria política, inclusive el famoso episodio de la batalla con los integralistas de la Praça Da Sé, el 7 de octubre de 1934, en la que queda herido, y concluye: “Picasso, pues, no se manifestó en la carta abierta al presidente Garrastazu a favor de un ‘cambiacamisas’. Hoy, septuagenario, como otrora en el verdor de los años, la cara no cambió”.³

“La cara no cambió”: nuestro homenajeado, que no era dado a las grandilocuencias, resume de esa forma irreverente su larga trayectoria política. Veamos lo que significa esta frase juguetona. En una entrevista en el **Pasquim** publicada el 18 de noviembre de 1981, por lo tanto poco después de su muerte, dice Mario Pedrosa:

“Ser revolucionario es la profesión natural de un intelectual. [...] Siempre hallé que la revolución es la actividad más profunda de todas. [...] Siempre soñé una revolución para el Brasil. [...] La situación es dramática y yo, un intelectual, no puedo hacer nada. Sufro dramáticamente por eso. [...] La salida es hacer la revolución”.

1 En C.E. Senna Figueiredo, **Mario Pedrosa, retratos do exílio**, Rio de Janeiro, Antares, 1982, p. 56.

2 El integralismo fue un movimiento político-intelectual brasileño de la década de 1930, de corte nacional-corporativista, que atrajo numerosos intelectuales (N del T).

3 *Id.*, *ibid.*, p. 70, 73. Y la revista **Veja** tampoco cambió...

Mi objetivo esta comunicación es mostrar en qué consiste el proyecto político de Mario Pedrosa en los años ‘60, esto es, lo que él entiende por revolución, centrando mi exposición en el libro **A opção imperialista**.⁴ Mario retoma y profundiza ideas divulgadas en el periódico **Vanguarda socialista**, editado por él en Río de Janeiro de 1945 a 1948. Esta publicación, que reunía intelectuales en su mayor parte anteriormente filiados en el trotskismo, como el propio Mario, se distingue de otros periódicos de izquierda de la época por su excelente nivel teórico, por la amplitud de los asuntos tratados, que van de la economía a la cultura, por su apertura de espíritu. En una palabra, **Vanguarda Socialista** divulgaba un marxismo aireado, sin parangón en Brasil, donde la gran mayoría de la izquierda asumía acriticamente el dogmatismo del Partido Comunista. El mentor intelectual de esta propuesta innovadora era sin duda Mario Pedrosa. Las estadias en Europa, los cursos en la Universidad de Berlín, el contacto con los surrealistas, la militancia en la Oposición de Izquierda, los ocho años de exilio en los Estados Unidos, la ruptura con los trotskistas y la ligazón con las ideas de Rosa Luxemburgo, la crítica literaria primero, la crítica de las artes plásticas enseguida, todo eso hacía de Mario un marxista no dogmático, abierto a las necesarias relecturas que los tiempos exigían del materialismo histórico.

En el caso específico de **Vanguarda Socialista**, el blanco principal era el stalinismo, la vertiendo dominante y caricaturesca del marxismo. Su hegemonía al interior de la clase obrera impedía que la palabra de orden de la Asociación Internacional de los Trabajadores — “la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos” — se realizase en la práctica. Mario publica entonces una serie de artículos en el periódico ajustando cuentas con la Revolución Rusa y el bolchevismo, donde hacía un contrapunto entre la concepción autoritaria del partido de vanguardia leninista y la concepción luxemburguista del partido de masas, y una defensa del socialismo democrático como creación autónoma de las masas, centrado en la autogestión de la sociedad en todos los niveles, comenzando por el de la producción.

Mario insiste, siguiendo las enseñanzas de Rosa Luxemburg, que no se trata de tomar como modelo la Revolución Rusa, pues “los caminos que llevan a la emancipación del trabajador, a la transformación del régimen capitalista en régimen socialista, no pueden ser trazados de antemano por quienquiera que sea: es la

4 Mario Pedrosa, **A opção imperialista**, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1966.

propia vida la que los traza: las propias condiciones objetivas del desarrollo las que los abren”⁵

La idea de que cada país tiene su propio camino revolucionario, de que la revolución no se aprende a hacer en los libros pues ella “es el dictado de las cosas de la tierra, de la calificación de los hombres que la hacen, de las clases en movimiento, de la realidad histórica de donde provenga o donde actúa”.⁶ Además, al entrar al Partido de los Trabajadores (PT), en vez de lamentar la inexistencia de un programa socialista previo, Mario veía en el “empirismo saludable” del partido “su fuerza para la acción”.⁷

Veamos ahora en qué consiste su proyecto revolucionario en **A opção imperialista**. En este libro prolijo (543 páginas publicadas lamentablemente sin una buena revisión), Mario analiza las transformaciones del capitalismo en el siglo XX, sobre todo en la posguerra, con el objetivo de reflexionar sobre la “estrategia de la revolución socialista en nuestra época”, para él el problema del mundo contemporáneo (p. 316).⁸ El blanco más próximo de su polémica no es, como en **Vanguardia Socialista**, la izquierda “balearista” que, sumergida en la “impotencia teórica”, incapaz de prever la recuperación del capitalismo, el “nuevo surgimiento del desarrollo de las fuerzas productivas por una notable transformación de sus estructuras [...] [la] más formidable revolución tecnológica e incluso científica de la que tenemos memoria” (p. 283), se limita a repetir los mismos viejos y desgastados *slogans* revolucionarios abstractos. Es básicamente el mismo programa de **Vanguardia Socialista**, pero más concreto, menos doctrinario, y poniendo el énfasis en la crítica al capitalismo, mientras en **Vanguardia Socialista** el blanco principal, como ya dije, era el stalinismo.

Mario comienza con un relato de las relaciones políticas de los Estados Unidos con los países de América Latina (privilegiando el Brasil), yendo en seguida a los orígenes del imperialismo norteamericano (que sustituye al inglés), pasando por la guerra fría, en paralelo con un análisis de la política europea y rusa en el siglo XX, todo eso complementado por un estudio de lo que considera la institución capitalista clave del mundo contemporáneo, la corporación (dominada por una oligarquía cerrada). Para eso utiliza a literatura sociológica norteamericana, diarios de la época, documentos oficiales norteamericanos (de la ONU, por ejemplo) y, claro, la literatura de izquierda, Marx, Lenin, Trotsky, Hilferding, Gorz, la revista **Socialisme ou Barbárie**, etc.

Sucintamente, el libro tiene dos objetivos: 1) mostrar que el “neocapitalismo” (Gorz) o “tardocapitalismo” norteamericano, fundado en las corporaciones, nada tiene de progresista y que la clase trabajadora en general nada puede esperar de reformas en el interior del sistema; no se trata de “enmendar el sistema neocapitalista, sino ir asumiendo el control de las reformas y de

las palancas de comando del Estado y del modo de producción, hasta modificarlo” (p. 324); mostrar que las “clases oprimidas” de los países periféricos sólo tienen una salida para emanciparse: la lucha por el socialismo.

Como para Mario Pedrosa la historia fue y continúa siendo la historia de la lucha de clases, la primera pregunta a hacer, en la tentativa de sistematizar su análisis del mundo contemporáneo, es: ¿qué transformaciones ocurrieron del lado de las clases dominantes?

En la esfera de la producción, el propietario privado fue sustituido por el burócrata, incluso en la Unión Soviética (esta era también la conclusión a la que llegaban los artículos de **Vanguardia Socialista**), por la “oligarquía de los dirigentes de las grandes corporaciones” (p. 329), quienes pasan a controlar el proceso productivo: “Se separan propiedad y dirección (o control). Los accionistas son los propietarios de la explotación, pero no pueden dirigirla ellos mismos. De modo que el propietario no es más el empresario” (p. 334). Hay, por lo tanto, una separación entre propiedad y dirección. Lo que no implica mayor democratización de las decisiones en el interior de la empresa y mucho menos la humanización del capitalismo.

Segunda cuestión: ¿qué transformaciones se dieron del lado de las clases dominadas? Recurriendo a André Gorz,⁹ Mario muestra que “el desarrollo tecnológico y productivo amplió extraordinariamente [...] [la] noción de clase trabajadora. Esta pasa a estar compuesta por una vasta gama de asalariados, empleados tanto en la producción como en la distribución de mercancías, que engloba desde los antiguos trabajadores manuales hasta los operarios calificados, técnicos, ingenieros, investigadores, científicos, trabajadores intelectuales. Pero, aunque la ‘clase obrera clásica’ haya dejado de ser ‘el gran grupo permanente de oposición social’, sigue siendo fundamental para cualquier política emancipatoria” (p. 497). No por nada Mario Pedrosa participó de modo tan entusiasta en la fundación del PT en 1980.

El trabajador como productor y como consumidor son así dos caras de la misma moneda:

“La alienación que otrora recaía sobre los obreros, como productores mutilados por su concentración en las tareas parceladas de la fábrica, ahora se completa cuando aparece como consumidor, al cual la publicidad le arrebató la posibilidad de escoger e incluso de reconocer sus propias necesidades personales. [...] La revolución socialista opone al consumismo alienante del neocapitalismo otra concepción de las necesidades. Es una gigantesca tarea social, económica, cultural, ética, desalienante” (p. 318).

Mario toca aquí rápidamente el tema de las falsas necesidades (tan caro a Herbert Marcuse, por ejemplo), que es una de las características del capitalismo contemporáneo y uno de los mayores obstáculos para la emancipación humana.

5 Mario Pedrosa, “Os caminos do socialismo”, en **Vanguardia Socialista**, Río de Janeiro, 5/7/1946.

6 Folhetim, **Folha de São Paulo**, 21/11/1982.

7 Mario Pedrosa, **Sobre o PT**, São Paulo, Ched Editorial, 1980 p. 48.

8 Todas las menciones a números de páginas entre paréntesis corresponden a citas o referencias de la obra de Mario Pedrosa **A opção imperialista**, op. cit.

9 André Gorz, **Stratégie ouvrière et neocapitalisme**, Paris, Seuil, 1964.

La “nueva revolución tecnológica” ya en aquella época comenzaba a introducir un problema que hoy aflige al mundo entero: el desempleo estructural, visto como consecuencia de la automatización. Para ilustrar la contradicción principal en que se asienta el capitalismo contemporáneo Mario cuenta una anécdota que circulaba en los medios sindicales norteamericanos de la CIO: en 1954, Walter Reuther (dirigente sindical norteamericano), al visitar una nueva fábrica de Ford en Cleveland, donde se fabricaban modelos de automóviles más automatizados, habría tenido el siguiente diálogo con uno de los directores de la compañía, quien, al llegar a un enorme salón, “donde no había obreros, señaló orgullosamente a las máquinas y dijo: ‘¿Qué haría el señor para recaudar las contribuciones de estas personas?’. Reuther, sin perturbarse, respondió: ‘¿Qué hará el señor para que esas personas compren automóviles?’ (p. 492). La broma revela una contradicción que, según Mario, no será resuelta en el ámbito del sistema capitalista:

“La ‘sociedad de la abundancia’ [*affluent society*] instituye como su corolario el desempleo estructural hasta aquí irreductible, a pesar de las medidas en contrario de los sucesivos gobiernos, a razón del 5% de la fuerza de trabajo industrial” (p. 522).

Mario reconoce al mismo tiempo que la automatización tiene consecuencias beneficiosas: disminución de la fatiga física, menos riesgos de accidentes de trabajo, reducción de la jornada de trabajo, etc. O sea, está dada teóricamente la posibilidad de que el valor de cambio deje de ser la medida del valor de uso (como dice Marx en un pasaje de los *Grundrisse* citado por él):

“Tiempo libre debe significar que el trabajo no es más mercancía, no se mide más por el tiempo en que se ejerce, [...] sino por la libertad de sus manifestaciones. El tiempo fue liberado, el capitalismo dejó de existir. Otras relaciones sociales surgen —es el socialismo, es el comunismo” (p. 521-22).

Pero al mismo tiempo la automatización acarrió un aumento de la intensidad del ritmo de trabajo y con eso trajo nuevos sufrimientos de orden nervioso, psíquico, moral, “que despojan al trabajador de los restos de integridad humana que todavía guardaba”. (p. 495). En esa medida, la revolución tecnológica no implica un “beneficio social general” (p. 513) y sí a los fines privados de la empresa capitalista, cuya condición de supervivencia es vencer al competidor en el mercado. O sea, si por un lado es posible pensar en una vida “más allá del trabajo”,¹⁰ una vez que el desarrollo tecnológico permite teóricamente el despegue de “la cultura, del arte, de la vida espiritual”, por otro, y esta es la realidad, condiciona a los seres humanos al consumo en masa (p. 501). Mario Pedrosa describe de una forma muy inspirada la sociedad de consumo norteamericana, en la que una gran parte de la población está desempleada, otra gran parte vive en la pobreza y la restante consume, siendo reducida a “los-comprato-todos-años, inclusive obras de arte perecibles todo los meses”. Son

los *wastemakers*, fabricantes de desperdicios, al decir de Vance Packard (p. 521).

Pintando con colores bien sombríos el mundo contemporáneo, Mario compara la masificación de los individuos operada por el fascismo con la situación de los países democráticos occidentales:

“la eficiencia productiva aumentó, la racionalidad económica creció, la cultura llegó a las masas, pero todo en detrimento del hombre [...] como en sus fines y aspiraciones contradictorios, sustituidos estos por jornadas de trabajo más cortas pero infinitamente intensas y un día a día cada vez más lleno de pasatiempos, distracciones y diversiones organizadas, [...] propaganda de las ventajas de la mejor democracia, de la mejor cerveza, del mejor pedicuro, del mejor negocio, de la mejor iglesia, [...] del mejor político, [...], etc., etc. Lo mejor y también lo peor es objeto de admiración. Todas las manifestaciones culturales de nuestro tiempo participan de ese optimismo [...] —es el opio del pueblo. Todo eso viene del arsenal totalitario de las reformas contrarrevolucionarias. Las categorías sociales desaparecen, el hombre es atomizado: es el ideal de la democracia, de la buena, esto es, representativa. Ese ideal fue creado por el fascismo. Es lo que impera en los Estados Unidos” (p. 288-89).

El marxismo desprovincializado de Mario incorpora, como vemos, la discusión sobre la sociedad de consumo, las falsas necesidades, el papel alienante de la industria cultural, el desempleo generado por las innovaciones tecnológicas, la necesidad de una nueva teoría de las clases sociales, la sociabilidad centrada en el tiempo libre y no más en el trabajo abstracto, los límites de la democracia representativa. El entusiasmo pedagógico de Mario lo lleva a trazar hasta nosotros el debate de la izquierda internacional que, como siempre, él acompaña de cerca.

Pero ahora vamos a exponer rápidamente en qué consiste la propuesta socialista de Mario Pedrosa. Acabamos de ver el diagnóstico de la sociedad de masas: heredera del fascismo, elimina al individuo transformándolo en un átomo cerrado en sí mismo, que se comunica con otros en el momento de las elecciones (crítica de la democracia representativa y, consecuentemente, de la necesidad de radicalización de la democracia) y en el momento en el que entra en el mercado para vender su fuerza de trabajo (cuando hay quién compre, lo que parecía ya en aquella época cada vez más difícil) o para consumir (inclusive cultura). Esto no es democracia. Para él sólo es posible la democracia en el socialismo. Y, recíprocamente, solo es posible el socialismo con democracia. Justamente por eso el socialismo no resulta apenas de una revolución política, de la toma del “palacio de invierno”, sino de la creación de masas actuando con autonomía, organizando las más variadas asociaciones de base y que se van politizando en la lucha cotidiana para transformar el universo capitalista de los intereses privados en un mundo dirigido a la satisfacción de las necesidades sociales y culturales de la comunidad.

En una crítica al socialismo burocrático, Mario defiende la idea de que una sociedad socialista es aquella en que los individuos

10 Citando a Georges Friedman, *Arguments* n° 52, Paris.



se autodeterminan a partir de la esfera de la producción: es por lo tanto en primer lugar en torno de la empresa y en la empresa que gira la lucha por el socialismo. La verdadera transformación económica socialista ocurrirá en el momento en que la empresa constituya “una comunidad cooperativa y no una organización antagónica” (p. 393); en otras palabras, en el momento en que deja de existir la separación entre dirigentes y ejecutantes, o sea, cuando sea implantada la autogestión o gestión colectiva de la producción:

“Los trabajadores no quieren más ser una pieza mecánica en el engranaje productivo. Quieren saber lo que están haciendo, tener participación en el proceso total, tomar conocimiento de hacia dónde va, dejar de estar alienados del proceso de social de trabajo del que son piezas [...] La ‘democracia directa’ que proclamara el viejo Rousseau como medio de expresar la voluntad del pueblo o de la mayoría es ahí que se manifiesta o se puede realizar. El concepto de representación de la voluntad del pueblo, de la mayoría, debe ser archivado al museo de las antigüedades” (p. 438).

Las ideas de Mario respecto de la autogestión son bastante rápidas, pero indicativas de una dirección de lo que propiamente es una reflexión original, en la que retorna a la tradición consejista, por cierto mencionada por él (revolución alemana, consejos de fábrica en Turín, Frente Popular en Francia, Barcelona de la guerra civil y, bien entendido, los soviets rusos) (p. 354-55). Lo que garantizaría la victoria de la revolución, tanto en la metrópoli como en la periferia, es que ella sería hecha y controlada por el poder popular. Son necesarios “nuevos centros democráticos de poder” (empresas, escuelas, municipios, regiones, etc.), o sea, descentralización del poder de decisión, restricción a los poderes del Estado y del capital, “una extensión del poder popular, es decir, una victoria de la democracia sobre la dictadura del lucro” (p. 324). Así como en **Vanguardia Socialista**, Mario continúa pensando que el control de los trabajadores sobre toda la vida social es el camino para el socialismo democrático, y este comienza ya, “antes de la toma del poder”.¹¹ Él habría sido, con toda certeza, un ardoroso defensor del presupuesto participativo de Porto Alegre, una combinación de democracia directa con democracia representativa, que permite la participación popular en la gestión pública y también en el control del Estado.¹²

Y, para concluir, veamos como Mario entiende la revolución en la periferia. La primera tarea, como vimos, fue revelar las contradicciones del capitalismo avanzado: este “no trajo [...] la liberación del hombre, sino su esclavización a un orden neutro, científicamente organizado para servir a una elite cada vez más apartada del pueblo” (p. 495). Así, no tiene sentido que los países periféricos imiten el camino de la metrópoli: “estos lo que tienen que hacer es crear [...] un sistema propio, un sistema nuevo que no caiga después de una *impasse* o en el círculo vicioso y

viciado del neocapitalismo”. Basta sustituir neocapitalismo por neoliberalismo y Mario Pedrosa es de una actualidad candente. Con ironía premonitrice él dirige sus baterías contra la creencia de los ideólogos norteamericanos (y brasileños, como Roberto Campos, en aquella época) según los cuales:

“La propiedad privada o el mercado constituyen la esencia inmutable de la propia naturaleza humana... o por lo menos de la naturaleza americana. Los otros pueblos necesitan sin duda pasar por cambios internos, para los cuales los americanos proporcionarán generosamente los medios técnicos apropiados. Con estos cambios podrán gozar, hasta el último, de los privilegios y la felicidad que usufructúan los ciudadanos americanos” (p. 299-300).

Contra la obsesión de nuestras elites de equiparar al Brasil con los países centrales, decía Mario en un texto escrito diez años después: “Discurso aos tupiniquins ou nambás”: “La civilización burguesa imperialista está en un callejón sin salida. Desde este callejón no tenemos que participar los indios [bugres] de las bajas latitudes y adyacencias”.¹³

En esa medida, la revolución en los países subdesarrollados, como apunta Mario, tiene una doble función: nacional, antiimperialista y, al mismo tiempo, internamente, orientada a la “emancipación social de las clases oprimidas o de bajos y medios recursos” (p. 320). En otras palabras, el desarrollo en estos países no se limita a un proceso de crecimiento económico generado por inversiones externas, importación de tecnologías e industrialización (pp. 291-320) “a costa de la miseria de las masas populares” (p. 320). Brasil no será una “nación moderna” sino cuando su pueblo tenga comida, casa, ropa, educación. Se trata, en el Tercer Mundo, de hacer reformas estructurales, de operar “cambios continuos en las estructuras sociales”, alterando la constitución de las clases sociales, invirtiendo en el sector público, a fin de “dar a las poblaciones que viven en el interior de sus territorios un sentimiento nuevo, o una participación colectiva en un todo nacional cultural finalmente acabado o completo, capaz de hablar, de entenderse, comunicarse con el mundo en un acento que les es propio” (p. 319).

Volviendo al “Discurso...”, que es de una actualidad extraordinaria:

“Los pobres de América Latina viven y conviven con los escombros y los hedores desagradables del pasado. Los ultramodernismos y algunos de sus progresos, de molde generalmente americano, están umbilicalmente vinculados a nuestras favelas y barriadas. La paradoja es que éstas no son las que cambian, como no cambian la miseria, el hambre, la pobreza, las chozas y las ruinas. Sin embargo, por ahí pasa el futuro. Aquí está la opción por el Tercer Mundo: un futuro abierto o la miseria eterna. Necesariamente, instintivamente, ese futuro rechaza los productos ultramodernos en las áreas adelantadas de

11 Mario Pedrosa, “Vanguardas, partido e socialismo”, en **Vanguardia Socialista**, Río de Janeiro, 8/8/1946.

12 Urbiratan de Souza, “Orçamento participativo estadual”, en **Em Tempo**, São Paulo, junio 2000.

13 En: Otilia Arantes (org.), **Política das Artes**, São Paulo, Edusp, 1995, p. 335.

la civilización 'transnacional', que de futuro sólo representa la apariencia" (p. 336).

Y Mario remata con aquel gesto inspirado, un tanto profético y visionario, como hablando a la posteridad:

existe "en marcha, un poco por todas partes, un proyecto a realizarse, condición *sine qua non* para concebir el futuro, o sea, mantener abierta para todos una perspectiva libre de desarrollo histórico. ¿Es esto señal de una revolución? Si, una revolución. La única realmente concebible como la tarea histórica del siglo XXI" (p. 336-38).

De hecho, "la cara nunca cambió". Precisamente por eso, si estuviera vivo, estaría hoy apoyando un proyecto para el Brasil de cuño nacional-popular, como el del MST (Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra), al mismo tiempo que no perdería de vista la perspectiva socialista. Pero ese es tema de otra conversación.

[“Mario Pedrosa e o socialismo democrático”, en: José Castillo Marques Neto (org.), **Mario Pedrosa e o Brasil**, São Paulo, Editora Fundação Perseu Abramo, 2001, pp. 131-141. Traducción del portugués de Horacio Tarcus, revisión de Claudia Bacci]

Resumen

El presente trabajo presenta las ideas teóricas del militante político, ensayista y crítico de arte brasileño Mario Pedrosa, centrándose sobre todo en su libro **A opção imperialista** de 1966, donde este autor retomaba y profundizaba ideas avanzadas en el periódico **Vanguarda socialista**, que había editado en Río de Janeiro en la posguerra. Para la autora, Pedrosa divulgaba un marxismo aireado, sin parangón en Brasil, donde la gran mayoría de la izquierda asumía acriticamente el dogmatismo del Partido Comunista. Las estancias en Europa, los cursos en la Universidad de Berlín, el contacto con los surrealistas, la militancia en la Oposición de Izquierda, los ocho años de exilio en los Estados Unidos, la ruptura con los trotskistas y la ligazón con las ideas de Rosa Luxemburgo, la crítica literaria primero, la crítica de las artes plásticas enseguida, todo eso hizo de Pedrosa un marxista no dogmático, abierto a las necesarias relecturas que los tiempos exigían del materialismo histórico.

Palabras clave

Intelectuales, Marxismo, Trotskismo, Brasil.

Abstract

This paper presents the theoretical ideas of Mario Pedrosa, a Brazilian political militant, essayist and critic of arts, focusing specially on his book *A opção imperialista* (1966). In this text, Pedrosa went deeply into the ideas advanced in the newspaper *Vanguarda Socialista*, which he had published in Rio de Janeiro in the postwar period. According to the author, Pedrosa spread an open Marxism, matchless in Brazil, where the greater part of the left adopted uncritically the dogmatism of the Communist Party. The stays in Europe, the courses in Berlin's university, the contact with the surrealists, his militance in the Left Opposition, the eight years exiled in the USA, the breaking-off with trotskysts and the bond with Rosa Luxemburg's ideas, literary criticism first and plastic arts afterwards, everything made Pedrosa a non-dogmatic Marxist, open to the necessary re-readings the times required from historical materialism.

Keywords

Intellectuals, Marxism, trotskysm, Brazil.